



Mirta Pérez Rey

EL SECRETO
DE SIBILA

B

Mirta Pérez Rey

El secreto de Sibila

Ediciones B

SÍGUENOS EN
megustaleer



| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Este libro intenta ser un homenaje a los “fantasmas del Colón”. No solo a los famosos cantantes, músicos y bailarines que pasaron por su escenario y que sobreviven en la prensa y en la memoria del público, sino también a los trabajadores generalmente anónimos que soñaron, crearon y trabajaron por y para el teatro desde hace más de cien años.

También quiere ser un reconocimiento a los artistas y los trabajadores contemporáneos que participaron de su restauración, y que no pertenecen al staff de fantasmas del Teatro Colón... todavía.

En la sucesión de los acontecimientos políticos, crisis financiera y catástrofes comerciales, hay algo que resiste á los golpes del destino, y que al resistir, toma nuevo incremento; ese algo es el sentimiento artístico, es el culto del arte, y es ese sentimiento que, caracterizando el grado de cultura, de nobleza y elevación de un pueblo, resiste á cualquier alteración política.

Este género que no llamamos estilo por ser demasiado manierato quisiera tener los caracteres generales del renacimiento italiano, alternados con la buena distribución y solidez de detalle propia de la arquitectura alemana, y la gracia, variedad y bazarria de ornamentación propia de la arquitectura francesa.

Víctor Meano

El Nuevo Teatro Colón, Buenos Aires.

Planos definitivos aprobados por el

*Superior Gobierno con Decreto de fecha 10 de septiembre de 1892:
especificaciones, detalles de construcción y de ornamentación*

He querido hacer de la cúpula un espejo, una memoria de colores que evoque la magia de este Teatro.

Al poner las manos en el proyecto, pensé fijar en el techo todo lo que acontece y aconteció en el escenario. De este modo surgió la idea de esa ronda en espiral invadida por cincuenta y una figuras, incluyendo los duendes del Teatro, que logré rescatar escondidos en cada rincón...

Raúl Soldi

“Alegorías de la música el canto y el baile” (1965)

Prólogo

Diciembre de 2006

Milagros ingresó al palco. El tercero de la derecha. Desde hacía varios días trabajaba en ese lugar y no podía quitarse la sensación de ser observada mientras permanecía en él. Se dijo a sí misma que era una tontería, pero la impresión persistía.

Había estado retirando las alfombras que iban a ser cambiadas, poco a poco se iba desvistiendo al “gigante”, eran procedimientos que se registraban rigurosamente. Cada mueble o tela que se quitaba daba lugar a una medición de sonido. La idea era volver a armarlo exactamente igual, para que las excelentes condiciones acústicas que postulaban al Teatro Colón como uno de los mejores del mundo no se vieran alteradas cuando la obra estuviera concluida.

Antes de comenzar con la tarea del día, se tomó unos momentos para asomarse al balcón del palco y estudiar el entorno. Ya se habían retirado las sillas de todos los niveles, hacía pocos días también se habían removido las butacas de las plateas, por eso en ese momento Milagros observaba la gran sala prácticamente vacía. En realidad solo libre de muebles porque había trabajadores por todas partes. Distintos grupos se diseminaban por el teatro y podía surgir gente hasta de los zócalos, que por supuesto también se estaban restaurando. El vacío de la sala amplificaba las voces de los operarios y artesanos generando miles de ecos que impedían saber de dónde provenían exactamente. Esto y la medialuz en algunos de los espacios en refacción contribuían a generar una atmósfera de irrealidad, casi espectral.

Tras esos pocos minutos de recreo, Milagros volvió al interior del palco. Debía retirar el entelado de las paredes, los paneles de seda y la pasamanería para cambiarlo por otra tela exactamente igual que se había mandado a confeccionar a Italia con procesos ignífugos.

Comenzó a desmontar el último de los paneles. Al retirar una de las pasamanerías detectó una línea de corte en la tela. Era muy extraño. Con mucho cuidado terminó de separar la seda y comprobó que continuaba por todo el perímetro del panel.

Una vez eliminada la tela, pudo observar que la línea de corte se correspondía con otra finísima en la pared, ahora desvestida.

Dudó unos momentos, efectivamente la casi imperceptible ranura dibujaba un rectángulo perfecto. Su curiosidad se activó, se dirigió hacia donde estaban sus herramientas buscando algo lo suficientemente fino como para encajar en la rendija y tomó una que parecía adecuada. La introdujo suavemente en la ranura de la derecha y comenzó a presionar con mucho cuidado para adentro y para afuera pero no consiguió moverlo. Al hacer lo mismo sobre la línea izquierda, el panel giró sobre unas bisagras pequeñísimas del lado derecho, que no había observado antes.

Con mucho cuidado lo abrió totalmente, con la convicción de que eso no era habitual: allí no debería haber más que un borde decorativo. Sin embargo, la ingeniosa puerta daba paso a un nicho oculto, al parecer poco profundo.

Estaba oscuro.

Inmediatamente percibió una presencia, era como si alguien la estuviera observando. Sin tener en claro el porqué de su actitud, cerró rápidamente el panel ocultándolo a la vista de quien se hubiera acercado. Hecho esto, giró para ver quién había entrado al palco, pero no vio a nadie.

—¡Es extraño! —se dijo a sí misma, no sin cierta inquietud—. Estaba segura de que había alguien. ¡Deben haber sido los ecos de las voces, que me confundieron!

Una vez que comprobó que estaba sola en el lugar, tomó su caja de herramientas y buscó una linterna. Siempre tenía una a mano porque algunos

trabajos se realizaban en lugares poco iluminados o rincones a los que las luces ambiente no llegaban con nitidez. Se dirigió nuevamente al pequeño gabinete y volvió a abrirlo. Encendió la linterna para iluminar el interior y estudiarlo detalladamente.

Lo que encontró dentro la llenó de asombro.

—¡No puedo creerlo! ¿Qué hace esto acá? —se dijo momentáneamente paralizada.

Tomó el objeto con mucha delicadeza para observarlo mejor a la luz del palco y no tuvo dudas. Conocía perfectamente lo que tenía en sus manos.

¡No podía ser una coincidencia!

No sabía qué hacer, luchaba con sus instintos. Sabía que tenía que denunciar inmediatamente el hallazgo a los coordinadores de la obra, pero por otra parte tenía la convicción —aunque no podía explicarlo racionalmente— de que no debía hacerlo. Algo le decía que debía esperar. Sabía que era ridículo pero podía sentir una energía, casi una presencia que le impedía actuar, hacer lo correcto.

Quedó inmovilizada durante unos momentos mientras se debatía entre obedecer a su razón o a sus presentimientos.

Se sobresaltó al escuchar pasos en el pasillo fuera del palco. Esto la urgió a tomar una decisión. Por el momento investigaría y mantendría en secreto el hallazgo.

Con mucho cuidado y asegurándose de que nadie hubiera visto la situación, volvió a colocar el objeto en su lugar, cerró la puerta e intentó ocultar la ranura con la pasamanería.

Cuando quedó conforme con su trabajo, sacó el celular, marcó el número de contacto y cuando la atendieron dijo:

—Nonna, tenemos que hablar...

CLARA

Abril de 1907

Clara y el Teatro Colón habían nacido juntos en 1890, y quizá por eso ella siempre había sentido una especial atracción por ese edificio monumental. Cada vez que su padre visitaba las obras, ella insistía tanto en que la llevara que él no podía negarse, aun con la desaprobación de su madre, que consideraba que un lugar en construcción no era adecuado para que concurriera una niña de buena cuna.

Ingresó al palco de la familia, el tercero de la derecha de los palcos bajos, y encontró allí algunas personas trabajando. Las obras estaban bastante adelantadas, la estructura estaba terminada y comenzaban las tareas para “vestir” al teatro. Clara esperaba con mucha ansiedad esta etapa, habían convocado a artistas italianos y a muchos argentinos que habían tenido la oportunidad de formarse o especializarse en Europa. Se acercó a uno de los trabajadores:

—Buenos días, espero no molestarlos. ¿Cómo va la obra?

El hombre que estaba a cargo se adelantó rápidamente a saludar.

—Muy bien, señorita, estamos mejorando las superficies para comenzar con las tareas de pintura y colocación de telas y alfombras.

—Ya veo. ¿Qué otros detalles artísticos tendrán estos palcos?

—Se realizarán los relieves de los frentes de los balcones. Y allí donde usted está apoyada se revestirá con madera bien pulida. Los palcos que llevarán terminaciones escultóricas serán los *avant-scene*; ya hay un artista italiano contratado para realizar estos y otros trabajos, no solo de la sala, sino también

del *foyer* y de otros salones.

Clara estaba cada vez más interesada e intentaba obtener la mayor información posible del trabajador, que hablaba con gran orgullo de su labor.

—¿Usted lo conoce? Al escultor, digo. ¿Sabe quién es?

—No personalmente, señorita. Pero sí sé su nombre. Es el maestro Luigi Trincherio, un artista muy valorado. Hace unos años que llegó a Buenos Aires y tiene un taller en la ciudad. Ya ha hecho otros trabajos para edificios muy importantes. También se dice que está convocando a artistas italianos para colaborar en las obras y a su vez desempeñarse como maestros en su taller.

—Muchas gracias, señor...

—Juan López, señorita, a sus órdenes.

—Nuevamente gracias por la información, señor López. Continúe, por favor. Yo me quedaré solo un momento.

Clara se asomó a la baranda para observar la sala. ¡Era imponente! A la derecha se encontraba el escenario; girando la cabeza hacia la izquierda, podía ver la zona destinada a las plateas, y rodeando este espacio, los distintos niveles de localidades, desde los palcos bajos hasta el Paraíso. La distribución era muy especial, en forma de herradura, lo cual garantizaba, según los expertos, que la acústica del teatro fuera inmejorable.

Mientras observaba e imaginaba cómo quedaría una vez se hubieran terminado todos los detalles artísticos, la conversación mantenida con el señor López daba vueltas por su cabeza. Tomó la decisión de hablar con su padre, no iba a poder negarse. ¡Nunca lo hacía!

Jules Pellet se encontraba en el despacho de su casa, parado frente a la ventana. Miraba la calle siguiendo el movimiento de algunos coches que pasaban, mientras fumaba un cigarro. El aroma a tabaco le daba placer y lo ayudaba a concentrar sus pensamientos. Y sus pensamientos, otra vez, tenían que ver con Clara.

Al volver de su visita al teatro en obras, muy seriamente le había dicho:

“¡Padre, tenemos que hablar!”.

Y Jules supo que estaba en problemas.

Clara era su debilidad, hacía tiempo que no se molestaba en negárselo a sí mismo. Pero la muchacha nunca se conformaba con el lugar que los demás querían para ella, fundamentalmente su madre. Con ella siempre se enfrentaba, y así había sido hasta su fallecimiento.

La última disputa se produjo cuando Clara se empeñó en estudiar en la Escuela Normal de Profesoras. Mercedes había puesto el grito en el cielo argumentando que ella era una niña de buena familia, que era impensable que asistiera a un colegio laico y mucho menos que, concluida su educación, se dedicara a la enseñanza, como amenazaba desde tierna edad.

El tiempo quiso que Mercedes enfermara seriamente y falleciera poco después. Tras la muerte de su mujer, Jules no supo o no quiso contradecir a su hija, quien había egresado con honores de la Escuela Normal. Se había recibido de profesora a fines del año anterior. Clara le recordaba mucho su juventud, su entusiasmo, sus ganas de aprender y su falta de conformismo.

En ese momento tocaron a la puerta del despacho y, sin esperar permiso, ingresó Julio, su hijo mayor, vestido de fiesta.

—Padre, necesito dinero.

—Buenas tardes, hijo —respondió con ironía Jules.

—Perdón, padre, buenas tardes. Discúlpeme, pero es que tengo prisa.

—¿Adónde vas a estas horas así vestido?

—Al Jockey con Armando y Lito.

—Pero me dijiste que saldrías mañana temprano para el campo. Prometiste supervisar la siembra y ya se agota el tiempo.

—Un día más no hará mella, padre. Esta noche quedamos con unos amigos que conocimos en Europa, quiero verlos antes de ir a la estancia.

—Habíamos hablado otra cosa, Julio. Cuanto más tardes en ir, menos posibilidades tendremos de solucionar los problemas que hayan surgido.

—Un día más y me iré a divertir con los choclos al campo, se lo prometo. Tendremos unas fiestas increíbles. Ahora, por favor, deme algo de dinero que

mis amigos me esperan.

Jules, vencido, se dirigió a la caja fuerte. Le ofreció un fajo de billetes y le hizo una advertencia:

—Es lo último que te doy hasta que cumplas tu palabra. Ya no eres un niño, te di una responsabilidad y espero que la asumas.

—Sí, padre, ya le he dicho que en cuanto pueda voy. Hasta mañana.

Lo vio irse con la misma urgencia con la que llegó, con dinero en el bolsillo a seguir de fiesta.

Era tan distinto a él mismo a su edad...

Había llegado al país proveniente de Burdeos en el año 1882. Era el tercer hijo de una familia adinerada que tenía varios viñedos. Sus hermanos mayores se incorporaron rápidamente al negocio familiar, pero no quedaban muchas opciones para que él lo hiciera. Se había propuesto forjarse un lugar propio, independiente de su familia, y para eso estaba atento a lo que pudiera surgir, mientras aprendía cuanto podía del negocio de las uvas y los vinos.

Cuando se enteró a través de unos amigos de que en la Bolsa de París se estaban rematando tierras en América del Sur, pensó que era una broma. ¿Cómo era posible que un país sacara tierras a remate? Decidió informarse y efectivamente pudo confirmar que el gobierno argentino había ganado gran cantidad de territorio que, hasta la Campaña del Desierto, había estado controlado por los indios. Muchos de esos territorios habían sido facilitados a familias influyentes y el resto se estaba dando a remate en las bolsas de Londres y París.

Enseguida comprendió que esa era la oportunidad que había estado esperando, así que rápidamente solicitó su parte de la herencia familiar. Sus padres habían puesto el grito en el cielo al enterarse del motivo por el cual Jules pedía el dinero. No había forma de hacerles entender que arriesgara su fortuna en un país que prácticamente no figuraba en los mapas y que estaba poblado por salvajes. Pero nada pudieron hacer ante la firmeza del muchacho, quien finalmente

compró varias hectáreas en Argentina, adonde emigró de inmediato con la idea de trasladar a esas tierras lo aprendido en Francia.

Al llegar al país, se instaló en un hotel en la ciudad y, en cuanto pudo, se dirigió a conocer su nueva propiedad. Esta se encontraba al norte de la provincia de La Pampa, una amplia llanura fértil, muy poco poblada. Por allí no se veían *châteaux* ni viñedos como en su tierra. Todo estaba por hacerse.

Solicitó alojamiento en una de las estancias vecinas hasta que pudiera poner en marcha la suya propia. Lo hospedó la familia Arana Moldes, que eran a su vez hacendados fundadores de la Sociedad Rural Argentina.

Poco tiempo después se casó con Mercedes Arana Moldes, la hija menor de sus vecinos, y este vínculo con una familia de gran abolengo y tradición criolla lo catapultó inmediatamente al círculo social más influyente de Buenos Aires.

Al tomar posesión de sus tierras entendió que estas no eran aptas para el cultivo de la vid, aquello de lo que sabía. Los estancieros de los alrededores se dedicaban a la ganadería, o, mejor dicho, se limitaban a dejar sus vacas pastando a cargo de un capataz y vivían en Buenos Aires o pasaban largas temporadas en Europa con todos los lujos.

Jules se había hecho muy amigo de Armand Dupret, también recién llegado, a quien había conocido por haber adquirido un terreno lindante al suyo. Ambos se abocaron a investigar para qué tipo de cultivos eran aptas sus tierras. Es así que se dedicaron a la siembra de trigo y maíz transformándose en unos de los mayores exportadores de la Argentina.

Los amigos compartían tanto los intereses del campo como los de la ciudad donde ambas familias coincidían en los encuentros sociales, aunque a partir de la muerte de su esposa las reuniones familiares eran menos frecuentes. Y los gustos de Armand y Jules no siempre coincidían. A su amigo le gustaban mucho las carreras de caballos y pasaba gran parte de su tiempo libre en el Jockey Club. En cambio, a Jules esto no le agradaba tanto y prefería la música y el ballet, especialmente la ópera; y no se perdía ningún espectáculo en Buenos Aires, si sus ocupaciones en la estancia lo permitían.

Cuando el intendente Torcuato de Alvear propuso la construcción de un teatro

importante, acorde al desarrollo que estaba teniendo la ciudad, Jules no dudó en formar parte del financiamiento junto con otras muchas familias amigas que compraron un palco de por vida. Es por ello que tenía derecho a visitar las obras cuando quisiera, lo cual era a menudo. Ahora, después de tantos años de avances, interrupciones y todo tipo de complicaciones tanto económicas como políticas por fin estaba en la etapa final de ornamentación.

Y es aquí donde el torbellino de su hija había vuelto a irrumpir. Clara amaba el teatro y al regresar de la visita de esa mañana, le había dicho: “¡Padre, tenemos que hablar!”.

Y tal como Jules había imaginado, estaban en problemas...

—Padre, necesito de su permiso y de su ayuda. Usted sabe que, en cuanto retome el ciclo lectivo, voy a enseñar en la Escuela Normal...

—Sí, ya hemos discutido esto varias veces, Clara. Sabes que no está bien visto que una niña de tu posición trabaje. He consentido que estudies pero no me parece bien que ejerzas. A estas alturas deberíamos estar haciendo arreglos para tu boda.

—No, padre, aún soy muy joven, tengo tanto por aprender...

—¿Crees acaso que Armando te va a esperar toda la vida? En cualquier momento te propondrá matrimonio.

—Ya lo ha hecho, y le dije que todavía no estoy preparada, que quizá más adelante.

—¿Cómo no lo sabía? ¿Que no estás preparada? ¿Acaso no has sido educada para ocupar la posición que te corresponde como esposa y madre? ¿Qué otra preparación necesitas?

—¡Quiero asistir a un taller de arte!

—¿¡Qué!?

Jules, que hasta ese momento había permanecido de pie, tomó asiento en su sillón detrás del escritorio y se llevó la cabeza a las manos. Inspiró profundamente durante unos segundos a fin de recobrar la serenidad. Si su

esposa viviera, sería ella la encargada de hacer entrar en razones a su empecinada hija, pero ahora ese papel le correspondía a él y nunca había tenido muchos argumentos ante los embates de Clara.

—Hija, sabes bien que las mujeres no concurren a esos lugares. Además has recibido una excelente educación en arte, tanto en la escuela como en esta casa, donde has tenido acceso a todas las ramas artísticas...

—Exactamente, pero siento que falta algo en mi formación y quiero completarla para poder aplicarla a la enseñanza. ¡La educación de las mujeres es tan restringida! Todos los hombres de nuestro círculo hacen su viaje a Europa y asisten a talleres de arte en París, en Roma, en Florencia, en cambio nosotras estamos limitadas al entorno del hogar ¡y solo aprendemos a bordar!

—El bordado también es un arte...

—¡Pero no es lo único, padre! —dijo Clara alzando la voz.

—Clara, no te excedas.

—Perdón, padre —dijo bajando la mirada, para volver a subirla a los pocos segundos.

—¿Qué es lo que pretendes?

—Me gustaría poder enseñar, no solo a las mujeres que concurren a la Normal sino también a las que no les está permitido salir de sus casas. Como usted dijo, no está bien visto que asistamos a clases fuera del hogar, pero yo puedo acercarles la posibilidad de conocer otras cosas. Además, yo no estoy casada, no estaría descuidando mis tareas, así que es el momento de aprender. Quiero transmitirles algo más que las saque del papel de observadoras. Por eso quiero asistir a un taller. Yo no quiero solamente enseñar a *estudiar* arte, yo quiero enseñar a *hacer* arte.

Y ahí estaba el embate ante el cual Jules siempre se quedaba sin argumentos. El entusiasmo y la coherencia de los planteos de Clara siempre lo dejaban sin palabras. Además tenía que reconocer que en su interior, muy profundamente, sentía un cálido orgullo al ver que sistemáticamente su hija se resistía a dejarse inmovilizar. En definitiva era un rasgo que había heredado de él. Se sentía un hipócrita censurándolo.

Por otro lado, ¡estaba tan bella!, no quería matar ese entusiasmo que coloreaba sus mejillas y ponía un brillo especial en sus ojos. Si bien Clara tenía el espíritu de su padre, físicamente era muy parecida a su madre. Pequeña y menuda, piel blanquísima, el pelo largo y de un castaño dorado muy brillante. ¡Y los ojos! Unos bellísimos ojos verdes que ocupaban más espacio que el que les correspondía en su rostro redondo. Su hermano Julio, al volver de su viaje a Europa, le había traído un dibujo de la *Sibila délfica* de Miguel Ángel. Se lo había comprado a un estudiante de arte que lo estaba realizando frente al original en la Capilla Sixtina, porque le había recordado a su hermana por el gran parecido.

Íntimamente derrotado, pero cuidándose de no dejarlo notar, le dijo:

—Comenzaste esta conversación solicitando mi aprobación y mi ayuda. ¿A qué ayuda te refieres?

—Se ha contratado un escultor italiano para realizar la ornamentación del teatro...

—Sí, el maestro Trinchero. Yo mismo formé parte de la comisión para evaluar la elección.

—Lo suponía, necesito que utilices tu influencia para que me acepte como alumna. Sé que está convocando artistas para el trabajo en el teatro y también para colaborar con la enseñanza en su taller, que no quiere descuidar. Yo quiero aprender, tal vez no consienta en enseñarme él personalmente, pero quizá alguno de sus discípulos. Por favor, papá, prométeme que vas a intentarlo, ¡por favor, por favor!

Se hizo un intenso silencio en el cual Jules evaluaba la situación y las posibilidades de oponerse, aunque sabía que sería inútil. Solo rezaba porque estas concesiones que hacía a su hija no arruinaran sus posibilidades de hacer un buen matrimonio. La desaprobación de la sociedad en la que se movían podía significar el aislamiento, pues las mujeres no tenían la opción de desempeñarse en otros ámbitos.

—Solamente te prometo gestionar una entrevista con el maestro. Si él se niega a tomarte como alumna no voy a utilizar mis influencias para convencerlo.

Aceptarás lo que se pueda conseguir.

—Gracias, papá, muchas gracias, yo sabía que ibas a entender. ¡Te quiero tanto! Ya verás, el maestro no solo me aceptará, me dejará realizar trabajos para el teatro. ¡Ya lo verás! ¡Te quiero, te quiero mucho!

Y después de darle un enorme abrazo, se alejó corriendo, dejándolo solo en el despacho con su cigarro.

Mayo de 1907

La costa estaba a la vista. Todo era movimiento alrededor, mezcla de alegría, miedos y alivio porque el confinamiento de tantos días llegaba a su fin. El día era diáfano y se podían ver con nitidez las edificaciones del puerto de Buenos Aires.

Apoyado en la baranda del barco, Enrico observaba esa imagen lleno de ansiedad y esperanza.

—Enrico, ya estamos cerca. ¿Quieres que suba el equipaje? Me gustaría ser de los primeros en desembarcar y como tenemos pocos bártulos podríamos adelantarnos.

—Ve entonces, pero no te metas en peleas. Todos bajaremos en algún momento.

¡Su hermano Nino, siempre tan ansioso, tan impulsivo!

Recordaba el día en Roma en que su maestro Piero Colucci le había hablado de la posibilidad de ir a América. Un compañero de estudios, el maestro Luigi Trincheri, se encontraba desde hacía años en la Ciudad de Buenos Aires y había conseguido un trabajo importante. Los arquitectos y escultores italianos eran muy solicitados en esta ciudad que estaba creciendo mucho y en la que se estaban construyendo varios edificios tanto públicos como privados.

Enrico tomó rápidamente una decisión y escribió a su familia, que vivía en un pequeño pueblo rural, para despedirse de sus padres, ya que en cuanto pudiera ahorrar el costo del pasaje, se embarcaría hacia América. A los pocos

días le llegó la respuesta a través de una carta que portaba personalmente su hermano Nino. En esta se despedían y le mandaban a su hermano menor para que lo llevara con él, porque en el campo no había trabajo y la familia estaba pasando hambre.

Esto retrasó sus planes ya que lo obligó a conseguir el costo de otro pasaje. Afortunadamente su maestro lo ayudó, gestionándole un adelanto a través de uno de los agentes colonizadores que en ese entonces viajaban por toda Europa reclutando emigrantes, y urgiéndolo a embarcarse para no perder la oportunidad de trabajo que se le había ofrecido. Ahora no solo tenía los miedos lógicos de vivir en una tierra extraña, sino que también tenía a su cargo a un menor de edad, cuyo carácter díscolo siempre lo metía en problemas. No obstante, estaba muy entusiasmado. Para un joven escultor, la posibilidad de independizarse de su maestro era una ocasión muy esperada y tener la oportunidad de hacerlo en el nuevo mundo lo llenaba de orgullo.

Mientras estaba perdido en sus cavilaciones, el barco se había acercado lentamente a la costa y al atracar se oyó la bocina que señalaba el fin del viaje. Nino ya estaba a su lado. Por un momento sus miradas húmedas se encontraron, y palmeándole el hombro Enrico dijo:

—Por fin llegamos, Nino. ¡Vamos a hacer la América!

3

Otro día de trabajo intenso. Otro barco proveniente de Italia había arribado; al llegar al puerto todo era movimiento y excitación. Los pasajeros estaban ansiosos por descender pero todavía debían realizar los controles sanitarios y el papeleo personal.

Pedro había obtenido el empleo en el gobierno en gran parte por ser hijo de inmigrantes italianos y conocer el idioma, pues más de la mitad de la gente que llegaba de a miles lo hacía desde Italia.

El gobierno argentino propiciaba la inmigración especialmente de europeos, dando facilidades de acceso. Ellos tenían una cultura del trabajo que era lo que el país requería en esos momentos. Fundamentalmente se necesitaba mano de obra para el campo. Muchos de los recién llegados eran seducidos por la posibilidad de trabajar la tierra y, a la larga, ser propietarios. Pero no todos iban al campo, muchos se quedaban en la ciudad y comenzaba a haber problemas de alojamiento.

La función de Pedro consistía en acompañar al médico, quien efectuaba la revisión de los viajeros para constatar que no hubieran contraído enfermedades a bordo debido al confinamiento. De resultar aptos, él procedía a verificar su documentación y a sellar sus carteras de identidad.

Empezaban a descender los primeros pasajeros, había familias con varios hijos que se esforzaban para tener a los chiquillos bajo control y a la vez no perder de vista el equipaje, por lo cual todo era gritos y movimiento.

Los primeros en la fila eran dos parientes, a juzgar por el parecido, a los cuales ya se les había hecho el apto físico, ahora le tocaba a él realizar su trabajo, para lo cual se dirigió a ellos en italiano:

—Nombre, edad y profesión, señor.

—Enrico Battista, tengo veintidós años y soy escultor.

—¿Tiene algún familiar en el país?

—No, señor.

—¿Necesita asistencia en alojamiento?

—Sí, señor.

—¿Necesita la ayuda de la oficina de empleos?

—No por el momento, debo tomar contacto con la persona que me ha ofrecido trabajo señor.

El próximo...

—Nombre, edad y profesión, señor.

—Antonino Battista, tengo dieciséis años y soy campesino.

—¿Tiene algún familiar en el país?

—No, señor.

—Es menor de edad. ¿A cargo de quién se encuentra?

—De mi hermano Enrico, aquí presente.

—¿Necesita asistencia en alojamiento?

—Sí, señor.

—¿Necesita la ayuda de la oficina de empleos?

—Sí, señor. Puedo realizar cualquier tipo de tarea.

Pedro procedió a llenar los papeles con las respuestas y la descripción física de los inmigrantes. Señor Enrico Battista: cabello negro ondulado, ojos negros, altura media, delgado, sin impedimentos físicos visibles. Señor Antonino Battista: cabello castaño ondulado, ojos marrones, altura media, delgado, sin impedimentos físicos visibles.

Lo que no podía describir era la fuerza de la mirada de esos dos hermanos, que parecían poder enfrentarse a todo. Ese detalle tan importante, era imposible de referir en el frío formulario de migraciones. En su trabajo había visto cientos

de muchachos que llegaban ilusionados con las oportunidades de la nueva tierra pero la determinación que se reflejaba en los Battista lucía diferente.

—El Estado les brindará comida y alojamiento gratuito por cinco días, hasta que puedan ubicarse en la ciudad. Aquí a unos metros subirán a uno de los tranvías de caballos que los llevarán al hotel La Rotonda para su ubicación. Antes, señor Enricco, deberá firmar los papeles por los cuales se hace cargo de su hermano; con ello se hace responsable del comportamiento del menor durante su estancia en el país.

El mayor firmó lo que se le presentaba, Pedro selló las carteras de identidad y los dejó ir con un mecánico saludo:

—¡Bienvenidos a la República Argentina!

Enrico seguía las indicaciones que le había dado un paisano en el conventillo. Tenía que encontrar la calle Sarandí al 1400 donde se encontraba el taller del maestro Trincherero. Llevaba una carta de recomendación que le había dado su maestro Piero Colucci y confiaba en que iba a poder conseguir un empleo en el taller.

Habían llegado el día anterior pero tuvieron que dedicarlo a instalarse en el hotel y aprender a manejarse tanto allí como en la ciudad. Nino se encargaría de conseguir alojamiento y trabajo. Él ubicaría el taller y una vez orientado, caminaría hasta allí ya que era necesario ahorrar cada centavo.

Al término de una larga caminata había llegado a la dirección indicada. Golpeó la puerta y al rato le abrió un hombre de mediana edad, en un castellano de fuerte acento dijo:

—Buenos días.

—*Buongiorno, abita qui il maestro Trincherero?*

—Sí, soy yo.

—*Io sono Enrico Battista, non parlo spagnolo. Si prega di leggere questa lettera.*

El maestro tomó la carta y esbozó una sonrisa al reconocer el nombre de su colega y amigo de la juventud. Leyó la carta en su totalidad y finalmente le dijo:

—Si mi amigo Piero dice que eres bueno, debes serlo de verdad. Adelante, pasa por aquí.

Una vez dentro, Enrico observaba todo con asombro, el taller era amplio y

había trabajos a medio terminar por todos lados. Los olores le produjeron una nostalgia tan grande que por un momento le pareció que iba a aparecer su maestro Piero por alguna puerta.

Sin embargo fue otro maestro el que habló:

—Estoy necesitando asistentes. Tu desconocimiento del idioma es un problema para que puedas colaborar con la enseñanza, por lo menos por ahora; sin embargo podrías comenzar ayudando con algunas obras. Pero antes necesito una prueba de cómo trabajas. A ver...

Miró a su alrededor y se dirigió a una esquina donde había materiales al parecer descartados. Tomó una pieza de mármol de Carrara, blanquísimo, no muy grande, un rectángulo imperfecto de aproximadamente 30 por 20 centímetros y lo puso en sus manos.

—Vamos a ver qué puedes crear con este retazo. Ubícate en la mesa del fondo, detrás del cortinado rojo encontrarás un armario con todas las herramientas que puedas necesitar. Yo voy a salir, volveré a primera hora de la tarde y evaluaré lo que hayas hecho.

Dicho esto se fue, dejándolo completamente solo en el taller. Con el bloque de mármol en sus manos se dirigió hacia donde le había dicho. Apoyó la piedra sobre una mesa de trabajo y se dedicó a observarla largamente desde todos los ángulos. Por fin se decidió. Iba a esculpir la *Sibila de Delfos* de Miguel Ángel. Era una obra que le gustaba mucho y durante sus años de estudio en Roma había ido a visitar la Capilla Sixtina a menudo, muchas de esas veces solo para dibujar ese rostro tan hermoso.

El bloque que le había dado era pequeño, solo podría realizar la cabeza. Consideró que sería suficiente, y se puso a trabajar.

Esa tarde, por fin, Clara y su padre se estaban dirigiendo al taller del maestro Trincherero, para tener la reunión que Jules le había prometido gestionar.

Clara observaba la ciudad a través de la ventana del coche. Era la primera vez que se aventuraba por esos barrios. El lugar al que se dirigían se encontraba en San Cristóbal y para llegar allí ahora transitaban por la avenida Garay. A su izquierda podía observar la Estación del Ferrocarril del Sud, un edificio imponente pues no se veían construcciones importantes en el resto de la zona. Al mirar hacia la derecha podía ver la plaza Constitución, un paseo verde bastante extenso.

Al alejarse de la zona céntrica por donde ella estaba acostumbrada a circular, las casas se achataban y se veían grandes lotes desocupados o en distintos grados de construcción. La gente que podía ver caminando por allí evidentemente eran trabajadores dirigiéndose de o hacia sus hogares, pues esas calles no invitaban al paseo. En ese momento el coche realizó un brusco movimiento, Clara se sorprendió al oír blasfemar a su padre.

—*Merde* —lanzó Jules.

—¡Padre! —acotó Clara ante el exabrupto que no era habitual en él—. ¿Qué sucede?

—Es que esta calle está intransitable. Calles de tierra, llenas de pozos. Las ruedas del coche se entierran en la huella. Pero parece que el cochero pudo volver a la senda.

—¿No ha llegado el empedrado por aquí todavía?

—Ni creo que llegue en bastante tiempo. Ya me estoy arrepintiendo de hacerte

caso en esta locura. Otro bandazo así y nos volvemos a casa. Este no es lugar para que andes.

Clara rezaba porque el cochero maniobrara adecuadamente y no le diera oportunidad a Jules de arrepentirse.

Y así fue porque a los pocos minutos se encontraron ante la puerta del taller. Cuando estaban descendiendo, otro coche que se acercaba por la calle se detuvo delante del de ellos. Un hombre de buen porte y un importante bigote que dejaba ver que cuidaba con esmero, se apeó del carruaje y se acercó a ellos diciendo:

—Buenos días, usted debe ser el señor Jules Pellet, ¿verdad?

—Sí, y usted el maestro Trincheró, encantado de conocerlo personalmente. Aunque ya nos habíamos cruzado por el teatro. Habíamos quedado en encontrarnos a esta hora.

—Efectivamente —y dirigiéndose a Clara—: la *signorina* ¿es?

—Clara de las Mercedes Pellet Arana, encantada, maestro.

—Mucho gusto, adelante, pasen, por favor.

Los tres ingresaron al taller y Luigi los hizo pasar a un pequeño saloncito que hacía las veces de oficina, con un modesto escritorio y un par de sillones.

—¿Y bien, señor, qué era lo que quería consultarme? ¿Desea encargarme algún trabajo?

—No, maestro, lo que me trae por aquí es algo más delicado. Mi hija Clara desea asistir a su taller como alumna.

El maestro se quedó en silencio por algunos segundos durante los cuales estudió a Clara. Se notaba la ansiedad con la que esperaba su respuesta. Retomando el control de la situación, dijo:

—Como ve, aquí no hay muchas comodidades. ¿Qué les parece si la *signorina* visita el taller mientras nosotros conversamos?

—¡Sí, me encantaría, muchas gracias! —dijo Clara.

—Pase por aquí, por favor...

Luigi hizo pasar a Clara al taller y volvió a sentarse detrás del escritorio.

—Esto no es muy común, las niñas de su condición social no suelen participar de este tipo de actividades en esta ciudad. En Europa se ve con más frecuencia,

pero aquí...

—Lo sé, es una larga pelea, Clara es muy entusiasta. Tiene una gran sensibilidad y aprecia todas las ramas del arte, ya que en nuestra casa ha tenido oportunidad de acceder a todo lo que le interesaba. Pero considera que además de apreciar tiene que saber realizar sus propias obras. Sueña con poder mejorar la calidad de la educación de las mujeres incorporando actividades que puedan realizar y no solo observar.

—Interesantes argumentos. Y por lo que veo usted está de acuerdo.

—Estoy de acuerdo con sus ideas pero, le soy sincero, me preocupa que no sea bien visto en la sociedad y esto le traiga problemas en el futuro. Por ello, prefiero que asista a un lugar de prestigio como este. Por supuesto que el dinero no es problema...

El artista se tomó unos segundos para pensarlo, al cabo de los cuales expresó:

—Señor Pellet, aceptaré a su hija como alumna. Lo que no le prometo es un tratamiento especial por su condición. Si quiere aprender, deberá adecuarse al ritmo de trabajo que exijo, no voy a ser su niñera. ¿Está de acuerdo?

Jules se sorprendió tanto por la respuesta, como por el tono. No estaba acostumbrado a que se dirigieran a él de esa manera. Evidentemente estaban en su territorio y en él Luigi Trincherero era el amo y señor.

—No estoy tan seguro de estar de acuerdo con sus condiciones. ¡Pero Clara estará encantada! Muchas gracias, maestro.

Clara se encontraba de pie en la entrada del taller. Era un salón muy amplio con ventanales a ambos lados. Por los que se encontraban a la derecha entraban los rayos oblicuos del sol de mitad de la tarde. Estos jugaban con las motas de polvo que se percibían suspendidas en el aire creando un ambiente mágico. El silencio era absoluto. Paseó la mirada por todo el salón observando las obras en distintas etapas de realización. De pronto algo llamó poderosamente su atención. Al final del estudio, iluminada por el sol, con el fondo de un cortinado rojo se encontraba una obra pequeña que la atrajo como un imán. Blanco sobre rojo. Se

dirigió hacia ella como en trance. Cuando llegó a su lado no tenía dudas, era la *Sibila délfica* de Miguel Ángel. Su hermano Julio le había traído un dibujo de ella de su viaje a Europa. Clara lo había hecho enmarcar y lo había colocado en su cuarto. Siempre la emocionaba verlo, le gustaba mucho la expresión de su rostro.

Ahora la estaba observando en forma de escultura, era perfecta, transmitía una dulzura muy especial. Mientras la contemplaba, el tiempo se detuvo.

Enricco estaba guardando las herramientas que había tomado del armario. Había concluido su obra hacía un momento y todavía flotaba en todo el estudio el polvillo procedente del pulido de la pieza a la que le había dado una terminación perfecta. Estaba muy satisfecho. Se preguntó cuánto tendría que esperar hasta que el maestro volviera y evaluara a su Sibila. Cuando terminó, cerró la puerta del armario y se dirigió de nuevo al salón. Corrió la cortina y lo que vio lo dejó paralizado.

¿Es que su Sibila había cobrado vida? Una Sibila de carne y hueso miraba su trabajo con tanta concentración que no notó a Enricco. Este tuvo unos segundos para observarla detenidamente. El parecido con la pieza esculpida era asombroso, una blanca, la otra en color, ambas bellísimas. La sensibilidad con la que estudiaba su obra lo conmovió profundamente formándole un nudo en la garganta. Solo pudo quedarse así, muy quieto, estudiándola, temeroso de que algún movimiento pudiera romper ese momento mágico.

De pronto Clara percibió algo, levantó la vista y lo vio. No había notado su presencia, al parecer hacía un momento que él la observaba. Algo de su rostro atrajo su atención, eran sus ojos, pero no específicamente estos, que eran negros y muy bellos, sino su mirada. Ese hombre la examinaba con tanta intensidad que era esta fuerza la que los hacía resaltar. Sintió un estremecimiento en su interior que la hizo ruborizar.

—Es muy bella, ¿usted la realizó? —le dijo.

Enricco no entendía lo que le decía, se limitó a mirarla intensamente... Clara se dio cuenta y alzando la mano, hizo el gesto de querer tocarla al tiempo que

decía:

—¿Puedo?

Él entendió el gesto y asintió.

Ella acarició la figura, recorriendo con sus dedos todos los detalles del tallado. Rozaba muy suavemente, primero los pliegues del manto, tan perfecto que si no estuviera frío podría sentirse real; luego pasó al contorno del rostro, redondo y delicado, se entretuvo en delinear su barbilla y el hoyuelo que esta formaba con el labio inferior carnosos, voluptuosos. Siguió recorriendo ambos labios entreabiertos, de una marcada sensualidad magnificada por la inocencia de la expresión.

Él seguía sus movimientos como en trance, acompañaba su caminata alrededor de la Sibila desde el lado opuesto sin dejar de observarla, deseando poder hacer con ella lo que ella hacía con la escultura. Comunicarle su admiración sin necesidad de palabras, solo con sus manos, con el contacto de sus dedos sobre su piel. Cuando sus ojos volvieron a encontrarse no podían separarse, Clara no fue capaz de sustraerse al magnetismo de su mirada.

Al cabo de un momento, Luigi y Jules entraron al salón, se escucharon sus voces, se quebró el silencio, se movió el aire, el polvillo bailó una danza enloquecida... ¡Y el hechizo se rompió!

Ya se iban notando algunos avances. El teatro era tan grande y había tanto por hacer que los adelantos iban manifestándose muy lentamente. Hacía ya tres meses que, gracias a su Sibila, el maestro lo había contratado y desde entonces trabajaba allí todos los días en los relieves de los balcones.

No era lo único por lo cual recordaba esa tarde. Su Sibila había propiciado que conociese a la señorita. Lo había impactado profundamente, pero ni siquiera sabía su nombre. Cuando el maestro y su padre entraron al estudio, le dijeron algo que él no entendió y ella se fue. El maestro le había pedido que lo esperara allí mientras acompañaba a los visitantes a la salida.

Desde entonces no perdía oportunidad para aprender el idioma; la impotencia que sintió al no poder comunicarse con ella lo decidió a que no volviera a sucederle. Por eso insistía, a diferencia de algunos de sus compatriotas que se esforzaban por no perder su lengua madre, tal vez por añoranza, como si seguir hablando italiano mantuviera viva la Italia que llevaban dentro.

Nino también había conseguido trabajo. Al alojarse en el hotel de inmigrantes La Rotonda, se dirigió a la oficina de empleos instalada por el gobierno argentino y se postuló para albañilería, porque le habían dicho que era lo que más se necesitaba. Al día siguiente lo asignaron a la construcción del nuevo hotel de inmigrantes que estaba en curso, ya que “el redondo” no daba abasto para alojar a los cientos de pasajeros que llegaban cada semana. El nuevo proyecto estaba a cargo de dos arquitectos italianos, así que no tenía que luchar con la barrera del idioma.

Igualmente, después de tres meses en el país, los dos hermanos hablaban una

lengua mitad castellano mitad italiano que los argentinos llamaban “cocoliche” con la que podían desempeñarse bastante bien.

También había sido Nino el encargado de conseguir alojamiento. Se había acercado a uno de los promotores de conventillos que se estacionaban con sus carros a la salida del hotel para negociar los pocos lugares disponibles.

Así se instalaron en el conventillo Las Catorce Provincias. Compartían una habitación con otros cuatro hombres. El alquiler les llevaba gran parte de sus ingresos por lo cual se veían obligados a vivir muy austeramente, ya que además Enrico debía pagar lo adeudado por los pasajes, y para él esto era una prioridad. Varias veces había discutido con Nino sobre este tema pero se mantenía inflexible. Las deudas se pagan, era una cuestión de honor.

Todos los mediodías los obreros del nuevo hotel de inmigrantes se juntaban a compartir sus viandas o sándwiches que podían comprarle a los vendedores que siempre daban vueltas por la obra. A Nino le gustaba este momento del día que no solo le permitía descansar del duro trabajo de albañil, sino también porque en las reuniones surgían temas, generalmente de política, y se armaban debates muy interesantes.

Ya se había hecho amigo de Cosme, el panadero que solía acercarse por las mañanas a la obra para ofrecer sus facturas de nombres ofensivos para la iglesia, el ejército y la policía, y al mediodía con sus sándwiches de pan recién horneado, o tan solo pan, que abultaba las escasas viandas de los trabajadores. Cosme, “el gallego”, como lo llamaba todo el mundo, era tan apasionado como él a la hora de defender sus ideas.

Poco a poco, el grupo de albañiles se iba reuniendo en un rincón de la obra, precariamente guarecida del frío de agosto.

—¿Se enteraron? —preguntó Cosme que siempre era el que traía las novedades políticas y encendía el clima de debate—. Vuelven a aumentar los alquileres.

—¿Otra vez? —se quejó uno de los obreros, un muchacho joven de mirada pícaro y muy simpático—. Así es imposible seguir —se lamentaba mientras destapaba un pequeño recipiente del cual emanó inmediatamente un aroma que

convocó la curiosidad de todo el resto.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó otro mientras se asomaba al recipiente—. Yo estoy viendo... carne. Muchachos, el sinvergüenza se da el lujo de comer carne y protesta por el alquiler.

—Son sobras del puchero que hizo la gallega ayer. Si lo hubieran olido calentito...

—¿Qué gallega? —preguntaron todos al unísono.

—Doña María. Una española que vive en mi conventillo. Si vieran cómo se las apaña para cocinar en ese lugar, lleno de gente. No quiere compartir la cocina con el resto de las mujeres. Ella enciende su fuego en un rincón del patio y comienza la magia.

—Me imagino, ¡deben estar todos rondando como abejorros! —comentó un italiano mientras sacaba de un precario envoltorio un puñado de aceitunas que alternaba con el pan que le había comprado a Cosme. En eso consistía su comida ese día.

Nino observaba a ese hombre que, con resignación, comía su frugal almuerzo, sabiendo que en su casa tenía varias bocas que alimentar.

—Es verdad, cuando la gallega cocina, a todos se nos hace agua la boca. A mí me quiere y siempre me convida o me guarda unas sobras para el día siguiente, y acá está: pucherito con osobuco y garbanzos, un manjar.

—Yo te entiendo —avaló uno de ellos—. En mi casa la que da la nota es una polaca. Cuando sale de la cocina a todo el mundo se le van los ojos y la barriga con ella. Hasta que llega al segundo patio en el que está su cuarto. Vieran las caras de desilusión especialmente de los niños cuando la mujer cierra la puerta de la habitación... Porque la polaca no convida.

—¿Y por qué te quiere la gallega, a ver? Supongo que le retribuirás con algunas monedas o algún trabajo —dijo otro—. No están los tiempos para andar abusando entre nosotros, los pobres.

—Sí, siempre la ayudo con alguna tarea pesada, pero lo que yo estoy sospechando es que me quiere para yerno —dijo con cara de preocupación.

Todos rieron ante el comentario.

—Con razón, te quieren casar. Ya decía yo, no están las cosas para andar regalando comida. Y a ti qué tal la candidata, ¿te gusta?

—Y... —dijo el muchacho— linda no es. Pero si cocina como la madre, yo me caso.

Volvieron las risas.

Pasado el momento de diversión, Cosme insistió con el tema del aumento de los alquileres:

—Les comento por si les interesa. En la FORA nos estamos organizando para ir a huelga.

—¿FORA? ¿Y eso qué es? —preguntó Nino.

—Una agrupación anarquista. Estamos organizando grupos para coordinar las acciones en los conventillos.

—¿Y en qué consiste la huelga? —preguntó otro.

—En dejar de pagar el alquiler.

—¡Pero nos van a desalojar! —protestó otro.

—Eso si los dejamos. Si todos nos ponemos de acuerdo, evitaremos los desalojos.

—Mi hermano es socialista y también está de acuerdo con la huelga —dijo Nino.

—¿Y quién no lo estaría? En mi casa no dejan de acumular gente en las habitaciones, hay hasta ocho personas por cuarto. Y el casero ha comenzado a alquilar camas en los pasillos. Cada vez pagamos más y vivimos peor.

—Pero no sé, no estoy seguro sobre una huelga —acotó el del almuerzo de aceitunas—. Si nos echan de ahí adónde iríamos a parar. Yo tengo varios hijos, no puedo arriesgarme...

Estos temas se repetían casi idénticos a lo largo de los almuerzos de la obra. Cosme exponía sus ideas con tal vehemencia que Nino pronto se vio seducido por ellas.

Unas semanas después de haberlo conocido, Nino se encontró participando activamente en la campaña de reactivación de la Liga contra el Alquiler, que se había formado años atrás. El movimiento ya había organizado protestas en uno

de los inquilinatos del barrio de San Telmo. Rápidamente estas se extendieron hacia otras casas comunitarias y comenzaron los castigos por parte de las autoridades.

Luego de las primeras noticias de represión ante las rebeliones, Nino le preguntó a Cosme:

—¿Hasta dónde llegará la lucha?

—Hasta que el problema se resuelva —contestó el gallego.

Nino lo miró con esa intensidad tan suya y preguntó:

—¿Y si fueran necesarios otros métodos?

Cosme le devolvió la mirada frontal, brutal.

—A ver, niño, seamos claros. Si hay que luchar, se lucha. Y si hay que matar, pues se mata.

Enrico estaba volviendo a su casa luego del trabajo en el taller. Al acercarse, vio un gran tumulto de gente. Inmediatamente se inquietó, hacía varios días que los barrios de la zona sur se encontraban alborotados por la “huelga de inquilinos”. Si hasta los niños participaban llevando escobas “para barrer a los caseros”. Las manifestaciones eran cada vez más frecuentes y multitudinarias.

Enrico apoyaba la huelga pero no estaba de acuerdo con la confrontación física. Estaba particularmente preocupado por Nino que se había acercado mucho al movimiento anarquista. Últimamente discutían todo el tiempo, no tanto por las ideas de fondo como por las formas de actuar. Él creía en una participación a través de las instituciones que iría evolucionando en gobiernos más equitativos y con mayor inclusión de las clases bajas. Los anarquistas tenían otra manera de ver las cosas...

Al llegar al conventillo todo era confusión y caos. Por todos lados veía personas heridas, atendidas por los vecinos.

Al ingresar se encontró con Nino que estaba fuera de sí.

—¿Has visto lo que han hecho? Eran solo mujeres y niños. ¿Cómo han podido actuar con tanta cobardía?

—¿Pero qué pasó? ¿Por qué hay tanta gente herida?

—Llegó la policía y quiso desalojar a los inquilinos que no pagaban. Las mujeres se opusieron y comenzaron a pegarles. Por suerte resistieron y la policía tuvo que retirarse.

—¡Qué barbaridad! Ahora ayudemos a calmar a la gente y a atender a los heridos.

—¡Que eso lo hagan las mujeres! —dijo Nino muy ofuscado—. Nosotros debemos salir a la calle a manifestarnos, no podemos dejar pasar este escándalo. ¡Tenemos que encontrar a los responsables y hacerlos pagar!

—Nino, por Dios, eso no va a solucionar nada, no se puede responder a la violencia con más violencia. Solo se volverán más difíciles las cosas.

Nino, totalmente fuera de sí le espetó:

—Claro, eso es lo que opinan los de tu partido. Son unos flojos, creen que pueden negociar con las clases altas. Que pueden tener algún tipo de participación. ¡Flojos e ingenuos! ¡No hay participación posible, este sistema debe dejar de existir!

—¿Ah, sí? —gritó Enrico a su vez—. ¿Y cómo piensas llegar a eso, matando al que no te gusta?

Nino quedó en silencio unos segundos. Los hermanos se miraban tensos. Al cabo, Nino bajó la voz, pero su tono solo resaltaba el odio que bullía en su interior.

—Todavía no sé cómo lo lograremos, por lo pronto el nombre del jefe de Policía que hoy ordenó y participó de esta barbaridad no se me olvidará nunca. El coronel Ramón Falcón tarde o temprano pagará por lo ocurrido en nuestro conventillo.

Y salió a la calle hecho una furia.

Enrico quedó solo con sus propias emociones. Lo angustiaba sobremanera el comportamiento de Nino. Su última frase aún flotaba en el aire. Pero a Enrico no lo afectó tanto lo que dijo, sino la determinación que emanaba de su mirada.

La mirada de los Battista.

Enero de 1908

¡Clara no podía creerlo! Después de tantos meses de aprendizaje, por fin el maestro le había permitido venir a trabajar directamente al teatro. Los meses en el taller habían sido duros, el maestro la había asignado como alumna a un artista que hacía tiempo trabajaba con él, Mario.

Mario se encargó de introducirla en distintas disciplinas: dibujo, grabado, tallado, pintura... En lo que terminó destacándose fue en tallado, lo hacía con mucha precisión y era una actividad que le gustaba mucho. Se dedicaba a sus trabajos con tanta concentración que a veces perdía la noción del tiempo.

Debido a esta habilidad que había manifestado, le habían propuesto colaborar con los relieves del teatro ya que la fecha de la inauguración se acercaba y había mucho por hacer. Toda la ayuda era bienvenida. Por supuesto, Clara aceptó enseguida. Como durante la mañana daba clases en la Escuela Normal, solo podía colaborar por la tarde.

Allí estaba, en “su teatro”, pero ya no en calidad de familia patrocinante, sino como artista. No eran pocas las miradas de extrañeza que recibía, pero esto no le molestaba, era parte del privilegio de poder estar allí. ¡Estaba encantada! Por supuesto que seguía teniendo limitaciones en cuanto a lo que una dama podía hacer, considerando que sus faldas podían dificultarle las cosas. ¡Pero era un gran avance! Se sentía una precursora, lo cual seguramente era cierto. En el futuro se encargaría de que más mujeres tuvieran la oportunidad que ella estaba viviendo.

Le habían asignado las bases de las columnas del Salón Dorado. Era un gran salón inspirado en el Grand Foyer de la ópera de París, con enormes columnas talladas y abundancia de relieves que debían ser terminados con dorado a la hoja. Se estaban colocando los espejos a lo largo de una de las paredes, el efecto era maravilloso. Cuando los dorados estuvieran concluidos y se hubieran colocado los imponentes vitrales, los espejos potenciarían una suntuosidad que daría al salón una importancia propia dentro del conjunto. Le había contado a su hermano Julio los detalles de este salón, y él le había contestado con mucha suficiencia: “¡Como el salón de los espejos de Versalles!”. Clara lo había odiado en ese momento. Julio había hecho el viaje a Europa como todo muchacho de buena familia; ella no había tenido esa oportunidad. ¡Por ser mujer! Hubiera necesitado un ejército de acompañantes para disfrutar de la mitad de las cosas que su hermano había realizado con absoluta soltura. ¡Era tan injusto!

Ya hacía unos días que estaba trabajando y no podía moverse de su lugar hasta que Trincherro diera por terminada la jornada. En cuanto a la exigencia, tanto en el taller como en el teatro, el maestro no hacía con ella ninguna diferencia por su condición social ni por ser mujer. El trabajo era duro y la exigencia altísima. Esto, lejos de incomodar a Clara, la incentivaba. No iba a lograr sus objetivos siendo una consentida.

Agradecía todos los días el haber podido eludir las trabas que su clase social le imponía, donde los privilegios de las señoritas eran dudosos ya que no se les permitía hacer nada por sí mismas. Era consciente, no sin cierto remordimiento, de que esto sucedía porque su madre no estaba. En general eran las mismas mujeres las más duras al momento de sostener las costumbres que las inmovilizaban.

Lo podía observar cada vez que la invitaban a alguna reunión de damas en la que se reunían las muchachas jóvenes, sus madres y tías. Los temas de conversación siempre giraban alrededor de casamientos y ajuares, sin posibilidad de introducir tópicos más interesantes porque eran rápidamente soslayados por las mujeres mayores. Clara agradecía que, desde que comenzara con sus clases, cada vez la invitaran menos a esas tertulias que la aburrían mortalmente.

Ese día el maestro se había retirado más temprano, dejándole encargado que terminara una de las bases. Clara ya lo había hecho, pero observó alrededor que nadie estuviera mirando para escaparse. Por fin encontró el momento y se escabulló por una de las puertas y se dirigió rápidamente al sector de palcos bajos. Quería volver a ver cómo iban las obras desde el palco familiar. Como no tenía autorización para estar en esa zona de trabajo, se introdujo en forma muy silenciosa, cerrando la puerta con mucho cuidado tras de sí. Tanto el antepalco como el palco se encontraban desnudos, todavía no se habían instalado los entelados y las alfombras, aunque sí habían comenzado las tareas de pintura.

Clara recorrió todo con la mirada. Lenta y silenciosamente, se asomó al balcón del palco...

¡Y casi se muere del susto!

Enricco ya estaba terminando ese panel, no quería irse antes de acabarlo. Era el tercer palco bajo de la derecha, le faltaban solo dos para concluir ese nivel. Después podría dedicarse exclusivamente a lo que más le gustaba. Se trataba de ocho bustos de los más célebres compositores de ópera: Beethoven, Bellini, Bizet, Gounod, Mozart, Rossini, Verdi y Wagner iban a ser ubicados sobre unas columnas en uno de los *foyers*.

Si bien el maestro Trincherro había tomado personalmente este trabajo, Enricco como escultor de su taller colaboraba en no pocas cosas para llegar a tiempo.

El maestro poco a poco le iba dando más responsabilidades ya que Enricco era un trabajador muy aplicado y fundamentalmente apasionado con su trabajo. Sus obras tenían una terminación perfecta y parecían cobrar vida propia.

Cuando estuvo satisfecho con la terminación del panel, decidió dejar esa área por ese día ya que la sala se encontraba en penumbras. Se agachó a guardar sus herramientas a las que cuidaba con esmero, cuando cerró la caja se incorporó absorto en sus pensamientos...

¡Y casi se muere del susto!

Clara y Enrico se miraron sorprendidos.

¿Qué hacía ese hombre ahí abajo?

¿Qué hacía esa mujer ahí arriba?

Luego de unos segundos de asombro, Clara comenzó a sonreír, después a reír y rápidamente estalló en risas francas.

Enrico, tentado por su actitud, también comenzó a reír. Recobró la compostura cuando se dio cuenta de quién era.

—Disculpe, señorita, no quise asustarla.

—No, por favor, discúlpeme usted. Yo no debería estar aquí, es que pensé que no había nadie.

—Yo ya me iba. Y tomando coraje preguntó. ¿Nosotros ya nos hemos visto antes verdad?

Clara lo reconoció enseguida a pesar de la penumbra, no había podido olvidar esa mirada, que volvía a atraparla sin remedio.

—Sí, nos conocimos en el taller del maestro Trincherero.

—Es cierto, en ese momento no me pude presentar como corresponde, permítame hacerlo ahora. Soy Enrico Battista, a sus órdenes.

—Mucho gusto, señor Battista, veo que ha hecho muchos progresos con el idioma. Yo soy Clara Pellet Arana y no pienso ordenarle nada.

Ante este comentario ambos sonrieron:

—¿Puedo preguntarle qué hace aquí? Ya todo el mundo se está retirando, será mejor que usted también salga del edificio.

—Soy alumna del maestro, y desde hace unos días trabajo aquí en el teatro. Estoy asignada al salón dorado, pero me escapé para observar los avances de la sala. Vengo a menudo a visitar las obras porque este es el palco de mi familia.

—No entiendo, ¿es de una familia importante y está trabajando? ¿No es muy común, verdad?

—No, señor Battista, yo no soy una mujer común...

De eso estaba seguro. Esa mujer le producía una sensación que no había

sentido nunca, era bellísima, vivaz, inteligente... ¡y no podía dejarla ir!

—Señorita Clara, si usted quiere puedo mostrarle los trabajos que se van haciendo en el teatro, yo soy un asistente muy cercano al maestro y tengo acceso a varias de las obras que se están realizando, ¿le interesa?

—Me encantaría pero, ¿cómo lo haríamos?

—Podríamos encontrarnos aquí al terminar el horario de trabajo. Claro que si la pongo en una situación incómoda... discúlpeme fue una idea que se me ocurrió.

Clara vaciló un momento, pero fue corto, en realidad le fascinaba la idea. Tendría que ver cómo arreglaba con el cochero que la pasaba a buscar todas las tardes, pero ya se le ocurriría algo.

—Me parece muy bien, si no le quito su tiempo.

—De ninguna manera, ¡será un placer! ¿Nos vemos mañana?

—Mañana a esta hora, entonces. Buenas tardes, señor Battista.

—Buenas tardes, señorita.

Clara dio media vuelta con una sonrisa en el rostro.

Le encantaba la idea de recorrer el teatro...

Le encantaba la idea de recorrerlo con él.

Enricco vivía en un estado de actividad constante. Desde que había tomado el compromiso de enseñarle el teatro a Clara, trabajaba más que nunca. Llegaba antes que todos y se iba último a fin de adelantar trabajo y que esto le permitiera dedicarle a la muchacha unos preciosos minutos todas las tardes.

Y como sabía dónde trabajaba Clara y tenía más libertad de movimiento, siempre se las ingeniaba para “pasar por ahí” con algún pretexto. En esos momentos sus miradas se encontraban y les era muy difícil desconectarlas. Otras veces, él la observaba sin que ella lo supiera.

Su Sibila de carne y hueso era hermosa, no se cansaba de mirarla. Pero no era una belleza estática, la concentración y el empeño que ponía en realizar su trabajo se reflejaban en su rostro en mil expresiones distintas. ¡Le gustaban todas ellas!

Cada vez que se quedaba observándola sin dejarse ver, a los pocos minutos, indefectiblemente, ella levantaba la vista de lo que estaba haciendo y comenzaba a mirar a su alrededor, como buscando algo. A veces él se ponía en evidencia, a veces no, pero parecía que ella sentía su mirada.

¿Podría ser que la mirada tuviera esa cualidad? ¿Que emitiera una especie de energía?

Sonrió para sus adentros, recordando.

La mirada de los Battista era famosa, tanto Nino como él la habían heredado de su padre. Su madre decía que no había nada que no pudiera conseguir su padre de ella cuando la miraba. Era imposible resistirse a su fuerza.

¿Sentiría Clara lo mismo? ¿Podrían sus ojos transmitirle sus sentimientos?

¡Porque tenía que reconocer que estaba perdidamente enamorado de ella!

Desde el encuentro en el palco vivía esperando el momento en que terminaba su trabajo, en que se encontraban para llevarla a recorrer los distintos espacios del teatro en diferentes etapas de terminación. Ella se maravillaba con lo que veía y quería aprender a hacer todo.

Cuando le mostró dónde se colocaría la serie de bustos que estaba esculpiendo y que Clara había visto en el taller, lo miró con una admiración que provocó que el corazón acelerara sus latidos. Allí recordaron la *Sibila délfica* del taller.

—¿Qué pasó con la obra que estabas haciendo el día que nos conocimos? —le había preguntado.

En algún momento de sus recorridos, habían comenzado a tutearse de una forma natural.

—La tiene el maestro, el material era de él y me pidió que esculpiera algo para probarme. Luego la guardó en el depósito.

—¡Qué pena que esté guardada, es tan hermosa! Siempre me gustó mucho la *Sibila*. Mi hermano Julio me trajo un dibujo de su viaje a Europa porque dijo que le hizo acordar a mí. Lo tengo en mi cuarto.

—Es cierto, son muy parecidas. ¿No te reirás de mí si te cuento algo?

—¡Lo prometo!

—Cuando te vi en el taller pensé que eras un espíritu, ¡no podía entender cómo mi Sibila había cobrado vida!

—¿En serio? —dijo riéndose.

—¡Dijiste que no te reirías!

—Lo siento, no pude evitarlo —dijo pícaro—. ¿Por eso te quedaste mudo?

—Por eso y porque no hablaba tu idioma, me prometí que no me iba a volver a pasar. Y cumplí, cuando volví a verte no me quedé mudo.

Durante sus excursiones fueron contándose sus historias, sus anhelos, sus pensamientos. Las charlas fluían con naturalidad, de forma inevitable, como si se conocieran de toda la vida. Ella se burlaba cuando él no encontraba las palabras en castellano y mezclaba con el italiano; él cuando ella manifestaba un desconocimiento absoluto de cómo se vivía en otros ámbitos fuera de su círculo.

Ella lo llamaba *cocoliche*, él la llamaba *princesita*. Ambos simulaban ofenderse por los apodos, luego se echaban a reír, y todo volvía a comenzar.

Ya casi era la hora y Enrico la estaba esperando en el palco, como siempre. Cuando ella llegó, la tomó de la mano y mientras verificaba que no hubiera nadie en los pasillos, la arrastró por distintos recovecos preguntando:

—¿Vas a poder subir escaleras o voy a tener que alzarte, princesa?

—¿Pero por quién me tomas? ¡Puedo subir sin problemas hasta el último piso!

—¡Me alegro porque allí vamos!

Siempre cuidándose de que nadie los viera, ya que podrían tener problemas si los descubrían fuera de sus lugares de trabajo, recorrieron varias zonas del teatro que Clara desconocía, incluso salieron del edificio en un momento para ingresar por otra puerta, y subir las escaleras que los llevaron hasta el último piso.

Al llegar allí, y antes de trasponer una puerta, Enrico le tapó los ojos con las manos y la guió hasta un punto donde finalmente se los descubrió, diciéndole:

—¡Bienvenida al Paraíso!

Clara miraba todo asombrada y repetía una y otra vez:

—¡Es hermoso!

—Lo terminaron durante la semana. La cúpula fue pintada por el maestro francés Marcel Jambón y la araña también fue realizada en Francia, es de bronce bruñido y tiene 700 lámparas.

—Con razón no me dejabas ver la sala estos últimos días.

—No quería arruinar la sorpresa. ¿Te gustó?

—Por supuesto, ¡y desde aquí se ve tan bien! Estamos tan cerca, ¡es impactante!

—Es una de las razones por las que a este nivel se lo llama Paraíso.

—¿Hay más razones?

—Sí, la principal es que es el lugar que tiene mejor acústica de todo el teatro. Paradójicamente, las localidades son las más económicas y la mayoría de la gente asiste de pie.

—¿De pie? ¿Permanece parada toda la función? Qué incomodidad, con lo largas que son algunas obras.

—Sí, es muy incómodo, pero el sonido que se disfruta desde aquí vale la pena.

—Pero si es así, ¿por qué las entradas más costosas son las de abajo?

—Una de las razones es que se ve mejor el escenario, pero el principal motivo es que las clases altas no vienen al teatro por el espectáculo. Vienen para ver y ser vistos. La asistencia a la ópera tiene una función social. Los que realmente aman la música, la disfrutaban mucho más desde el Paraíso.

—No siempre es así, mi padre ama la ópera. Estos años en que el nuevo edificio del Colón estuvo en construcción, asistimos al Teatro de la Ópera cada vez que tuvimos oportunidad y me transmitió ese placer. Yo también amo la música.

—Lo sé, pero te estoy mostrando que hay otras formas de disfrutarla. No dudes en hacerlo cuando tengas oportunidad. ¿Nos vamos? Se está haciendo tarde.

Clara aceptó con reticencia.

Se dirigieron a la puerta, Enrico la abrió con cuidado y cuando se asomó vio un grupo de hombres, entre los que se encontraba el maestro, que daban la vuelta por el pasillo y se dirigían hacia allí. En unos segundos pasarían por esa puerta.

Enrico retrocedió rápidamente, empujando a Clara con el ímpetu de su movimiento. Cuando Clara iba a protestar, él la tomó de la cintura y la inmovilizó contra la pared, mientras le tapaba la boca con la mano.

Pasaron unos minutos eternos hasta que escucharon que los pasos de los hombres se perdían por el pasillo.

Cuando ya no podían escucharlos, Enrico quitó la mano de la boca de Clara, pero no soltó su cintura. Sus miradas se encontraron, ella quedó inmóvil presa de ese magnetismo que no podía vencer. Lentamente él acercó su boca a la de ella y rozó los labios con suavidad. Clara dio un respingo pero no se apartó, sino que se acercó más a él. Alentado por su actitud Enrico profundizó el beso; ella lo dejaba hacer y él se iba volviendo más audaz.

De pronto la apartó de su cuerpo, mientras repetía:

—Perdóname, Clara, no va a volver a suceder, te suplico que me perdones.

Ella quedó en silencio unos segundos, al cabo de los cuales preguntó:

—¿Por qué me pides disculpas? ¿No te gustó besarme? ¿No querías besarme?

Él la miró atormentado, y por fin rindiéndose casi le gritó:

—¿Cómo me preguntas eso? ¡Si es lo que he querido hacer desde que te conozco! ¡Si he soñado con esto tantas veces que ya casi no duermo! ¡Si te amo desde que te vi!

—Me... ¿me amas?

—¡Con toda mi alma!

—Entonces vas a tener que enseñarme a besar, porque yo también quería esto desde que te vi, porque yo tampoco puedo dormir... ¡Y yo también te amo con toda mi alma!

Enricco no podía creer lo que escuchaba, mientras la abrazaba fuertemente le decía:

—¡Pero esto no es posible! ¿No entiendes? ¡Hay tantas cosas que nos separan! Tú eres una princesa, yo vivo en un conventillo, soy extranjero y sin recursos. No hay futuro para nosotros. ¡No es una situación común!

Ella lo apartó solo unos centímetros para poder mirarlo de frente, pícara, y llevando sus brazos al cuello, le dijo:

—¡Ya te dije que yo no soy una mujer común! Ahora, ¿puedes volver a besarme?

Y él obedeció.

Esa tarde él la esperaba en el palco. En cuanto ella abrió la puerta la introdujo al antepalco y comenzaron su sesión de “arte personal” con entusiasmo.

Desde ese momento mágico en el Paraíso, los encuentros por las tardes habían cambiado de prioridad. Si bien Enrico le seguía mostrando los trabajos que se realizaban, y Clara lo disfrutaba, a ambos les interesaba más encontrar un espacio donde estar a solas, lejos de las miradas de la gente, para dedicarse a perfeccionar el arte que habían descubierto juntos y del que parecían no cansarse nunca.

Enrico tenía que apelar a toda su integridad y fuerza de voluntad para no perder el control con Clara. Ella, en su inocencia, parecía no darse cuenta de adónde podían llevarlos esos momentos clandestinos, donde sus bocas y sus manos parecían no saciarse jamás.

Él era dolorosamente consciente de que su amor no tenía futuro, no hasta que él pudiera hacerse un nombre como artista y así tener algo que ofrecerle a Clara. Hoy no tenía nada y se dedicaba a disfrutar del placer prohibido, sabiendo que en algún momento tendrían que separarse. Por eso no podía permitirse perder el control con ella, y arruinar la reputación de Clara para siempre.

Al fin y al cabo, ¿no era eso el amor? ¿Proteger al ser amado de los peligros, aunque en este caso el peligro para Clara fuera él mismo?

Al cabo de unos minutos de caricias apasionadas, Enrico la apartó con renuencia e introdujo rápidamente un comentario para bajar la tensión:

—Mira a tu alrededor, ¿no notas nada distinto?

Clara, aceptando la situación con desgano, miró alrededor y poco a poco su

expresión fue cambiando.

—Ya está casi terminado, pintura, alfombras, cortinas, ¡solo faltan las butacas!

—Sí, la semana próxima es la inauguración y ya están avanzando en los detalles de la sala principal, aunque todavía falta mucho trabajo que se seguirá realizando después de la inauguración. Pero mira esa pared a tu espalda, ¿qué ves?

Clara miraba la pared sin saber qué contestar ya que lo que veía no justificaba la ansiedad de la pregunta de Enrico.

—Un panel entelado... la tela es bellísima, el color dorado armoniza perfectamente...

—Tienes que ver más allá de lo que reconocen tus ojos, observa.

Enrico introdujo una herramienta que Clara no reconoció en una ranura casi imperceptible sobre el borde izquierdo del panel, ante una leve presión este se deslizó girando sobre su lateral derecho, dejando a la vista un nicho de poca profundidad.

Clara emitió una exclamación de sorpresa.

—Lo hice para ti. Siempre me dijiste que sentías una relación especial con este teatro. Ahora hay una parte de él que te pertenece, nadie conoce su existencia. Ya pensarás para qué puedes utilizarlo.

Clara se quedó pensativa y su rostro pasó de reflejar emoción por el descubrimiento a ensombrecerse con el devenir de sus pensamientos.

—Ya sé para qué podemos utilizarlo...

—¿Podemos? ¿A qué te refieres?

—Hoy el maestro me dijo que después de la inauguración no sería necesaria mi colaboración. Voy a seguir asistiendo al taller a tomar clases con Mario, pero no voy a venir al teatro. No vamos a poder vernos a diario. Tú sí seguirás trabajando aquí, y yo vendré a las funciones. Podríamos utilizar el nicho para comunicarnos.

A pesar del entusiasmo que Clara intentó darle a su discurso, la noticia los afectó notablemente. Lo cierto es que ya no iban a poder verse. ¿Cómo iban a continuar con su amor si no podían compartir el mismo espacio? Clara, como

cualquier niña de su clase, no tenía libertad de movimientos, no podía salir sin compañía. Ya era un milagro que la hubieran dejado trabajar en el teatro, su padre había sido muy claro en cuanto a que era por un tiempo limitado, y siempre el chofer la llevaba y la iba a buscar.

La situación cambiaba drásticamente, y los hizo tomar conciencia de lo precario de su relación y del abismo que los separaba. A Clara se le llenaron los ojos de lágrimas.

Enrico la atrajo a sus brazos, la sostuvo fuertemente contra su pecho mientras le acariciaba el cabello.

—No estés triste, *cara*. Ya encontraremos la manera de seguir adelante. Un amor como el nuestro no puede ser vencido ante la primera dificultad. Yo te amo más cada día, ¿tú sigues amándome?

—¡Con toda el alma!

—¡Entonces podremos lograrlo! No llores *bella, la mía bella Chiara*.

Clara sonrió ante sus palabras, agradeciendo el intento de Enrico de disminuir su angustia, ya que sabía cuánto le gustaba que le hablara en italiano. Levantó su rostro hacia él y dejó que el lenguaje de sus labios disipara poco a poco la tristeza.

Era una hermosa tarde de principios de mayo, inusualmente cálida para el otoño de Buenos Aires, Jules decidió dar una caminata hasta el teatro. Iba a sorprender a Clara presentándose en su lugar de trabajo. Más tarde, el cochero que siempre pasaba a buscar a su hija los llevaría de vuelta a ambos hasta su casa.

Se aproximó por la calle Cerrito. Si bien esta era la parte posterior del teatro, era igualmente imponente. Faltaban pocos días para la inauguración y al menos las obras del exterior estaban concluidas. No pudo evitar sentir una punzada de nostalgia ante la ausencia de su amigo Vittorio Meano que se había abocado con tanta pasión a concretar esta obra que hoy, a catorce años de su muerte, por fin era una realidad.

Se habían conocido cuando Vittorio trabajaba para el arquitecto Tamburini, autor del primer proyecto de construcción del teatro. Al fallecer este en 1891, se encomendó a Meano la obra. A tal fin confeccionó un nuevo proyecto, para lo cual solicitó la colaboración de Jules pues apreciaba sobremanera sus consejos.

Todavía le parecía estar escuchando la voz de su amigo que con fuerte acento italiano le explicaba: “En el exterior vamos a disimular las diferencias de nivel entre los pisos, pero conservaremos la buena distribución de las fachadas en cuerpos simétricos en dos órdenes principales y un ático”. Y así se encontraba Jules observando desde la calle Cerrito claramente los tres niveles, tal cual habían sido pensados. También los distintos accesos, fundamentales para facilitar el tránsito de los espectadores. Si bien todos los niveles se comunicaban interiormente por un sistema de escaleras, la preocupación de Vittorio por la seguridad del edificio garantizaba que la gente no se aglomerase al momento de acceder o de desalojar las instalaciones, previendo una buena circulación ante la posibilidad de una eventual emergencia.

Jules dio un rodeo al edificio y en la calle Libertad vio estacionado a su cochero. Este le informó que Clara todavía no había salido. Ingresó por la puerta principal, y de allí se dirigió al Salón Dorado, donde su hija le había dicho que estaba trabajando.

Había un gran desorden, con distintas zonas de trabajo pero pocos trabajadores, ya que era hora de retirarse. No obstante divisó al maestro Trincherero en una esquina del salón hablando con algunos ayudantes.

Al verlo, el maestro se acercó a saludarlo, tendiéndole la mano.

—Buenas tardes, señor Pellet.

—Buenas tardes, maestro, veo que las obras están muy adelantadas.

—Sí, pero no estarán completas para la inauguración. Estamos intentando terminar algunos detalles ornamentales, pero este salón seguirá en obras durante algún tiempo.

—No veo a mi hija por aquí...

—La señorita Clara ya terminó su jornada, seguramente ya se retiró.

—No todavía, ya que vi a mi cochero en la puerta esperándola.

—Entonces seguramente estará en el tocador. ¿Quiere que aprovechemos el momento para ver los adelantos en las obras? Me gustaría mostrarle el escenario, los palcos *avant-scene* ya están terminados y quisiera conocer su opinión.

—¡Me encantaría!

—Sígame por aquí entonces.

Luego de una breve caminata, ingresaron al escenario por uno de sus laterales. El gran cortinado de terciopelo rojo estaba ya colocado y cerrado. Los hombres se tomaron un momento para ponderar las dimensiones del escenario. Jules que estaba al tanto de todo el proyecto por haber contribuido a su confección le preguntó al maestro:

—¿Se ha terminado el telón metálico?

—Sí, esa fue una de las condiciones de mínima para habilitar el uso del teatro.

Jules sonrió para sus adentros, Vittorio siempre tan detallista con las normas de seguridad que debían contemplarse, el telón cortafuegos era otra de ellas. Eran muchos los teatros que se habían incendiado, algunos habían pasado a la historia como verdaderas tragedias y no querían que el Colón fuera uno de ellos.

Ambos hombres se dirigieron hacia el telón y el maestro, alzando uno de los paños, le indicó a su compañero que se adelantara. Ya en el proscenio, Jules se quedó sin palabras. La vista desde allí era impactante y sin dudas un privilegio del que no todos podían disfrutar, salvo los artistas de gran trayectoria que pasarían por allí.

Las palabras de su amigo acudían automáticamente a su mente, el estilo había sido respetado. En los lugares que serían ocupados por el público, unos pocos colores rojos, dorados y marfiles permitirían el espectáculo especial de las damas luciendo sus coloridos vestidos y brillantes alhajas. En cambio, para realzar el efecto por contraste, la decoración de los espacios alejados debían ser amplios y fastuosos como la cúpula y los palcos *avant-scene*.

Se detuvo ante estos, bajo la mirada ansiosa de Trincherro. Uno estaba destinado al presidente de la Nación y el otro a las autoridades municipales. Los

palcos tenían una profusa ornamentación con pinturas y medallones. En ellos se podían apreciar ángeles sosteniendo notas musicales, y culminaban en dos importantes grupos escultóricos contrapuestos que se continuaban para formar el arco de proscenio.

—¡Felicitaciones, maestro! ¡El efecto es imponente!

—¡Muchas gracias, señor Pellet! Realmente fue un trabajo enorme, pero por suerte tengo buenos ayudantes.

En ese instante un movimiento en uno de los palcos captó su atención. Era Enrico que estaba relevando los últimos detalles. Ante la mirada del muchacho, Luigi lo saludó con un gesto y este le respondió el saludo.

Jules había observado con curiosidad el intercambio con el muchacho del palco, a lo cual Trincherero agregó:

—¡Él por ejemplo! Es mi mejor ayudante, es un joven italiano que se desempeña muy bien, muy responsable. Su hija también ha hecho su parte, tiene condiciones y ha trabajado con mucho entusiasmo.

Minutos antes, en el palco, Enrico y Clara seguían besándose. En un momento, por el rabillo del ojo, Clara advirtió un movimiento en el telón, se apartó rápidamente de Enrico y desapareció en el antepalco, oculto a la vista del escenario.

Enrico, que no entendía nada, la siguió:

—¿Qué pasa, Clara? —preguntó.

—¡¡Mi padre!!

—¿Qué pasa con tu padre?

—¡Está allí! ¡En el escenario!

—¿Qué?

Enrico se asomó simulando observar los relieves del balcón.

Al detectar el movimiento, el maestro que estaba con otra persona sobre el escenario, le dirigió un gesto de saludo que Enrico devolvió. Al mismo tiempo, el padre de Clara también dirigió la mirada hacia él con curiosidad.

Enricco mantuvo su actuación por unos momentos y luego se dirigió a la salida, tomando del brazo a Clara.

—¡Por poco! ¡No nos descubrió por un segundo!

Al llegar al coche, su hija estaba esperándolo.

—¡Hola, padre! Me dijo el cochero que habías entrado a buscarme, debiste hacerlo cuando fui al *toilette*... ¡Qué pena que no nos encontramos, así te mostraba algo de mi trabajo! Ahora es un poco tarde, casi todos se retiraron ya.

—No te preocupes, me encontré con el maestro Trincherro y me llevó de recorrida. Está muy contento con tu trabajo.

—Sí, eso me ha dicho. Lamentablemente después de la inauguración no voy a volver, voy a extrañar todo esto, me gustó mucho trabajar en el teatro.

Jules se emocionó al notar el entusiasmo de su hija. Ella siguió hablando.

—Cuéntame qué te pareció la visita, ¿viste qué hermoso está quedando?

—Realmente es una maravilla, me habría gustado tanto que Vittorio pudiera verlo...

—¿Aún lo extrañas, no?

—Sí, nos hicimos muy buenos amigos. ¡Su muerte fue tan prematura y tan absurda!

—¿Lo asesinaron, verdad?

—Sí, lo asesinó su mayordomo. Se dice que era el amante de su mujer, pero pueden ser habladurías que surgen inevitablemente ante un hecho de esta naturaleza. No sé cuánto de verdad hay en ello, lo único cierto es que murió en la plenitud de su vida y de su carrera. No pudo ver terminadas sus dos mejores obras: el Congreso de la Nación y el Teatro Colón.

Clara le acarició una mano a modo de consuelo, había sido un momento muy triste para su padre.

—Por suerte el arquitecto Dormal consiguió concluirlo...

—Es un profesional de gran trayectoria pero, además de esto, los motivos para elegirlo tuvieron que ver también con la superstición.

—¿Superstición? ¿A qué te refieres?

—Cuando Vittorio murió, se cayó en la cuenta de que existían ciertas similitudes entre los arquitectos seleccionados. El primero de ellos, Francesco Tamburini, era italiano y falleció de una enfermedad a los cuarenta y cuatro años. Lo suplantó Vittorio, también italiano y fallecido, esta vez a causa de un asesinato, a la misma edad. Consideraron que sería preferible que el siguiente no fuera italiano, y que no tuviera esa edad. Por eso se eligió a Jules Dormal, un belga de cincuenta y ocho años. Esto por supuesto es una anécdota, Dormal hizo un trabajo excelente.

—¡Qué curioso! Dicen que la gente de teatro es muy supersticiosa, pero veo que los hombres de negocios y los políticos no se quedan atrás.

—¡En mi caso no fue superstición! ¡Yo no soy supersticioso! —respondió Jules con fingida indignación—. Pero igual voté por Dormal, por las dudas... Porque yo no creo en las brujas, pero que las hay, las hay.

Ambos se rieron ante el comentario mientras el coche recorría las calles de camino a su casa.

25 de mayo de 1908

¡La ciudad era una fiesta! Todo el mundo se movilizaba para asistir a la gran inauguración. Después de casi veinte años el Gran Teatro por fin abría sus puertas al público.

Se habían agotado todas las localidades, mucha gente asistiría de pie al espectáculo ya que el evento no solo era esperado por las clases altas, sino también por las clases trabajadoras, en su mayoría italianos, que amaban la ópera, porque esta formaba parte de su cultura de origen.

Todo el mundo asistiría. El presidente Figueroa Alcorta era el invitado de honor y estaría acompañado por el cuerpo diplomático, los ministros, críticos, políticos y personalidades de la ciudad.

Los días previos habían sido una locura, había mucho por terminar y hasta el día anterior se temía que no se llegara a tiempo con lo necesario. No solo por las obras que era preciso concluir, también porque en ese contexto se dificultaban los ensayos de la compañía que iba a dar el primer espectáculo.

Por suerte todo había salido bien. Jules miraba la ciudad por la ventanilla del coche que los estaba trasladando al teatro. A su lado se encontraba Clara, se la veía ansiosa, estudiaba todo con curiosidad. ¡Estaba bellísima! Parecía un ángel en su elegante vestido blanco.

En otro coche venían su hijo Julio y Armando, el hijo de su socio y amigo Armand Dupret. El joven siempre había estado enamorado de Clara y todos daban por hecho que se casarían en algún momento. Si no lo habían hecho aún

no era porque Armando no quisiera, sino porque Clara dilataba el momento. Jules tendría que intervenir para que su hija definiera la situación, ya tenía dieciocho años y, a su edad, debería al menos estar comprometida.

Perdido en sus pensamientos, Jules no había reparado en que el coche ya se estaba acercando al teatro. Ingresarían a través de la calle Tucumán al pasaje de los carruajes que atravesaba todo el edificio y luego del descenso de los pasajeros, los coches continuarían hasta el fin de la calle en un desfile fastuoso. El pasaje facilitaba el acceso evitando que los que asistían caminando tuvieran que esquivar vehículos y caballos. Tanto los que ingresaban a pie por la entrada principal de la calle Libertad, como los que descendían de sus coches por Tucumán, se unían en el gran hall central.

Jules se bajó y tomó la mano de Clara para ayudarla a descender. Ella a su vez tomó el brazo de su padre y se encaminaron ambos a la escalinata de acceso con gran emoción.

—Padre, por fin ha llegado el momento. ¡Verá qué hermoso ha quedado nuestro teatro!

—¿Nuestro? Bueno, sí, supongo que podemos llamarlo nuestro después de haber hecho tanto para que por fin pueda terminarse. ¿Te acuerdas cuántas veces te traje a las obras? ¡Vamos viendo cómo crecía día a día. ¡Y tú hasta has ayudado a vestirlo!

—Sí. ¡Estoy tan feliz de haberlo hecho! Gracias a usted, padre, si no lo hubiera permitido no habría podido vivir esa experiencia. Así que tenemos muchos motivos para llamarlo “nuestro teatro”, ¿verdad?

Asintiendo con una sonrisa ascendieron los escalones y entraron al hall central. Allí se detuvieron ante la imponente escalera alfombrada de rojo y admiraron sus barandas de mármol rojo de Verona, que terminaban en una cabeza de león tallada con una profusión asombrosa de detalles. Clara no pudo evitar sonreír al reconocer la mano de quien había intervenido en semejante exquisitez.

Ya en medio del hall, ambos levantaron sus cabezas, atraídos por la luminosidad del espectacular *vitraux* octogonal que ocupaba la cúpula del *foyer*.

Todos los vitrales habían sido realizados en Francia y ni Jules ni Clara habían tenido la oportunidad de verlos aún.

Embargados por la emoción ante tanta belleza, siguieron su camino hasta acceder al palco. Unos momentos más tarde llegaron Julio y Armando. Los cuatro conversaban sin parar, no solo del teatro, sino también de las personas que iban llegando y tomando sus lugares. Todos estaban expuestos, las separaciones bajas entre los palcos facilitaban la exhibición, todos opinaban sobre todos. Clara comenzó a sentirse incómoda ante el recuerdo de lo que Enrico le había dicho. Tenía razón, la presencia de la mayoría de esa gente en el teatro no tenía nada que ver con el arte.

Luego de un tiempo que a Clara le pareció un cotilleo interminable, ingresaron los músicos de la orquesta y se creó un ambiente de expectación. Cada músico probaba sus instrumentos provocando una mezcla de sonidos que contribuía a incrementar este clima, hasta que hizo su entrada el director de la orquesta, don Luigi Mancinelli.

El presidente ingresó al palco oficial aplaudido por el público y la orquesta comenzó a tocar el Himno Nacional que, ante el fervor de la concurrencia, fue necesario repetir.

A continuación, el director alzó su batuta y, ante el silencio absoluto de semejante multitud, comenzó el espectáculo. Esa noche se estrenaba *Aída*, de Giuseppe Verdi. A cargo de la Gran Compañía Lírica Italiana.

Clara disfrutaba del espectáculo. Tanto la soprano Lucía Crestani como el tenor Amadeo Bassi eran de primerísimo nivel. No obstante, Clara se sentía inquieta, sabía que Enrico estaba en el edificio. Iba a presenciar la función en el Paraíso, pero le había dicho que intentaría escabullirse a los pisos de abajo después de la mitad de la ópera, ya que muchos asistentes se habrían retirado de sus palcos, y así podrían verse. Ella no sabía cómo lo lograría ya que la comunicación entre los pisos bajos y los altos no era sencilla. Sin embargo, Enrico conocía tanto el edificio que encontraría la forma.

Estaba por comenzar el tercer acto cuando Clara dio un respingo al detectar a Enrico en el palco reservado para las autoridades municipales, que en esa

ocasión tan especial acompañaban al presidente en el principal.

Estaba elegantemente vestido para la ocasión, llevaba su cabello ondulado y rebelde perfectamente peinado. Hubiera parecido otra persona de no ser por su mirada. La observaba a través de la sala colmada con una intensidad que parecía vibrar en el aire.

¡Estaba tan bella! Enrico no podía apartar sus ojos de Clara. Todas las mujeres de la sala desaparecían ante la visión de su Sibila vestida de blanco. Sus emociones variaban desde el gozo de su amor correspondido, al tormento de no poder concretarlo. Y al deseo que lo invadía con solo verla. Contemplándola así, a través de la sala, en su entorno, Enrico era aún más consciente de cuánto los separaba. Él había podido vestirse adecuadamente gracias a su maestro, que le había prestado la ropa, pero allí terminaban las similitudes. Ese no era su ambiente; en cambio ella no conocía otro.

Clara estaba acompañada por tres hombres: uno de ellos indudablemente su padre; de los dos más jóvenes, Enrico intuyó cuál era su hermano por cierto parecido con el hombre mayor. Pero, ¿quién era el tercero? ¿Un primo? ¿Un amigo? No lo sabía, lo que sí sabía es que ese hombre amaba a Clara, estaba pendiente de ella y la miraba como solo un hombre enamorado puede hacerlo.

Enrico sintió unos celos tan violentos, que agradeció la distancia que los separaba, ya que no hubiera podido controlarse.

Más temprano esa mañana, había podido dejarle una carta en el gabinete oculto de su palco. En ella le repetía cuánto la amaba y prometía con certeza futuros encuentros, pero la realidad no era en absoluto alentadora. El vínculo comenzaría a debilitarse sin remedio, ninguna relación prosperaba sobre la base de cartas.

A partir de ese día, Enrico viviría para hacerse un nombre en su profesión, con la esperanza de que con ello fuera suficiente para merecer a Clara; mientras tanto, poco podía hacer. En cambio, ese acompañante desconocido tenía el privilegio de acercarse sin que nadie cuestionara su derecho de hacerlo.

Todas estas emociones pasaban por la mirada de Enrico: amor, deseo, celos,

impotencia, cargándola con una energía que traspasaba la sala para llegar a destino.

Clara, como siempre, era incapaz de resistirse a su mirada. Pero esta vez transmitía tantas cosas que no pudo evitar inquietarse. La intensidad de sus sentimientos siempre asomaba a sus ojos y hoy esas emociones eran muchas. Sintió miedo, a partir de esa noche las cosas cambiarían. Antes de retirarse, intentaría quedarse sola en el antepalco excusándose ante los hombres, diciendo que tenía que arreglarse un poco antes de salir. Había tomado la precaución de llevar un abrecartas en su bolso, abriría el gabinete secreto y le dejaría una nota, seguramente encontraría otra de él allí. ¿Cómo llevarían la relación adelante, si lo único que les estaba permitido era intercambiar cartas?

Nino observaba todo desde la plaza Lavalle. Mientras más veía, más crecía su resentimiento.

¿Qué demonios hacía Enrico allí?

Lo había visto salir, vestido de levita cuando estaba llegando al conventillo. Era una imagen tan incongruente que había decidido seguirlo sin que se diera cuenta. Lo siguió hasta el teatro y a causa del movimiento que había en las inmediaciones lo había perdido, pero era indudable que allí se dirigía.

No le llamaba la atención la asistencia a la ópera, a Enrico le gustaba y en Italia iba cuando tenía oportunidad. Lo que lo inquietaba era la vestimenta, obviamente prestada, con la que concurría. Los asistentes al Paraíso no iban vestidos de esa manera.

Era evidente que su hermano pensaba mezclarse con las clases altas. ¿Para qué? ¿Qué esperaba conseguir con eso?

Nino despreciaba a las clases altas, familias que vivían en la opulencia, niños bien que no hacían más que perder el tiempo en los clubes y casas de fiestas, mientras la mayoría de la población debía trabajar jornadas interminables por un salario tan bajo que apenas alcanzaba para vivir. Muchas de las familias de su entorno pasaban hambre, pues los alquileres de las habitaciones en los conventillos estaban cada vez más altos y tenían que mantener varios hijos.

Mientras tanto, el gobierno y las familias pudientes, que en muchos casos eran lo mismo, se dedicaban a ostentar su dinero construyendo palacios. Siempre discutía con Enrico al respecto. Su hermano veía todo ese despliegue como un crecimiento, como una oportunidad de trabajo. En cambio, él lo veía como una

provocación. ¡Cómo no se daba cuenta, si estaba a la vista de todos! Parado allí mismo podía observar varios ejemplos. Empezando por el Teatro Colón que, aunque se inauguraba ese día, seguiría en obras durante bastante tiempo. Si bien el acceso al teatro era para todos, las clases bajas, que ocupaban generalmente el Paraíso, debían hacerlo por otra puerta. La entrada principal era solamente para plateas y palcos.

A la derecha del teatro, cruzando la calle Tucumán, estaba el pretencioso colegio con nombre de presidente y frases en latín. Un templo a la educación que no era accesible a todos. Los niños de las clases bajas comenzaban a trabajar a temprana edad para colaborar con la economía familiar, así que con suerte aprenderían algunas letras en castellano, el latín era ridículo.

Si giraba podía ver enfrente el nuevo Palacio de Justicia en construcción, en el cual ya se adivinaba una fachada monumental. Más a su derecha, se construía un edificio particular, con una importante cúpula que ya estaba casi terminada. Y eso era solo una muestra de la cantidad de obras que se estaban realizando.

Que se estaban realizando por miles de obreros como él, que trabajaban en condiciones casi de esclavitud.

El resentimiento crecía.

Enricco, como todo socialista, creía que con protestas y peticiones se generarían los cambios sociales necesarios. Desde que Alfredo Palacios había sido elegido diputado, las energías del partido se orientaban a cambiar las cosas “desde adentro”. ¡Qué tontería! Si el presidente Figueroa Alcorta había clausurado ese año las sesiones extraordinarias del Congreso y hasta había cerrado el edificio ocupándolo con fuerzas policiales.

Esa gente no cedería jamás sus privilegios para construir una sociedad más equitativa. ¡Habría que obligarlos! ¡No iban a convencerlos por las buenas, tendrían que hacerlo por las malas!

Abril de 1909

¡El trabajo del Teatro Colón estaba concluido! Su participación había sido abundante, las cariátides del frente de la entrada lateral, todos los altos y bajos relieves del interior y exterior, los bustos, la coronación de los palcos *avant-scene*. Había transcurrido casi un año desde la inauguración oficial, pero finalmente todo había quedado perfecto y en el tiempo pactado.

El maestro Luigi Trincherio se encontraba en su oficina en el taller. Debía tomar una decisión. Su colaboración en el Colón había consolidado su fama en el país, y le llovían los ofrecimientos de trabajo tanto en edificios públicos como en privados; desde encargos para obras hasta bustos para familias adineradas, no solo en la ciudad sino también en el interior del país. Obviamente no podía hacer todo solo, necesitaba una persona de confianza que se encargara del taller en su ausencia, porque no quería descuidar la docencia, y que llevara adelante algunos trabajos. Además sería necesario seguir acudiendo al teatro para alguna consulta o detalle menor, que no era necesario que encarara personalmente.

En realidad no tenía dudas de que Enricco era la persona adecuada, sus obras eran impecables y se dedicaba a ello con mucha pasión. Lo único que lo hacía dudar era la juventud del muchacho, solo tenía veinticuatro años y temía que la responsabilidad que le iba a asignar fuera muy grande.

Después de darle vueltas al asunto, decidió darle al joven la oportunidad. En los primeros tiempos seguiría su desempeño de cerca a fin de evaluar si podía dejarlo con la responsabilidad cuando debiera ausentarse.

Como quedaría a cargo del taller le ofrecería que se alojara allí mismo, acondicionaría el pequeño cuarto de detrás del cortinado que ahora se usaba solo para guardar herramientas, le aumentaría la paga y le dejaría presentar algunos trabajos con su nombre. Le pareció un trato justo para reconocer la dedicación del muchacho.

Las cosas estaban cambiando. Enrico no daba crédito a su buena fortuna. Cuando la tarde anterior el maestro Trincherero lo llamó a su despacho y lo hizo tomar asiento tan ceremoniosamente, se le hizo un nudo en la garganta pensando que podría estar en problemas. Pero no, al contrario, lo que el maestro le ofrecía era demasiado bueno. No solo lo dejaba a cargo del taller sino que le permitiría presentar algunas obras como propias. Eso comenzaría a darle un nombre y con ello la posibilidad de pensar en un futuro con Clara.

Ese día se encontraba acomodando sus cosas en el cuarto del fondo del taller. Movi6 hacia una esquina el armario de las herramientas, dejando así lugar para su cama, una mesa de noche y un pequeño mueble con sus cosas que no eran muchas. Entre ellas se encontraba la levita que el maestro finalmente le había regalado.

La tarde anterior había dejado la habitación del conventillo que ya no compartía con su hermano Nino. Este había alquilado otro cuarto más pequeño y se mudó allí con su novia Ana. Su “compañera”, cómo él insistía en llamarla. Se habían conocido en las reuniones del partido anarquista, ambos estaban de acuerdo con la consigna “ni Dios ni amo” y practicaban el amor libre, sin ataduras legales ni religiosas.

A Enrico le costaba entender esta conducta. Había sido educado en la fe cristiana y consideraba el matrimonio como un vínculo muy importante. Si bien su partido adhería generalmente al ateísmo, consideraba que la religión era algo personal, y bregaba porque esta no se vinculara con el Estado. Creía en el matrimonio, y pensaba que la única forma de llegar a él era a través del amor, un amor tan grande y tan completo, que la vida juntos fuera inevitable. Por eso no

podía tomarse a la ligera. Enrico sabía con certeza que Clara era ese amor grande, completo e inevitable. Y Dios mediante, en un futuro podría proponerle matrimonio.

En cuanto a Nino, la relación se estaba resintiendo. Al volver del teatro la noche de la inauguración, su hermano lo estaba esperando con las recriminaciones de siempre. Sus discusiones eran cada vez más frecuentes y más violentas. Nino acumulaba resentimientos por su condición de pobreza y ese rencor se asomaba a sus ojos. En este caso la famosa mirada de los Battista daba miedo.

En unos pocos meses cumpliría su mayoría de edad, pero mientras tanto él seguía siendo responsable por su comportamiento y temía verse en problemas a causa de su hermano.

Intentó dejar de lado los pensamientos oscuros sobre Nino y concentrarse en lo que estaba por venir.

¡Podría ver regularmente a Clara otra vez!

Los meses transcurridos desde la inauguración del teatro habían sido una tortura. Usaban frecuentemente el gabinete secreto para intercambiarse larguísimas cartas donde renovaban sus promesas de amor eterno. Pero fueron muy pocas las veces en que había podido verla. Esperaba a la salida de la escuela normal donde ella seguía trabajando pero no había intentado acercarse, ya que cualquier situación que pusiera en peligro su reputación podía dar lugar a que la despidieran, y a Clara le apasionaba su trabajo.

En esas oportunidades se limitaban a mirarse a la distancia y a Enrico le dolían los brazos, tanta era su necesidad de estrecharla entre ellos. Cada vez se prometía no volver a la escuela ya que le hacía daño, pero no podía evitarlo y lo hacía una y otra vez.

Ahora las cosas cambiarían, Clara seguía tomando clases con Mario en el taller, así que encontrarían la manera de verse a solas, aunque sea unos instantes.

¡Clara no podía concentrarse! Desde que Enrico estaba a cargo del taller,

apenas podía prestar atención a lo que el maestro Mario le indicaba. Miraba a los costados, inquieta esperando atisbar a su amado en algún lugar del salón. Muchas de esas veces lo descubría oculto a la vista de Mario, observándola. Otras veces, las pocas que conseguía concentrarse en su trabajo, sentía una energía especial que no podía explicar, era como si algo atrajera su atención; en esos casos siempre encontraba la mirada de Enrico fija en ella desde algún rincón discreto.

Ese juego de miradas era lo único que podían compartir porque no les era posible quedarse a solas. La tortura continuaba, el recuerdo de sus besos y el deseo de volver a hacerlo provocaban sensaciones en su cuerpo que no podía entender. Tendrían que pensar en algo.

¡Sin saberlo, el maestro Mario propuso la solución!

Mario solicitó hablar con Enrico después de que Clara se retiró de la clase. Le gustaba el muchacho, consideraba que tenía la energía necesaria para la responsabilidad que Luigi le había otorgado, y también reconocía que era un excelente escultor.

—¿Maestro, quería hablar conmigo? ¿Hay algún problema? —preguntó Enrico inquieto.

—Se trata de la señorita Clara.

Enrico se puso tenso ante la mención de su nombre.

—¿Qué sucede con ella?

—Creo que llegó el momento de que cambie de maestro. Es una excelente alumna y yo ya no tengo mucho para enseñarle, creo que está comenzando a aburrirse. Desde hace días le cuesta concentrarse en mis indicaciones y me parece que es una señal de que necesita pasar a otro nivel.

Enrico, sonriendo para sus adentros, ya que sabía muy bien que la desconcentración de Clara no tenía nada que ver con el aburrimiento, preguntó:

—¿Y usted qué propone, Mario?

—Pensé que tú podrías ser su maestro. Yo ya le enseñé la mayoría de las técnicas de dibujo, pintura y algo de escultura. Creo que en esto último debería profundizar y tú eres la persona adecuada.

Enricco permaneció en silencio unos momentos, no podía creer la posibilidad que se les presentaba de volver a estar cerca. Simulando darle vueltas al asunto, dijo:

—No sé qué decir, no tengo mucho tiempo libre. Podría ser en el último horario, si ella está de acuerdo.

—Yo hablaré con ella la próxima clase. Estoy seguro de que aceptará.

—¡Yo también! —pensó él para sus adentros.

¡Estaban felices! Podían compartir toda la clase disfrutando la cercanía del otro. Si bien el taller tenía bastante movimiento de alumnos y maestros, siempre encontraban la forma de aproximarse, algún roce de sus manos, alguna indicación que los hacía acercarse más de lo necesario, y hasta algún beso robado detrás del cortinado rojo...

Esta cercanía suponía una nueva tortura ya que no hacía más que incrementar el deseo que no les era posible concretar. Ambos extrañaban sus tardes en el teatro, donde les era más fácil esconderse de la gente para entregarse sin reservas a un banquete de besos y caricias. Por ahora solo podían conformarse con esos pocos momentos robados.

En el horario que asistía Clara también lo hacía otro profesor con dos alumnos. Esa tarde, el profesor había decidido llevar a sus alumnos a dibujar al aire libre. Se lo comunicó a Enricco, los tres tomaron los elementos necesarios y salieron del taller. Enricco cerró la puerta y se acercó a Clara con una sonrisa en el rostro:

—¡Estamos solos!

Ella se arrojó a sus brazos y comenzaron a besarse con toda la pasión contenida durante todos esos meses en que no habían podido tocarse. Los límites se desdibujaban, las caricias eran cada vez más audaces...

En un momento Enricco respiró hondo y la apartó, diciendo:

—¡Basta, Clara, nos estamos descontrolando!

—¡Y quién quiere controlarse! ¡Después de todo lo que hemos pasado! ¿Es

que no desees estar conmigo?

—¡Por supuesto que sí, te deseo tanto que temo hacerte daño!

Clara lo miraba desconcertada.

—¿Cómo podría tu amor hacerme daño?

—Clara, ¿acaso no sabes lo que puede pasar si no nos contenemos?

—¡No, no lo sé! No es un tema que se hable en las fiestas ni en el té de la tarde... Confío en que tú me lo expliques, porque no sé qué es lo que pasa entre un hombre y una mujer, ¡pero sé que si es tan importante tiene que ser contigo!

Él la miró desesperado.

—¡Es que no entiendes, es una locura!

—Yo solo sé que te amo y sé que tú me amas. ¿No es el amor el motivo para “eso” que pasa entre una pareja? No me imagino otra situación más perfecta que esta. No temas amarme, *caro*. Yo no te temo.

—¡Que Dios me perdone, te deseo desde hace tanto tiempo! ¡Pero antes, Clara, prométeme algo!

—¿Qué?

—¡Prométeme que serás mi esposa! ¡No sé cuándo será posible, pero tienes que ser mi esposa!

—¡Por supuesto que sí! ¡No sé cuándo será posible, pero seré tu esposa! Mientras tanto, tengo mucho que aprender. ¡Enséñeme, maestro!

Y se colgó de su cuello, antes de darle tiempo a su conciencia para cambiar de opinión...

Esa tarde ambos tomaron la clase más completa, a la que dedicaron el tiempo necesario para asimilarla en profundidad. Comenzaron por apreciar la sugerencia del cuerpo a través de las telas, sus pliegues y transparencias, de la rusticidad de la ropa de calle a la suavidad de las enaguas y encajes...

Las telas iban descartándose para dar paso a la piel, que invitaba al tacto. Pudieron apreciar texturas, tersuras y asperezas, contornos y pliegues, tibiezas y ardores...

Evaluaron los planos de volumen con sus salientes y entrantes, luces y sombras en cada curva de los cuerpos, proporciones, formas cóncavas y convexas. Estudiaron a fondo los movimientos, la fuerza expresiva de las actitudes en correspondencia con los acontecimientos del alma, flexión y extensión, máxima tensión... y reposo.

La clase fue un torbellino, de perfeccionamiento para él, de descubrimiento para ella, abrumadora para ambos. Fue necesario repetirla más de una vez para afianzar lo aprendido y anclar los conocimientos en el fondo de las almas.

Al término de la tarde cada uno era capaz de modelar el cuerpo amado sin dudas, sin secretos, sin reservas...

1° de mayo de 1909

Enricco se encontraba en plaza Constitución donde el Partido Socialista había convocado un mitin, mientras que los anarquistas habían comenzado más temprano su manifestación en la plaza Lorea, cerca del Palacio del Congreso. Se conmemoraba el Día Internacional del Trabajo y ambos movimientos obreros efectuaban sus reclamos de mejoramiento de las condiciones laborales, jornada de ocho horas y prohibición del trabajo infantil, entre otras.

Cuando estaba por dar comienzo al acto con su orador principal, un grupo de anarquistas irrumpió para informar que la policía había reprimido el acto de la plaza Lorea, y que había varios muertos y heridos.

Enricco abandonó la manifestación de inmediato, Nino había asistido a la marcha y debía averiguar dónde y cómo se encontraba.

A partir de allí, todo fue una locura. Comenzó un largo peregrinaje para dar con su hermano. En un principio, no pudo acercarse a la plaza ya que las fuerzas policiales continuaban custodiando el lugar. Luego, se dirigió a los hospitales para ver si Nino se encontraba entre los heridos, pero nada pudo averiguar. Entonces decidió regresar a su casa para ver si había vuelto. Allí nadie lo había visto ni a él ni a su novia desde que habían salido para el acto.

Pasados dos días, Enricco seguía sin saber nada de él. Estaba desesperado. A cada lugar que se acercaba le negaban información. Las fuerzas del orden estaban abocadas a sofocar los disturbios que surgían por toda la ciudad y no facilitaban la tarea de los que se acercaban buscando noticias sobre los

revoltosos que los ocasionaban.

Había acudido a la obra en la que Nino trabajaba con la esperanza de obtener alguna pista. Sus compañeros le habían informado, con cierta reticencia producto del temor, que tenía amistad con el panadero Cosme, un reconocido anarquista gallego, y le indicaron cómo encontrarlo.

Así que por esos días se levantaba al alba para pasar por la panadería que ya estaba funcionando a esas horas para indagar al dueño:

—¿Qué se sabe, Cosme? —preguntaba angustiado.

—Nada, muchacho. Los compañeros están avisados y me mantendrán informado.

—¡Pero no es posible! Tantos días sin noticias.

—Es que la cosa está muy difícil. La huelga tiene a todos muy nerviosos y fíjate que, para colmo de males, el gobierno no solo confirmó a Falcón en su cargo sino que declaró el estado de sitio. Es una provocación, *carrallo*, están echando más leña al fuego.

—Se ven disturbios por todas partes, las calles son un peligro.

—Ayer hasta reprimieron la manifestación en la puerta de la Morgue. La gente quería que le entregaran los cadáveres de los caídos el 1º de mayo y... —se detuvo al ver la expresión de angustia de Enrico—. Perdón, muchacho, estoy hablando demasiado.

—No sé qué es peor, es desesperante no saber dónde buscar. Ya he ido a los hospitales, a las comisarías y sí, también a la Morgue. Nadie me dice nada.

—Tranquilízate, *rapaz*. Ya lo encontraremos. Tengo tus señas, te haré saber la primera noticia que tenga. Y ahora vete a trabajar que no están las cosas para andar perdiendo el empleo.

Cosme cumplió su promesa y esa tarde, al llegar al conventillo lo esperaba un joven para informarle en qué comisaría mantenían detenido a Nino.

Enrico se presentó allí para intentar que lo liberen, ya que Nino era menor de edad, pero no tuvo éxito.

Ahora por lo menos sabía que su hermano estaba a salvo de la violencia que escalaba con el correr de los días.

El 7 de mayo una bomba estalló en un tranvía en la esquina de Corrientes y Cerrito, dejando varios heridos. Entre ellos, un niño que perdió primero sus piernas, y poco después la vida. La población estaba aterrada y la ciudad fue quedando vacía por temor a los atentados y las represiones.

Por eso ni siquiera contaba por esos días con el consuelo de ver a Clara, pues su padre, dadas las circunstancias, no le permitía salir de su casa hasta que todo se calmara.

Finalmente el día 9 se levantó la huelga general y fueron liberados los presos del 1° de mayo, sin embargo el estado de sitio continuó.

Como la libertad de los detenidos era parte de las negociaciones con los sindicatos, Enrico, como responsable legal, podría llevarse a Nino.

Cuando vio a su hermano, le costó unos segundos reconocerlo. Estaba muy delgado, sucio y con diversas marcas por los golpes recibidos.

Llegó a su lado con paso cansino, débil y Enrico lo abrazó aliviado, pero él deshizo rápidamente el abrazo para encaminarse a la salida, con urgencia. Al franquear la puerta fueron advertidos seriamente por las autoridades, que no olvidarían tan fácil el incidente.

Nino tampoco lo haría, ¡podía verse en su mirada!

La tensión social dificultaba los encuentros entre Enrico y Clara. Después de los incidentes del mes de mayo, Jules no había vuelto a darle permiso a su hija para asistir al taller. A medida que pasaba el tiempo, pudo concurrir a algunas clases pero, ante el menor conflicto estas se suspendían por temor de que volvieran a estallar enfrentamientos y Clara se viera envuelta en ellos.

No obstante para el mes de septiembre volvieron a una suerte de regularidad y Enrico se ocupaba de ubicar las clases de Clara en horarios en los que no hubiera nadie más en el lugar. Así que sus encuentros se reanudaron. En cuanto quedaban solos, caían uno en brazos del otro con la prisa que les daba tanto el deseo contenido como el temor a ser descubiertos.

En estos encuentros hacían también planes para su futuro. La situación de

Enricco era más estable, su nombre como artista estaba comenzando a conocerse y ya le encargaban algunos trabajos, por el momento, menores. Esto le permitía ahorrar un poco y, de continuar así, en un breve tiempo podrían casarse. Clara solo tenía diecinueve años, por lo que necesitaría el consentimiento de su padre. Ante esta disyuntiva su seguridad decaía pero a lo sumo tendrían que esperar hasta que cumpliera los veintiún años y este requisito no fuera necesario. En cualquiera de sus escenarios, comenzaban a ver el horizonte.

¡Clara sería su esposa!

14 de noviembre de 1909

Estaba cayendo la tarde. Ya se habían retirado todos del taller. Enricco había trabajado muy duro ese día. Debía terminar un trabajo y se dedicó a ello sin tomarse un descanso, ni haber hablado con nadie. Estaba guardando sus herramientas, cuando lo sorprendió que alguien golpeará a la puerta. Dudó en atender, a esas horas no era habitual recibir visitas, pero la insistencia del llamado lo hizo acudir a abrir.

Nino entró rápidamente y cerró la puerta tras de sí.

—Tienes que ayudarme, hermano. Necesito esconderme por unos días.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—¿Es que no te enteraste? ¡Asesinaron al coronel Falcón!

Enricco quedó mudo unos segundos asimilando la noticia, su expresión de sorpresa fue cambiando por preocupación a medida que sus pensamientos se aclaraban.

—¿Y qué tienes que ver tú con eso?

—¡Por favor, Enricco, no preguntes tonterías! Soy parte del grupo de apoyo, si bien Simón no nos delató, no tardarán mucho en averiguarlo. Por eso necesito esconderme, nadie sabe que tú vives aquí, no me encontrarán.

—¿Grupo de apoyo de qué? ¿Quién es Simón? ¿De qué hablas?

—Te explicaré todo, por favor, tráeme algo de beber, hace muchas horas que estoy afuera esperando que todos se vayan para venir. Estoy muy cansado.

Enricco le alcanzó un vaso de agua mientras le ordenaba:

—¡Explícame!

—¿No tienes algo más fuerte?

—¡Tómame eso, o no, no me importa, solo explícame!

—Está bien, tranquilízate.

Nino se sentó sobre la cama.

—Hace meses que venimos planeando el ajusticiamiento de Falcón. Las represiones brutales que ordenó merecían su castigo y como el gobierno no pensaba hacerlo, decidimos tomar el asunto en nuestras manos. Hoy a la mañana nuestro compañero Simón Radowitzky fue el encargado de la tarea. Esperó que el coche de Falcón saliera del cementerio de la Recoleta donde sabíamos que asistiría a un entierro y le arrojó una bomba dentro. Tanto él como su acompañante quedaron muy malheridos, cuando llegó la asistencia ya no había nada que hacer. ¡El cosaco estaba muerto!

”Otros tres compañeros y yo estábamos en la zona para ayudar a Simón a escapar de la escena, pero no lo logramos. Lo persiguieron y lo atraparon. Intentó suicidarse al grito de “¡Viva la anarquía!” pero no lo consiguió, solo resultó herido y lo llevaron preso. ¡Hubieras visto la valentía con la que actuó!

Enricco, cuyas sensaciones pasaban de la perplejidad a la ira, no pudo contenerse y lo increpó subiendo peligrosamente la voz:

—¿Valentía, dices? ¿Desde cuándo asesinar a alguien a sangre fría se considera de valientes? ¿Te has vuelto loco?

Nino alzó la cabeza hacia su hermano, asombrado.

—No puedo creer que no entiendas la importancia de lo que ha pasado. ¡Ese hombre era un asesino!

—¿Y qué los hace a ustedes mejores? Dicen querer castigar a un asesino... ¡asesinando! ¿Acaso se llama de otra manera depende de quién lo ejecute? ¡Un crimen es un crimen!

Nino lo miraba enfurecido.

—No me importa lo que pienses, siempre has sido un flojo. Hay momentos en los cuales un hombre debe arriesgarse por sus ideales. ¡En este caso, se ha hecho justicia!

—¡Esto que has hecho no es justicia, es venganza!

De nada sirvió ocultar a Nino en el taller, dos días después ambos fueron detenidos por la policía.

Nino fue condenado a prisión perpetua y a Enrico le aplicaron la Ley de Residencia, ordenaron su expulsión y le dieron tres días para salir del país.

¡Clara no tenía dudas! Tenía que hablar con Enrico inmediatamente. Hacía varios días que no se veían. Esa mañana habían asesinado al jefe de Policía y esto había vuelto a poner la ciudad en pie de guerra y no era seguro transitar por sus calles. No obstante dentro de pocas noches estaba previsto el estreno de *Carmen* en el Colón y ella asistiría a la función con su padre, para lo cual se implementaría un importante operativo de seguridad.

Enrico sabía que ella iría al estreno. Le dejaría una carta en el gabinete secreto, citándolo para el día siguiente a la salida del Normal. Tenía que decírselo personalmente. ¡Estaba esperando un hijo suyo!

Esto cambiaba todos los planes y debían resolver las cosas juntos. Ella hablaría con su padre. Se moría de miedo y de vergüenza pero finalmente su padre entendería. Un hijo ya estaba en camino y terminaría aceptando su matrimonio con Enrico. Jules no permitiría que Clara fuera juzgada por la sociedad y tendría que comprender que se amaban y el matrimonio era la decisión más acertada.

Encontraría la manera de convencer a su padre, siempre lo hacía...

Clara descendió del coche de la mano de su padre. Para esa ocasión había vuelto a ponerse el vestido blanco que usó para la inauguración y que a Enrico le había gustado tanto.

Cuando se dirigían hacia la puerta del teatro se le acercó un pequeño que deslizó en su mano un papel. Ella lo miró sorprendida y el chiquito le dijo de

modo que su padre no escuchara:

—Tiene que leerlo enseguida... —y se alejó corriendo.

Clara continuó caminando del brazo de Jules como si nada hubiera sucedido, pero interiormente se encontraba inquieta. ¿Cuál era la urgencia? ¿Por qué no le había dejado su carta en el gabinete como siempre?

Estas y otras preguntas pasaban por su mente hasta que se acercaron a su palco. Antes de entrar se excusó con su padre y se retiró al *toilette*. Una vez allí, a solas, comenzó a leer. A medida que leía el color se retiraba de su rostro. Era una carta de despedida. Cuando concluyó estaba en estado de shock. Esto no podía estar sucediéndole, tenía que ser un error...

Otra mujer entró en ese momento al *toilette*, al reconocerla, le preguntó:

—¿Te sientes bien, Clara? Estás muy pálida. ¿Necesitas ayuda?

—N-n-no, gracias, señora Achaval, estoy bien. Debo llegar al palco, la obra ya estará por empezar... Hasta luego, permiso...

Clara se dirigía al palco como en trance, no podía asimilar lo que había leído. Los dos primeros actos de la ópera pasaron sin que notara nada de lo que sucedía a su alrededor, no podía creer que todo hubiera cambiado tan radicalmente.

Terminado el intervalo se apagaron las luces y se hizo un silencio expectante. El público se preparaba para el tercer acto de la obra.

El director alzó la batuta y dio comienzo al *intermezzo* con los primeros acordes de arpa a la cual siguió la flauta. Pocas obras musicales llegan a lo más íntimo del alma como esa melodía. Dejarse llevar por ella era adentrarse en las emociones más profundas.

Sin embargo, las emociones de Clara estaban a flor de piel, solo estaba pendiente del palco de enfrente, su mirada no se despegaba de allí por donde Enrico le había prometido que aparecería para verla por última vez.

De pronto lo vio, se acercó al borde del palco y sus miradas se encontraron. ¡Se decían tantas cosas! Amor, pasión, impotencia, tristeza, todo eso se transmitían a través del enorme teatro, la energía fluía como si estuviesen solos en el recinto.

Tantas emociones eran demasiadas para sus ojos y las lágrimas comenzaron a

desbordarse con lentitud por las mejillas de ambos. Las dejaron hacer, tratar de impedirlo resultaría una interrupción a esa energía de la que los dos se alimentaban mutuamente. Lo único que les quedaría del otro cuando el *intermezzo* acabara.

El flujo de lágrimas seguía la intensidad de la música. Lento durante los primeros acordes, más caudaloso en el crescendo, y disminuyendo al acercarse el final y con él, la aceptación de la separación ineludible.

Con los últimos acordes, Enrico dio la vuelta y salió del palco, sin mirar atrás.

Esa sería la última imagen que Clara tendría de él.

Jules miraba a Clara con preocupación. La música era bella, pero la actitud de su hija no podía deberse solo a la música, algo le pasaba.

—¿Clara, te sientes bien? ¿Quieres que nos retiremos?

Miró a su padre como si se tratara de una aparición, se había olvidado de su presencia.

—Sí, padre, por favor, me siento muy cansada, salgamos.

Prefirió no seguir adelante con la obra, que lo último escuchado fuera lo que perdurara en su interior.

El *intermezzo* de *Carmen* estaría siempre asociado a ese amor tan inevitable como imposible.

Estaban por abandonar el palco cuando recordó el gabinete.

—Padre, por favor, adelántese, necesito privacidad para arreglarme un poco... No tardaré.

Cuando su padre salió, abrió el gabinete y allí estaba su Sibila, la pequeña escultura que había propiciado el encuentro de ambos y que desde entonces no había vuelto a ver. Era tan hermosa como la recordaba. La tomó en sus manos y la acunó en sus brazos como si con ello pudiera sentir la esencia del artista que la había realizado.

Se dio cuenta de que en la base había una inscripción, la giró y pudo leer:

Tuo per sempre!

Enricco Battista

Noviembre de 1909

¡Las lágrimas volvieron a desbordarse!

Al cabo de un momento tomó conciencia de dónde estaba y de que su padre la estaba esperando en el pasillo.

Pensó que no era posible llevarse la pieza con ella y decidió dejarla en su escondite hasta que encontrara la manera de rescatarla. A último momento dejó también allí la carta de Enricco, no confiaba en sus fuerzas y podría suceder algo que la dejara en evidencia.

¡Ya pensaría cómo recuperar ambos tesoros!

Clara pasó los siguientes dos días encerrada en su cuarto, en cama. Su familia creía que había contraído un resfriado, era la excusa que se le ocurrió para justificar su abandono y sus ojos permanentemente hinchados.

Pasaba sus horas entre la negación, la desesperación y la angustia. La aceptación no llegaba...

Su padre la visitaba a menudo, estaba preocupado. Su hija, habitualmente tan llena de energía, se encontraba en un estado de inmovilidad en el que no la había visto nunca. Pero lo que más lo alarmaba eran sus ojos. No tenían luz, esos ojos tan bellos habían perdido el brillo. Esperaba con todas sus ansias que solo fuera un resfriado.

Para distraerla, se sentaba a su lado y le contaba las últimas noticias, generalmente tenían que ver con la tensión social y las continuas detenciones que se llevaban a cabo desde el asesinato del jefe de la Policía. No podía sospechar cuánto le afectaba esto a Clara.

Esa tarde, no obstante, la noticia era otra. ¡Jules estaba enojado! Las autoridades municipales habían decidido desconocer la propiedad de los palcos del Teatro Colón, las entradas iban a ser puestas a la venta junto con el resto de las localidades. Después de todo lo que habían hecho estas familias para su construcción, la medida adoptada era una ingratitud por parte de las autoridades.

Clara, inquieta preguntó:

—¿No podremos concurrir más al palco?

—No como lo hacíamos, ya no es nuestro palco. Por supuesto que seguiremos asistiendo al teatro, pero deberemos comprar las localidades que estén

disponibles. No te preocupes, tú solamente descansa, las cosas no cambiarán tanto, ya lo veras.

Cuando Jules se retiró, un nuevo acceso de llanto la invadió. Pasado el momento de mayor congoja fue recobrando lentamente la calma.

¡Ya no es nuestro palco! ¡Esto era una señal! No podría recuperar a su Sibila, el único recuerdo de Enricco quedaría oculto en el teatro, quizás para siempre.

El Teatro Colón que había sido testigo de sus días más felices conservaría en sus entrañas el secreto de ese amor al que el destino no le había dado ninguna oportunidad.

Finalmente la aceptación llegó, y con ella, Clara había tomado una decisión.

Armando se paseaba nervioso por la sala. Clara lo había mandado llamar y él había acudido de inmediato. No imaginaba qué era lo que quería decirle. Le había pedido matrimonio varias veces y siempre lo rechazaba, con elegancia, pero lo rechazaba.

Estaba enamorado de ella desde que tenía uso de razón. Ambas familias daban por hecho que el matrimonio se concretaría pero, al ver que eso no sucedía, sus padres habían comenzado a presionar sobre el tema, sugiriéndole evaluar otras candidatas entre las mejores familias de Buenos Aires.

¡Él no se imaginaba casado con nadie más!

Al cabo de un momento, Clara lo saludó mientras bajaba las escaleras. Al verla se alarmó, no tenía buen aspecto. Sabía que había estado enferma pero creyó que era algo sin importancia. A juzgar por su apariencia no lo había sido, seguía tan bella como siempre, pero se la veía apagada, sin el brillo habitual que a él lo conmovía tanto.

Armando se acercó rápidamente al pie de la escalera y le ofreció sus manos, la atrajo hacia sí y le dio un beso en la mejilla:

—¡Hola, Clara, supe de tu resfriado, espero que estés mejor!

—Sí, por suerte estoy mejor. Te habrá sorprendido que te mande llamar. ¿Verdad?

—Realmente sí, ¿necesitas algo? ¿En qué puedo ayudarte?

—Tengo que decirte algo muy importante. Por favor, sentémonos.

Ambos se dirigieron a los sillones del recibidor. Ella tomó asiento y le indicó a Armando que lo hiciera a su lado. Clara se cercioró de que nadie pudiera oírlos y prosiguió:

—Tengo que pedirte que sea cual fuere el resultado de esta conversación quede absolutamente entre nosotros. Nadie de nuestras familias debe saber qué ha ocurrido. ¿Estás de acuerdo?

—Sí, por supuesto, puedes contar con mi discreción... Me asustas, Clara. ¿Qué sucede?

Clara inspiró profundamente y comenzó:

—Armando, sabes que te quiero mucho...

—Clara...

—Por favor, no me interrumpas, esto es muy difícil para mí y quiero hacerlo rápidamente.

—Está bien, continúa.

—Desde niña pensé que iba a casarme contigo, somos muy unidos y la relación contigo es sencilla. Te quiero mucho y resultaba lógico pensar en nuestro matrimonio. Pero algo sucedió. Me enamoré de otro hombre, un hombre al que no voy a volver a ver. Por eso no aceptaba tus propuestas. No quiero mentirte, no puedo mentirte, no te lo mereces. Amé a ese hombre con toda mi alma pero la relación ha terminado.

Clara hizo una pausa para darle tiempo para asimilar lo que le estaba diciendo de forma tan escueta, sin embargo para ella era desnudar su alma. Las pocas frases dichas no podían demostrar la inmensidad de sentimientos que conllevaban. Tomó impulso para lo peor.

—Pero eso no es todo, ¡estoy esperando un hijo suyo!

Armando se puso pálido, no esperaba este giro de la conversación.

—¿Y qué necesitas de mí? ¿Por qué me estás contando esto?

—Necesito que pienses en la posibilidad de casarte conmigo. Sé que lo que te pido es muy importante y las circunstancias no son las ideales. Quiero que te

tomes tu tiempo para pensarlo. Tendrás en mí la esposa que has deseado: compañera, fiel, la anfitriona que necesites, pero fundamentalmente tendrás todo mi cariño. Solo te pido una única concesión...

—¿Cuál?

—Nadie sabe de mi embarazo y nadie debe saberlo, este hijo será tuyo a todos los efectos y no se mencionará nunca su origen. No habrá ninguna diferencia entre este hijo y los que tengamos juntos.

—¿Y si no nos casamos, qué harías?

—Me retiraré al campo de mi familia y criaré a mi hijo sola. Será un duro golpe para todos pero debo asumir las consecuencias...

Armando se tomó la cabeza entre las manos, tenso. De pronto se levantó y se encaminó hacia uno de los grandes ventanales que daban al jardín. Quedó mirando hacia afuera, de espaldas a Clara.

Al cabo de unos momentos de silencio, Clara se acercó a su espalda y le dijo suavemente:

—Por favor, tómate el tiempo que necesites. Sea cual fuere tu decisión la entenderé y esto quedará entre nosotros. Desde ya te agradezco tu generosidad al escucharme y no juzgarme.

Él giró y la enfrentó, sus ojos estaban húmedos. No obstante su gesto era decidido:

—No tengo nada que pensar, Clara. Te amo desde siempre y no hay otra mujer con la que quisiera compartir mi vida. Nos casaremos enseguida, nos iremos a vivir al campo un par de años y las circunstancias de esta boda no volverán a mencionarse.

Junio de 1910

Clara observaba el horizonte.

Le gustaba dejar vagar la mirada hacia el infinito. Y allí el infinito era verde, amarillo, marrón. Los colores de otoño de su estancia en La Pampa. Cada tanto salpicaba el paisaje un solitario ombú, o algún bosquecillo de algarrobos o caldenes, pero excepto en las zonas sembradas, la pradera parecía no tener límites.

Se encontraba en la galería que daba a los fondos de la casa. Ese era su lugar preferido y, como su embarazo estaba tan avanzado, disfrutaba de la mecedora, arrebujada en un chal muy abrigado, de esa lana rústica y prieta que se utilizaba en la zona.

Paca, la cocinera, se había tomado la obligación de cuidarla, como si fuera a romperse. Permanentemente pasaba a verla y a ofrecerle todo tipo de cosas.

—Entre niña, no ve que acá va a pescar un enfriamiento.

—No, Paca, si no hace frío. Aquí estoy bien —repetía Clara, y la mujer se iba rezongando a la cocina para volver al rato con alguna infusión bien caliente y un brasero que colocaba cerca de los pies de la muchacha.

En esa época del año, la galería era un lugar despojado, descolorido. Su madre se había ocupado de crear un jardín para disfrutar en verano. Los maceteros contenían enormes lavandas que atraían a los colibríes y las columnas que sostenían el alero se cubrían de jazmines y rosales trepadores que constituían una fiesta de perfumes embriagadores.

Pero nada de eso se podía disfrutar en esos primeros días de junio. La vegetación estaba en pausa, se mantenía latente esperando el momento de dar vida.

Igual que ella.

La falta de colores se correspondía con su estado taciturno, en el que solo podía esperar y desear tener a su hijo en los brazos. Recuperar en él el amor que había perdido. Un amor distinto pero igual de intenso.

Oyó a lo lejos el ruido de un vehículo que se iba acercando y enseguida se asomó Paca con entusiasmo.

—Venga, señora, venga que están llegando los señoritos.

—Ya voy, Paca.

Clara se incorporó con cierta reticencia y entró en la casa a tiempo de ver ingresar por la puerta principal a su esposo Armando que corría a su encuentro para estrecharla entre sus brazos.

Un momento después hacían su entrada su hermano Julio y el amigo de ambos, Lito.

Los tres eran inseparables y, a pesar de que Armando ya era un hombre casado, no perdían oportunidad de compartir aventuras.

En ese momento llegaban desde Buenos Aires. No habían querido perderse los festejos del Centenario de la Patria y, como Clara no quería dejarse ver en su estado, Armando asistió con sus amigos prometiendo llegar a tiempo para el nacimiento del niño.

—Hola, hermanita, no sabes lo que te perdiste. Buenos Aires es bella pero estos días más aún —decía mientras se acercaba a darle un sonoro beso en la mejilla.

A continuación se acercó Lito diciendo:

—¡Pero si estás más guapa que nunca! Mira que ha tenido suerte este cabrón de Armando, que si no se apura no te me escapabas. ¡No te digo más!

Clara rio ante el comentario de Lito, su acento andaluz embellecía las zalamerías que siempre le decía.

En ese momento, Jules salió de su despacho e ingresó a la sala.

—Bueno, bueno, parece que estamos de fiesta —dijo saludando a cada uno de los recién llegados—. Ya me contarán las novedades. ¡Paca!

Pero no hacía falta el llamado. La mujer ya estaba preparando la mesa para la merienda familiar. Y mágicamente hicieron su aparición unos pastelitos caseros, mate y té para el señor, que no había podido adaptarse a esta costumbre de campo que adoptaron los más jóvenes sin resistencia.

Al poco rato estaban sentados a la mesa, conversando alegremente. Jules quería saber todo lo que pasaba en Buenos Aires. Lo habían invitado a varios eventos oficiales que se harían con motivo del Centenario. Como estaba seguro de que Julio no se iba a perder los festejos por nada del mundo, prefirió quedarse cuidando los asuntos de la estancia... y a Clara.

—A ver, cuenta, Julio, ¿a qué recepciones has ido?

—A unas cuantas. Estuve en los actos organizados por la Embajada de Francia y en varias cenas. Te traigo algunas cartas de tus amigos, los extrañó no verte por allí.

—Mi padre también me dio algunos mensajes para usted, Jules —acotó Armando—, y mi madre le manda saludos, no sin antes regañarme por haber dejado a Clara sola.

—No me dejaste sola, estaba con mi padre. Y con Paca que no me deja ni a sol ni a sombra —dijo mientras miraba afectuosamente a la mujer que en ese momento traía una nueva pava de agua caliente para continuar la mateada—. No tendría sentido que ambos se perdieran los festejos. Seguramente estuvieron increíbles, ¿verdad?

—Lo más asombroso y digno de relatar —intervino Lito— es la llegada de la infanta Isabel de España a Buenos Aires. Todos los periódicos dieron cuenta de ello. Fue una manifestación popular sin precedentes, histórica.

—Ya habló el gallego fanfarrón —acotó Julio.

—¡Que no soy gallego, joder! —respondió enfatizando sus palabras con un pequeño golpe en la mesa, al momento se dio cuenta del exabrupto y se dirigió a Clara—: Discúlpame, guapa, es que este hermano tuyo me hace enojar. Mil veces le expliqué pero sigue dale que te dale... —y a Julio—: ¡Que no soy

gallego, soy andaluz!

—¡Pero es lo mismo!

—¡Que no! El gallego es el que nació en Galicia y yo nací en Sevilla, si serás duro...

—Bueno, Lito, déjalo estar —intervino Armando—. Cuando Julio se hace el tonto no hay quién le gane. Cuéntale a Clara la llegada de la infanta.

Los ojos de Lito se iluminaron por el entusiasmo.

—¡Vieras lo que era la ciudad, guapa! Toda engalanada con banderas argentinas y españolas, flores, colgaduras. La gente de a miles en las calles. Se te encogía el corazón de ver semejante recibimiento por parte del pueblo, porque te aseguro que no éramos solo españoles, la ciudad entera salió a la calle.

—Hemos seguido los hechos por los periódicos, la visita de la representante del rey dio la vuelta al mundo —aclaró Jules.

—Nosotros, a mi familia me refiero, teníamos el honor de integrar la comitiva del barco que salió a recibirla. Así que embarcamos en el *París*, y cuando se divisó el transatlántico *Alfonso XII*, nuestro barco hizo punta, seguido de varios navíos para salir a su encuentro. Todas las bocinas y sirenas tocaban, las bandas sonaban. ¡Era una fiesta!

—Claro, imagínate la alegría que tenían los gallegos ¡que por poco no la acompañan nadando! —acotó Julio entre risas.

—¡Pues sí, que casi se arma una buena! —y los tres amigos ahora reían.

—¿Por qué, qué pasó? —preguntó Clara—. Secretos en reunión es mala educación.

—Es que en un momento nuestro barco se acercó tanto al de la infanta que sus bordas chocaron. Mi padre y yo nos encontrábamos sobre las barandillas y, por el efecto del golpe estas cedieron y... una veintena de personas hemos caído de bruces en el *Alfonso XII*.

Las expresiones de sorpresa de Clara y Jules movían a risa.

—¡Te estás haciendo el tonto, no puede ser! —objetó Clara.

—Es cierto. Te imaginarás el momento de caos. Todo era gritos y corridas. Mi madre todavía no se repone del susto. Como sea, que ha sido una desgracia con

suerte porque fuimos los primeros en darle la bienvenida a la infanta que se preocupó mucho por nuestra integridad física y saludó muy complacida a los compatriotas que, según sus palabras, “habían llovido del cielo”.

Ahora todos reían con ganas ante la anécdota.

Jules observaba al grupo de jóvenes. Los muchachos relajados, hacían gala de la seguridad y confianza que da el dinero, la buena cuna, el saber que se ocupa un lugar determinado en la sociedad. No habían tenido que luchar por nada, tuvieron la fortuna de haber nacido en familias que ya se habían hecho su lugar en esta tierra de oportunidades o, como en el caso de Lito, que provenían de la nobleza española, y se comportaban como si eso fuera lo normal, ajenos a otras realidades, a muchas desigualdades. Vivían su juventud con despreocupación. En cambio, Clara, bajo las mismas condiciones, tenía una actitud distinta. Jules estaba muy preocupado por la muchacha. No era tonto y sabía que su hija ocultaba algo. Estaba seguro de que Clara estaba herida. Algo había pasado, pues desde esa última noche en el palco familiar del Teatro Colón, no había vuelto a ser la misma. Sus ojos, tan llenos de vida, se habían opacado ante el escrutinio de un buen observador, y él lo era. Y ahora la contemplaba allí, al lado de su marido, con un niño en su vientre y una actitud serena y le costaba encontrar en ella la chispa, el entusiasmo que siempre la había caracterizado. Por fin tenía la vida que su madre siempre había soñado para ella, pero ya no era su impulsiva y vehemente Clara.

Pasado el momento de risas, la muchacha preguntó a Armando:

—¿Y ustedes qué hacían mientras tanto? ¿Participaron de alguna recepción?

—Fuimos invitados al Salón Blanco de la Casa de Gobierno. Vimos desde las galerías la llegada de la infanta del brazo del presidente y de toda su comitiva.

—Te imaginarás las galas que lucieron todos —intervino Julio—. Los sombreros de las mujeres competían por un poco de espacio. ¡Cuántas plumas! ¡Estoy seguro de que no quedó pavo ni gallina por desnudar!

Y volvieron las risas y los comentarios despreocupados entre los amigos.

Era el turno de Clara de observar a su marido. Su querido Armando, tan pendiente de Julio, con una admiración casi infantil hacia su amigo. Había sido

afortunada en ese aspecto. Su esposo la amaba y era feliz con ella. Ambos habían cumplido su palabra en cuanto a las condiciones de su matrimonio, él se comportaba como si el niño por nacer fuera suyo y ella como una esposa cariñosa. No le resultaba forzosa la situación, ella quería a Armando y la enternecía el amor y el compromiso que el muchacho le profesaba. Solo en los momentos de intimidad surgía el recuerdo de lo que podría haber sido y no fue. Ella sabía lo que era dejar la piel y el alma en otro cuerpo, y eso en nada se parecía a los encuentros tiernos y serenos con Armando.

Alguna vez, quizás, cesaran las comparaciones y ella pudiera adaptarse totalmente a esa vida que todos consideraban perfecta para ella.

Alguna vez, quizás, dejara de doler la ausencia de pasión.

Pocos días después, Clara se encontraba en trabajo de parto. Habían traído a un médico especialmente de Buenos Aires y lo acompañaba la mejor comadrona del pueblo. Toda la familia estaba preocupada ya que el niño llegaría demasiado pronto. Los bebés prematuros necesitaban muchas atenciones y ellos estaban en el medio del campo; con la mejor atención que el dinero podía contratar pero aun así las condiciones no eran las mejores.

No obstante Clara se encontraba serena, los dolores habían comenzado durante la noche y por fin al mediodía, con un último esfuerzo, dio a luz.

La comadrona le acercó a su pecho al bebé envuelto en una manta diciendo:

—¡Es una niña! ¡Y muy sana!

Clara tomó a la beba y miró su carita, buscando sus ojos. Con la maravillosa lucidez que tienen los bebés en su primera media hora de vida, fijó la vista en su madre. Clara se conmovió profundamente.

—Su nombre es Sibila —dijo—. Sibila Dupret Pellet.

Su niña portaría de por vida el apellido legal... y la mirada de los Battista.

SIBILA

Marzo de 1929

Sibila revolvía su café con leche con mucha suavidad, evitando que la cuchara chocara con los bordes de la taza.

Debía desayunar en el mayor silencio posible. Era muy temprano, sus hermanos no se habían despertado aún y ella pretendía salir antes de que lo hicieran.

Estaba tomando sus cosas cuando ingresó su madre a la cocina.

—¿Ya te vas? Pero es muy temprano.

—Es que quiero llegar con tiempo. Es el primer día. Sería imperdonable llegar tarde.

—Tienes razón. Ve. Sé fuerte, no va a ser sencillo pero lo sabrás resolver.

—Gracias, mamá.

Cuando estaba a punto de abrir la puerta aparecieron sus dos hermanos en pijama y con los cabellos revueltos.

—¿Adónde vas tan temprano? —dijo Armandito, el mayor.

Al ver los elementos que Sibila cargaba en sus manos increpó:

—¿No vas a seguir adelante con esa locura, verdad? Pensé que ya lo habíamos hablado y había quedado claro. ¡No irás!

—Madre —intervino Julito, el menor—. Esto es una locura, impídaselo, por favor.

—No voy a impedirselo, pensé que eso también había quedado claro.

—Ya tratamos el tema, ni Julito ni yo estamos de acuerdo, así que no irás.

Sibila, que se mantenía en silencio con la mano en el picaporte, giró lentamente con un brillo peligroso en la mirada.

—¿Y se puede saber quiénes son ustedes para decidir lo que yo puedo o no puedo hacer?

—Somos tus hermanos, somos los hombres de esta familia.

—Ja, los hombres. El día que estrenen pantalones largos y algo de bigote podrán decir algo así, mientras tanto son solo dos mocosos engreídos.

—Sibila, por favor —intervino Clara—. Ya vete.

—Si el abuelo Armando o el tío Julio estuvieran aquí, te lo prohibirían —estalló Julito.

—Pero no están —acotó Clara con firmeza—, y en esta casa mando yo.

—Yo no sé por qué no nos vamos a la estancia, allí las cosas estarían en su lugar.

—¿Y qué lugar es ese, Armandito? —preguntó Clara, molesta.

—El tío Julio se haría cargo de las decisiones como en toda familia decente.

—Si estamos aquí es justamente por las decisiones de tu tío, así que cállate hasta que sepas de qué estás hablando. Además en la ciudad ustedes pueden estudiar, y si lo hacen es porque yo me hice cargo de esta casa y no tu adorado tío Julio. Mi casa, mis reglas, y no se hable más.

—Es que seremos la vergüenza de nuestros amigos —intentó Armandito.

—El abuelo dice... —siguió Julito, pero su hermana lo interrumpió.

—El abuelo dice, el tío dice —remedó Sibila—. ¿No se cansan de hablar por boca de ganso?

—¿Los llamaste gansos?

—Los gansos son ustedes que hablan sin tener ideas propias. A mí lo que me daría vergüenza es que, a su edad, todavía tenga que peinarlos mamá porque ustedes no saben hacerlo. —Y a Clara—: Madre, ¿tengo su permiso?

—Sí, hija, ve. Yo peinaré a tus hermanos —dijo burlona mientras los dos muchachos volvían furiosos a sus cuartos.

Sibila se detuvo ante la puerta. Sentía una mezcla de nervios, ansiedad y miedos, pero después de tanta lucha lo había conseguido, estaba por transponer el umbral de la facultad.

¡Iba a estudiar Arquitectura!

Había tenido que combatir en muchos frentes para lograrlo. La escena de esa misma mañana era una de las tantas que había vivido en los últimos tiempos. Empezando por su tío Julio y su abuelo Armando, ambos terriblemente anticuados.

Como vivían en sus campos no tenían ni idea de que en la ciudad las mujeres habían conseguido, por fin, ingresar a las universidades. Es cierto que a veces había sido necesario iniciar recursos judiciales para que se les permitiera el acceso, como era el caso de Élidea Passo, cuando quiso ingresar a Medicina, pero a partir de allí, algunas se habían ido animando y actualmente toda universidad contaba con un puñado de mujeres estudiantes.

Con sus hermanos no le fue mejor, los dos chicos de catorce y dieciséis años se habían tomado a pecho el papel de “cabezas de familia” desde que había muerto su padre, nueve años atrás.

Eran dos mocosos malcriados que se consideraban superiores por ser de buena cuna, sin tomar conciencia de cuánto había cambiado la situación familiar desde que su padre murió.

¡Por suerte tenía a su madre! Ella no solo la entendía sino que fomentaba las aspiraciones de su hija. Siempre le decía: “¡No te conformes, no te rindas!”.

Y esa era la situación en ese día tan importante para ella. Todos los hombres de la familia disgustados y su madre despidiéndola con un gran beso.

Ingresó al edificio, había gente por todas partes, en realidad, había hombres por todas partes. Todos la miraban con extrañeza y algunos con fastidio. De uno de los grupitos que pasaban cerca, se escuchó la voz de uno de ellos.

—¡Otra más! ¿Cuándo se van a dar cuenta de que este no es su lugar? ¡Solo falta que comiencen a vestirse con pantalones, sería lo último!

Se acercó resuelta hacia una cartelera donde se exponían los horarios y las aulas. Comenzó a buscar la información que necesitaba cuando alguien se le acercó:

—¡Hola! ¿Sos nueva, no?

Sibila giró sorprendida, no solo de que alguien le hablara, sino porque quien lo hacía era una mujer.

—¡Hola, sí, soy nueva! ¿Se nota?

—Sos el comentario de toda la facultad, vos y las otras dos audaces que se animaron este año. No me presenté, soy Filandia Pizzul.

—Hola, Filandia, yo soy Sibila Dupret.

—¡Encantada, Sibila! En lo que pueda ayudarte no dudes en buscarme. Desde ya te digo que no te harán fáciles las cosas, y no solo los estudiantes, creo que los peores son los profesores.

Filandia dijo esto último con un gesto de fastidio que hizo sonreír a Sibila.

—¿Hace mucho que ingresaste?

—Hace cinco años, si Dios quiere egresaré a fines de este año. En realidad no es si Dios quiere sino si el arquitecto Alfredo Saldívar quiere. ¡Es terrible! ¡Es un misógino! Es la segunda vez que tengo que cursar su materia, el año anterior no quiso aprobarme, ¡y solo por ser mujer! Pero insistiré, alguna vez tendrá que hacerlo. Si consigo recibirme seré la primera mujer arquitecta de la Argentina.

—¡Cómo te envidio! ¡Espero poder lograrlo yo también!

—Por supuesto que sí, tenés lo necesario. ¡Se te nota en la mirada!

Sibila y Filandia se habían hecho amigas y, a pesar de la diferencia de años de cursada, eran muy unidas y no perdían oportunidad de acompañarse por las distintas áreas de la facultad.

Era habitual que al pasar ante algunos grupos de estudiantes, estos les dijeran cosas para incomodarlas, pero tenerse la una a la otra las ayudaba a ignorar los comentarios y pasar a su lado con la cabeza en alto, como si no existieran.

Uno de esos grupos era particularmente grosero. El cabecilla era un tal Hernández que, envalentonado por sus acólitos, se atrevía a decirles cosas ofensivas que las muchachas ignoraban una y otra vez.

Pero, afortunadamente, poco a poco iban cayendo algunas resistencias y no eran pocos los muchachos con los que podían compartir una charla afable y alguna broma.

A Sibila ese primer año, el último de Filandia, se le pasó muy rápido. Sabía que cuando se recibiera iba a perder esa complicidad que era difícil de cultivar con un varón.

Y el año llegaba a su fin con ella esperando fuera del aula en la cual Filandia estaba dando su último examen. El alboroto que se escuchó en el interior marcó a Sibila el momento exacto en que se reconoció a la primera mujer arquitecta.

Filandia estaba radiante y Sibila fue a felicitarla con mucha alegría. Cuando se acercó, la muchacha en voz baja le dijo:

—¿Viste la cara de velorio que tienen algunos? Pensaron que esto nunca pasaría. Fijate en el profesor Saldívar, no tuvo más remedio que aprobarme.

—¿Cuál es? —preguntó Sibila también a media voz.

—Aquel, el del traje azul.

Sibila miró, intentando hacerlo con disimulo.

—Es buen mozo —dijo asombrada—. Me lo imaginaba una especie de monstruo deforme.

—Sí, si te gustan los viejos, podría decirse que es buen mozo.

—No es tan viejo —dijo mientras volvía a buscarlo para corroborar su comentario, solo para encontrar los ojos celestes del arquitecto Saldívar fijos en ella. Su mirada se sentía como una amenaza. Hasta podía leer sus pensamientos: “¡Acá viene otra, ya verá la que le espera!”.

El año siguiente se le hizo más difícil a Sibila, realmente extrañaba a su amiga, sus confidencias, sus consejos. Sin embargo no se arredró y continuó cursando sin mayores inconvenientes.

Las situaciones más complicadas se daban cuando caminaba sola por los pasillos como en ese momento. Se dirigía a una de sus clases después de la hora del almuerzo por lo que había algunos estudiantes que aún no se habían dispersado para entrar a las aulas.

Giró en uno de los pasillos al final del cual estaba su curso y se encontró con el grupo de Hernández y sus amigotes. Respiró hondo e irguió la cabeza para pasar frente a ellos con la mayor hidalguía posible. Cuando lo hizo vio que en dirección contraria venía el profesor Saldívar. Cada vez que se cruzaba con él, la miraba fijamente, y ella estaba segura de que con reprobación; temía el momento en el que fuera su alumna. Y era inevitable serlo. Todos se recibían con la materia que dictaba Saldívar.

Cuando pasó frente al grupo de muchachones, el tal Hernández como siempre le dijo una grosería que fue celebrada con risas y gritos por parte de sus discípulos. Sibila los ignoró y justo en ese momento se cruzó con el profesor.

—Un momento, señorita —le dijo—. Espere, por favor —y dirigiéndose a los muchachos les espetó—: ¿Qué está pasando aquí? ¿Puedo saber a qué se debe lo que acabo de escuchar? ¿Es que no han aprendido a respetar a una dama?

El grupo, incómodo, reía y se hacía comentarios en voz baja.

—Hernández, conteste.

—Profesor, son bromas. Lo que pasa es que las mujeres no entienden los

chistes. En realidad no es lo único que no entienden...

Nuevamente se escucharon risas festejando el comentario.

—Sabe, Hernández, no es opacando el brillo ajeno como luce más el propio. Si usted se cree más inteligente, demuéstrelo donde corresponde. Su opinión está fuera de lugar. —Y mirando a todos dijo—: ¡Pídanle disculpas a la señorita!

Los muchachos se removieron incómodos. Sibila, ruborizada hasta la punta de los cabellos, intervino.

—No hace falta, profesor. Ya me voy, gracias.

—Usted no se mueve —y de nuevo al grupo—: estoy esperando.

—Ya la escuchó, profesor. No es necesario —dijo Hernández, tozudo.

—Es necesario si quieren volver a entrar a mi curso. En mi clase solo admito a damas y a caballeros que se comporten como tales dentro y fuera del aula.

—Me ofende, profesor —intentó el muchacho.

—La ofendida es la dama, así que o se disculpan o a mi clase no vuelven. Ustedes verán.

Pasaron unos momentos tensos, en los cuales se miraban unos a otros sin entender cómo habían caído en esa situación. Finalmente Hernández capituló y ofreció sus disculpas a Sibila. El resto lo siguió, con una notoria incomodidad.

Sibila, turbada, aceptó las disculpas y con un movimiento de cabeza el profesor le indicó que podía seguir su camino. Caminó rápidamente hasta la puerta del aula y se quedó escuchando cómo terminaba el altercado.

—Y, Hernández —decía Saldívar—, la próxima vez que se le dé por hacerse el malevo, métase con alguien de su tamaño y de a uno en fondo. Así se comportan los hombres.

Desde ese día, en el que la escena había corrido como reguero de pólvora por toda la facultad, los muchachos se cuidaban en el trato hacia las mujeres. De pronto lo que los divertía ya no era tan gracioso y gradualmente los malos momentos fueron menguando.

Pero cada vez que Sibila se cruzaba con Saldívar, este la miraba tan serio que ella seguía temiendo el momento en que tuviera que cursar con él.

Diciembre de 1936

¡Esta vez lo iba a conseguir! Era su última materia y era la tercera vez que se presentaba. Tendría que neutralizar al profesor Saldívar.

El arquitecto había decidido hacerle la vida imposible, se había presentado dos veces a dar su materia y no la había aprobado. Estaba segura de que la reprobaba por ser mujer. Este era el tercer año que se había visto obligada a recursar su materia, lo cual le parecía injusto porque sabía todo lo que había que saber. A esta altura ya estaba en condiciones de enseñar la materia y seguía reprobándola.

Esos tres años habían sido una tortura. El profesor no perdía oportunidad de ponerla a prueba constantemente, le encargaba trabajos cada vez más difíciles, de los cuales ella salía siempre airoso, pero no la aprobaba. En otras circunstancias, Saldívar le hubiera agradado, era un poco mayor pero atractivo, tenía unos bellos ojos, ojos mansos, ¡hasta que la miraba a ella!

Cuando entraba al aula, lo primero que hacía era buscarla con la mirada y cuando la encontraba su expresión parecía decir “así que todavía estás aquí”. Con el tiempo Sibila se fue cansando de esta situación y comenzó a desafiarlo abiertamente, lo cual por supuesto la perjudicaba.

Por eso había tenido que hacer trampa...

Se había anotado para la última fecha de examen, pero unos días antes había dicho que no se iba a presentar ya que debía viajar por un problema familiar. El profesor no pudo esconder una expresión de satisfacción. Como la fecha era la última del año, Saldívar comenzaría su licencia más temprano, porque Sibila era

la única anotada para esa oportunidad.

Llegado ese día, se presentó en la facultad y pidió a las autoridades que le tomaran el examen ya que su problema familiar había sido resuelto. El director no tuvo objeciones con que uno de los profesores adjuntos le tomara la prueba.

Fue una jugada riesgosa pues si no salía bien, se vería obligada a cursar por cuarta vez una materia que sabía de memoria. Tenía que sacarse de encima al arquitecto Alfredo Saldívar. Y lo consiguió.

¡Había aprobado con honores!

¡Ya era arquitecta!

El profesor Saldívar se levantó un poco más tarde esa mañana. Ya había comenzado su licencia pero realmente no tenía nada que hacer.

Se miró en el espejo y no le gustó lo que vio. ¡Estaba envejeciendo! En realidad, solo tenía cuarenta y cinco años, pero su expresión era la de alguien cansado, agobiado.

Era viudo desde hacía diez años. Había querido mucho a su esposa, pero no habían tenido hijos. Cuando ella murió, se dedicó totalmente a su profesión.

Sus ocupaciones se volvieron rutina, la rutina hastió y el hastío tristeza. Se recluyó de la vida social y hoy, tenía que reconocerlo, la amargura había tomado posesión de su cara. Todavía era un hombre apuesto y elegante, pero con una pátina gris que iba oscureciéndose a medida que pasaban los años.

Había ido dejando su estudio de arquitectura cada vez más en manos de sus adjuntos. Por eso iba poco, solo cuando algunos trabajos necesitaban de un análisis exhaustivo y de su aprobación.

Había continuado con la enseñanza casi como una terapia, como un cable a tierra que lo obligaba a estar actualizado en su profesión. Además le hacía bien mantener el contacto con los jóvenes, eran un poco de aire fresco en su rutina de hombre solo.

Le divertían sus actitudes, sus comentarios, le traían recuerdos de su propia juventud.

Pero también había algunas incomodidades.

No terminaba de acostumbrarse al ingreso de las mujeres a los claustros; esto originaba situaciones de indisciplina por la convivencia a la que estaban expuestos varones y mujeres. Antes no sucedía. Sin embargo, debía reconocer que eran tanto o más capaces como alumnas que los varones, y con el tiempo sus barreras habían ido cediendo ante ellas.

Menos ante Sibila Dupret.

Desde que la vio por primera vez, sabía que se convertiría en un incordio. Esos enormes ojos negros lo habían estudiado con un desparpajo y una intensidad que eran difíciles de olvidar.

Y cuando comenzó a asistir a sus clases, esa primera impresión se fue confirmando una y otra vez.

Ella era muy inteligente y sus observaciones muy agudas, pero tenía un carácter indomable. Él disfrutaba provocándola, sabiendo que tarde o temprano, el genio de la muchacha estallaría. Hasta que, pasado un tiempo, era ella la que lo provocaba y la mayoría de las clases terminaban en un duelo verbal que concluía con la alumna fuera del aula.

¡Efectivamente, se había convertido en un incordio!

Pero la señorita Dupret tampoco se recibiría ese año. Volvería a cursar su materia el año próximo. Habría más escenas, más provocaciones, más desafíos.

Inmerso en sus pensamientos, volvió a mirarse al espejo y le sorprendió encontrar una sonrisa en su rostro. Tuvo la impresión, la ínfima impresión, de que su cara se veía un poco menos gris.

Convencido de que sus pensamientos le habían jugado una mala pasada, tomó sus cosas y salió de su casa. Iba a pasar por la facultad a retirar unos apuntes de clases que actualizaría durante sus vacaciones.

Cuando entró al edificio, se dirigió a la sala de docentes. Estaba buscando sus papeles cuando entró su profesor adjunto.

—Buenos días, arquitecto Saldívar, no sabíamos que iba a venir hoy...

—No, en realidad solo vine a buscar unas cosas, ya que no tenía mesa de examen.

—Pero sí hubo mesa, vengo de allí. Tuve que tomar su lugar porque hubo un cambio de último momento, de haber sabido que venía...

Saldívar quedó inmóvil por un momento, en su rostro empezó a manifestarse el enojo.

—¿Usted tomó examen? ¿Y puedo saber a quién?

—A la señorita Dupret. Aunque deberíamos llamarla arquitecta Dupret. Aprobó la materia con honores. Lo felicito, profesor, es responsable de otro colega.

El profesor lo miró furioso y preguntó gritando:

—¿La aprobó? ¿Está loco, dónde está?

El adjunto lo miraba asombrado, el profesor Saldívar siempre tan correcto y sereno de pronto estaba terriblemente enojado, no entendía la situación.

—¡Le pregunté dónde está!

—E...e... en el aula 20, dio un examen perfecto...

Saldívar salió de la sala de profesores hecho una furia, dejando a su adjunto con la palabra en la boca.

Sibila permaneció en el aula a solas durante unos momentos. ¡No podía contener las lágrimas! Tantos años de sacrificios, de soportar injusticias y al fin lo había conseguido. No veía el momento de contárselo a su madre. ¡Estaría tan orgullosa! Clara había vuelto a casarse hacía seis años, y tanto ella como su marido la habían apoyado incondicionalmente.

Se secó las lágrimas y comenzó a tomar sus apuntes, cuando la puerta del aula se abrió con un gran estruendo y se cerró con uno mayor.

—¡Qué cree que está haciendo! Se cree muy lista, ¿no? ¿Cree que puede jugar conmigo? La denunciaré al comité académico, se comportó indebidamente. La volveré a citar a otra fecha de examen...

Pasado el sobresalto inicial, Sibila se recompuso y levantando el mentón sin dejarse avasallar, dijo:

—Buenos días, profesor Saldívar.

—Nada de buenos días, deje sus cosas sobre el escritorio, volverá a hacer su examen.

—Disculpe, profesor, pero eso es imposible. Ya tengo mi libreta firmada por las autoridades de la Facultad.

—¡No se pase de lista, mocosa! Usted hizo trampa, volverá a hacer el examen...

—¡No hice trampa, di una prueba impecable, y le agradecería que me llame arquitecta, profesor!

La expresión de Saldívar oscilaba entre la furia y la perplejidad, en un tono de voz cada vez más alto y golpeando el escritorio para enfatizar cada frase, la increpó:

—¡Usted no puede ser arquitecta!

—¿Por qué no?

—¿Cómo por qué? Porque es una niña.

—¡No lo soy, soy una mujer!

Sibila respondía a sus gritos de manera cada vez más alta e insolente.

—¡Porque no está preparada!

—¡Sí lo estoy, en este momento podría ocupar su lugar perfectamente, profesor! A ver, qué sigue. ¿Por qué más?

—Porque... porque tiene que seguir viniendo, tiene que seguir cursando.

—¿Para qué? Debería estar contento de no tener que verme más. Ya está libre de mi presencia... ¿Por qué prolongarlo?

—Porque... —y por primera vez el hombre se quedaba sin palabras, sin argumentos que desviarán el verdadero motivo por el cual se sentía al borde de la desesperación. Hasta que, vencido, admitió—: Porque necesito verla todos los días, porque esa mirada que me llega al alma es lo que me da fuerzas para levantarme por las mañanas, porque me quedo sin motivos para venir. ¡Sin motivos para vivir!

Ante el desborde, ambos se miraron intensamente, asombrada ella, derrotado él.

El tiempo pareció detenerse, al cabo de un momento que pareció eterno,

Alfredo dijo:

—Perdóneme, no quise asustarla. No sé qué me pasó. ¡No sabía lo que sentía por usted hasta que me di cuenta de que no la vería más! ¡Soy un cobarde! No era el momento, no era la forma, discúlpame y... felicitaciones, colega.

Ante el silencio implacable de ella, se dirigió abatido hacia la puerta. Cuando estaba por abrirla lo detuvo su voz.

—¿Y ahora, qué?

Él giró lentamente y se enfrentó a esa mirada terrible y altanera.

—¿Es que no piensa decir nada más? —insistió ella—. Claro, viene, dice lo que le da la gana y se va. Típico de los hombres, solo sirven para dar sermones y portazos. ¿Es que tengo que hacerlo todo yo?

—¿Hacer qué? —preguntó Alfredo cauteloso.

—Supongo que después de haberme hecho sufrir tres años, tres —enfaticó levantando tres dedos de la mano derecha acercándolos a su cara—, y de tener que aguantar sus peleas y sus discursitos como el de recién, me imagino que lo mínimo que tendría que hacer es proponerme matrimonio.

—¿Matrimonio? Pero si es una niña, cómo va a querer casarse conmigo.

—Está bien, parece que no lo sabremos nunca, ¿verdad? Vaya nomás y “si te he visto no me acuerdo”. O mejor, me voy yo. Adiós, profesor, no creo que volvamos a encontrarnos.

Tomó resueltamente sus cosas y salió del aula dejando a Alfredo totalmente descolocado. Después de unos segundos de inmovilidad, salió corriendo al pasillo desierto en el que solo se veía a la muchacha caminando apresuradamente y gritó:

—¡Por favor, cástate conmigo!

Sibila se detuvo y volvió sobre sus pasos con la misma rapidez con la que había partido. Al llegar a su altura lo miró con dureza:

—¡Era hora! Sí, me casaré contigo, pero no es ningún favor. No aceptaré el papel de ama de casa y esposa sumisa. No voy a quedarme encerrada esperando que vuelvas de trabajar. Quiero ejercer mi profesión, quiero que me enseñes, quiero que me ames pero que no me ates. Quiero tener la posibilidad de hacer lo

que me gusta, ¡Y te quiero a ti! ¡No seré un favor, voy a ser una piedra en tu zapato!

Alfredo soltó el aire que sin saber había estado conteniendo y la emoción humedeció sus ojos.

—¡Por eso te necesito conmigo, porque me recuerdas que estoy vivo!

—¿Vamos a seguir provocándonos y discutiendo como siempre?

—¡Espero que sí!

—¡Entonces acepto!

Alfredo la tomó de la mano y la condujo de nuevo al aula, cerrando la puerta tras de sí y, apoyando su espalda sobre la puerta cerrada, le tendió los brazos:

—¡Ven aquí, pequeño incordio!

Y ella corrió al abrazo que se le ofrecía.

Se casaron enseguida para asombro de familiares y colegas. En la facultad no podían creer cómo habían terminado las peleas de esos dos que parecían odiarse. Tampoco podían creer el cambio operado en Alfredo desde esa tarde, la pátina gris había desaparecido. ¡Se lo veía tan feliz!

Sibila comenzó a trabajar en el estudio de Alfredo. Al principio fue incómodo por ser mujer y la esposa del jefe, pero pronto todos tuvieron que reconocer que era una profesional excelente y se ganó el respeto de sus colegas por mérito propio.

En cuanto al trabajo, habían decidido que ella se encargaría del diseño de proyectos y Alfredo o alguno de los arquitectos se ocuparían de la dirección de obras. Ese era un ambiente difícil para una mujer, el trato con los obreros podía llegar a ser rudo, sin hablar del vestuario, las faldas no eran apropiadas para subir escaleras y andamios...

Este acuerdo funcionó bien hasta que un diseño de Sibila resultó elegido para la ampliación del Teatro Colón. Después de las felicitaciones de rigor, Sibila le planteó a Alfredo:

—¡Quiero la dirección de la obra!

—Ya lo hablamos, Sibi, no es conveniente, es un trabajo incómodo...

—¡No importa, ya encontraré la manera! El teatro es muy importante para mí. Mi familia siempre estuvo ligada a él. ¡Es la razón por la que quise ser arquitecta! No es casual que haya ganado mi proyecto. ¡El teatro me está llamando!

A Alfredo se le escapó la risa ante el argumento de su mujer y supo que estaba

perdido. Su pequeño incordio siempre lo convencía de lo que quería. ¡Cómo amaba a esa mujercita! No podía creer la oportunidad que le había dado la vida de tener a ese torbellino a su lado.

—Déjame pensarlo, vamos mañana juntos a la obra y vemos cómo resulta.

Al día siguiente salieron para el teatro. Sibila estaba vestida con un abrigo que le llegaba hasta los pies. El atuendo era extraño para una construcción pero no le dijo nada, se limitó a mirarla con curiosidad.

Al llegar a la obra se pusieron a estudiar los planos y después de algunas indicaciones, Sibila dijo:

—¡Puedo hacerlo perfectamente! Y se quitó el abrigo.

Debajo tenía una camisa y un pantalón de trabajo como usaban los hombres. Había arreglado la ropa que pertenecía a su marido para que se adaptara a su pequeño cuerpo. El resultado resaltaba sus curvas más que ocultarlas. Estaba tan sensual como con la mejor de las lencerías que solo usaba para él. No pudo evitar una punzada de celos.

—¿Qué te pusiste? ¿Vas a trabajar con eso?

—¡Claro, si las faldas no son adecuadas para el trabajo, abandonaré las faldas, pero no el trabajo! Ya se acostumbrarán a verme así, no te preocupes.

Y con un gesto de autoridad que nadie cuestionó dijo:

—¡Bueno, señores, comencemos! ¡Amplíemos el Teatro Colón!

Sibila había encarado el trabajo con gran entusiasmo, pero en la realidad no se le hizo muy fácil.

Por suerte tenía una buena relación con Pascual, el capataz, y eso le permitió superar algunos escollos. Era un hombre de plena confianza de Alfredo, con el que llevaba varios años trabajando y lo respetaba mucho. Así que si le agradó o no tener que trabajar a las órdenes de una mujer, no lo dejó translucir. Él le debía lealtad a su patrón y si ahora debía cumplir con la patrona, así sería.

Sin embargo, al principio, a Pascual también le había costado mantener la autoridad ante los obreros. Dos de ellos habían renunciado en cuanto supieron

que sería Sibila la encargada de la obra, algunos otros protestaron pero terminaron capitulando para conservar el empleo, y otros le demostraban abiertamente su hostilidad.

Ese era el caso de Arce. Un obrero especializado del cual no podían darse el lujo de prescindir, pero que no perdía oportunidad de manifestar su desagrado ante las indicaciones de Sibila, y solo las aceptaba cuando le eran transmitidas por Pascual.

Este juego de desautorizaciones le disgustaba pero, teniendo en cuenta que Arce era un trabajador valioso, habían acordado con Pascual que lo dejarían pasar. Era más productivo aceptar esta situación que enfrentarla continuamente. Y Sibila elegía sus batallas. Bastante tenía ya con los cuchicheos de los hombres ante su atuendo de trabajo y también ante alguna mirada o comentario lascivo. Cuando esto sucedía, no tenía contemplaciones en despedir al trabajador. Podía dejar pasar algunas actitudes que entendía se debían al choque que les provocaba a los hombres la nueva situación, pero había límites que no estaba dispuesta a dejar pasar. En esos casos, era implacable.

La mayoría de las cosas que pasaban en la obra no llegaban a oídos de Alfredo porque no quería que interviniera. Ese era un desafío para ella y lo llevaría adelante con la voluntad que siempre la había caracterizado.

No obstante, algunas cosas la desconcertaban. No porque fueran hechos importantes, sino porque no le gustaba ser objeto de burlas, que pudieran dar como resultado que la situación se le fuera de las manos.

Generalmente era la última en irse y la primera en llegar. En esos momentos en los que se encontraba sola, era habitual que sucedieran cosas extrañas. Ecos de voces en ocasiones, golpes de cosas cayendo o de puertas cerrándose en otras. Una vez hasta le pareció escuchar claramente el sonido de pasos en el túnel que había abierto a sus espaldas, pero al volverse había comprobado que no había nadie.

Estaba segura de que eso era obra de los operarios, y no de cualquiera, sino del único que tenía acceso a ciertos lugares. Estaba convencida de que esas bromas pesadas eran una jugarreta triste con la que Arce intentaba intimidarla.

Por eso había decidido no seguirle el juego y cada vez que ocurría uno de esos hechos, los aceptaba con naturalidad y hasta con algún comentario jocoso.

Hasta lo de las herramientas.

Esa mañana había llegado antes, como de costumbre, y había encontrado todas sus herramientas desparramadas por el suelo.

Era el tercer día consecutivo que esto sucedía y ya se había hartado. Esperó a que llegara Pascual y lo increpó de inmediato:

—Voy a despedir a Arce.

El hombre se sorprendió ante el comentario de Sibila.

—¿Pero, señora, le parece? No es un buen momento, el pobre...

—¡Qué pobre ni pobre! Esto ya pasó de una broma, lo quiero afuera.

—¿Una broma? ¿A qué se refiere?

—Ya van tres días que cuando llego mis herramientas están tiradas por el piso. Yo las guardo con mucho cuidado todas las noches y cuando llego me encuentro con esto.

—Pero no puede ser. ¿Tres días, dice?

—Sí, tres días. El único que tiene acceso a esta zona es Arce.

—Pero él no ha podido ser...

—No lo defienda, Pascual. Que me ignore es una cosa, pero que intente tomarme por estúpida es otra muy distinta.

—No lo defiendo, señora. Pero justamente venía a decirle que ayer por la tarde Arce tuvo un accidente de tránsito.

Sibila dio un respingo ante la noticia.

—¿Un accidente? ¿Y cómo se encuentra?

—Relativamente bien, no es grave, unas cuantas fracturas. Pero anoche fui a verlo al hospital y le aseguro que no está en condiciones de moverse de la cama. Pensé que se había enterado y quería despedirlo por eso, como tiene para varios días...

—¡Por favor, Pascual! ¡Cómo voy a hacer una cosa así! Asegúrese de que tenga la atención adecuada. No dude en hacerme saber lo que necesite.

Los dos se quedaron unos momentos en silencio.

—Pero, entonces, ¿quién fue? ¿Quién podría haber entrado aquí? —preguntó preocupada.

El silencio volvió a instalarse hasta que, por el rabillo del ojo, Sibila detectó un movimiento a su derecha. Allí había una tela pesada que colgaba a modo de cortina haciendo de división entre dos sectores de la obra.

La cortina se movía, y no había viento allí, en las entrañas del teatro, al que se le pudiera atribuir semejante hazaña.

Sibila y Pascual se miraron muy quietos. Se sentían incapaces de hacer el menor movimiento. Un instante después, la tela dejó de moverse y Pascual comentó:

—Parece que es verdad lo que dicen.

—¿De qué habla?

—Que un teatro sin fantasmas es un teatro sin historia.

—¿Usted cree en fantasmas, Pascual?

—Después de esto no me queda más remedio, señora. ¿O usted no vio lo mismo que yo?

—Seguramente hay una explicación —acotó Sibila asombrada.

—Estamos seguros de que Arce no fue —respondió Pascual.

—No se burle.

—No lo hago, señora. Pero no es la primera vez que recibo de parte de mis hombres algún comentario de este tipo. Cosas raras, inexplicables, como...

—Como voces, golpes, pasos —interrumpió Sibila.

—¡Exacto! —dijo el hombre asombrado—. Veo que sabe de lo que hablo. ¿A usted le ha pasado?

—Varias veces, pero siempre creí que eran imaginaciones mías. O que alguien me estaba jugando una broma.

—Dicen que hay gente que percibe esas presencias con mayor facilidad que otras. Parece que usted es una de esas personas, porque a mí es la primera vez que me pasa y fue estando con usted. Creo que si estuviera solo, no me darían las patas para salir corriendo.

Ambos sonrieron, nerviosos. Al cabo Sibila dijo:

—Vaya, Pascual. Ábrale la puerta a los obreros que ya es la hora.

El hombre se retiró, gustoso y Sibila quedó a solas con sus pensamientos. Era verdad que tenía percepciones muy fuertes. Desde que trabajaba allí en ocasiones podía palpar una especie de energía al entrar a algún lugar o tomar algún objeto.

Pero de ahí a creer en fantasmas había un largo trecho.

Aunque tampoco podía afirmar que no existieran...

Mientras recogía las herramientas meditó sobre los hechos que le habían parecido curiosos y tuvo que reconocer que coincidían con lo que la gente atribuía a presencias inexplicables. Además, los teatros se contaban entre los lugares más habituales para estas clases de fenómenos.

Desde los comienzos del Teatro Colón y hasta ese momento, tendría que haber albergado a mucha gente. Gente que había vivido todo tipo de emociones bajo su techo: llanto, alegría, angustia, amor, felicidad, muerte. No había sentimientos que no se vivieran en los escenarios de un teatro.

Tal vez no fuera una locura pensar que todas esas emociones contenidas siguieran manifestándose de alguna manera.

Cuando todas sus herramientas estuvieron guardadas en la caja, Sibila suspiró con resignación y llevándose las manos a la cintura habló al aire.

—Bien, ya me enteré de tu presencia, ya nos conocemos. ¿No era eso lo que querías? No tengas miedo, voy a cuidar mucho tu casa y a mejorarla. Así que será mejor que nos hagamos amigos. Porque si puedo con un ejército de hombres disgustados conmigo, te aseguro que podré con un fantasma. Si quieres jugar, jugaremos, ¡no me achicaré ni ante todos los fantasmas del Colón!

En cuanto tenía oportunidad de hacer un alto en sus tareas, Sibila disfrutaba escapándose para recorrer el teatro.

Siempre había sentido algo especial por ese edificio imponente. Tenía recuerdos muy vívidos de su infancia en los que acompañaba a su madre al Colón. Estaba segura de que en esas ocasiones se había despertado ese deseo siempre claro de ser arquitecta.

Y ahora que lo había conseguido, se le abría la oportunidad no solo de intervenir en la reforma de ese edificio tantas veces admirado sino que, además, su trabajo le permitía deambular por los lugares que no había podido conocer cuando asistía como público.

Por eso aprovechaba toda ocasión para recorrerlo y perderse por sus escaleras y corredores, para descubrir algún nuevo detalle cada vez.

En los días de suerte, encontraba abierta la puerta del Salón Dorado y se escabullía en su interior para perderse entre sus brillantes decoraciones, sus columnas imponentes que invitaban a seguirlas con la mirada desde sus bases, profusamente decoradas con relieves dorados a la hoja, hasta los capiteles, para casi encontrarse con los maravillosos *marouflages* del techo.

Y la luz. El juego de luces que, entrando por las ventanas se reflejaban en la sucesión de espejos, potenciaba la majestuosidad del conjunto.

Cuando a regañadientes se obligaba a abandonar el fastuoso salón, gustaba de recorrer la galería de los bustos. Los principales compositores clásicos, con su rotunda presencia parecían custodiar ese templo dedicado al arte.

Sabía que los bustos habían sido realizados por Luigi Trincheri, al igual que

los palcos *avant-scene* y las cariátides que adornaban la fachada del edificio. Pero no solo por haberlo estudiado, sino porque su madre se lo había contado. Ella había sido alumna del taller del maestro, aunque no había sido él su profesor sino un ayudante. Así que su madre había visto varios de esos bustos, que hoy se alzaban altivos sobre las ventanas que permitían una vista privilegiada del hall central.

Asimismo, como alumna del taller, Clara había participado en algunos trabajos de relieve en el mismo teatro y le había descripto muchas veces todos esos lugares que estaba descubriendo.

A ese relato que de niña le había producido tanta admiración hacia su madre, hoy se le agregaba un sentimiento de pertenencia, de inevitabilidad.

Dos mujeres poco comunes, con profesiones poco comunes, compartían el privilegio de contribuir con una obra poco común. Clara lo llamaba “su teatro” y ahora ella también se sumaba a esta posesividad.

Alguna que otra vez en sus paseos había tenido la fortuna de presenciar un ensayo de obra o de orquesta. En estos casos, ingresaba con mucho sigilo en el palco principal y desde allí, en absoluto silencio como si se encontrara en un santuario, disfrutaba de la vista privilegiada de la sala y del escenario. Luego alzaba la vista para buscar la araña que, naturalmente al no estar encendida, dejaba la cúpula en absoluta oscuridad. Recordaba haber presenciado con Clara los espectáculos desde el Paraíso donde la visión de la bóveda era privilegiada. Ya no existían las pinturas que ella había conocido. Decían que la cúpula tenía capacidad para albergar un coro. Nunca había vivido la experiencia de oírlo, no perdía la esperanza, seguramente la percepción del sonido sería de una belleza celestial.

Se permitía unos momentos allí, a solas, en esa atmósfera mística del teatro en penumbras.

Y era allí donde también había percibido alguna presencia, alguna sombra deslizándose por los palcos, una sensación de no estar sola.

Pero ya había aprendido a aceptar estas sensaciones sin inquietarse, incluso las buscaba.

Sibila y los fantasmas del Colón se habían hecho amigos.

El trabajo en el teatro duró varios meses. Sibila dirigió las obras a la perfección. Supo conciliar y ser firme cuando fue necesario y finalmente se ganó el respeto de los hombres que estaban a sus órdenes. Como consecuencia, la obra había quedado perfecta. Gracias a las ampliaciones, el teatro ahora contaba con toda una sección de Diseño de Producción. Para eso se habían construido talleres de escenografía, utilería, sastrería, tapicería, zapatería, mecánica escénica, escultura, maquillaje, fotografía y peluquería. ¡Todo lo necesario para los espectáculos se fabricaría ahí mismo!

Cuando terminó su trabajo fue a contarles a su madre y a su marido. ¡Ambos la miraron con tanto orgullo! Era lo esperado por parte de su madre pero la conmovió profundamente percibir la mirada de su padrastro. ¡La quería tanto! Ella también lo quería mucho, se llevaban muy bien.

—¡No sabes, mamá, quedó tan lindo! Es como si el imponente teatro guardara una vida oculta en sus entrañas. Hay muchos más espacios que los que se pueden observar a simple vista. Es increíble que tú hayas trabajado en él y ahora también haya podido hacerlo yo. ¡Es como si el teatro conservara parte de nuestra familia en su interior!

—¡Tienes mucha razón, hija! El teatro guarda sus secretos y la energía de todo aquel que trabajó con amor en él.

MILAGROS

Diciembre de 2006

Milagros tenía que hablar con su abuela, tenía que saber algo más del objeto que la nonna tenía en el modular del living. Era una herencia familiar y si bien ya le había contado su historia, tendría que volver a hacerlo con más detalle. Quizás solo fuera una coincidencia, aunque ¿qué probabilidades había de que un objeto que estuvo por años en el living de su casa no tuviera ninguna relación con otro oculto en un gabinete del Teatro Colón desde vaya a saberse cuándo? Tenía que reconocer que era casi imposible. La curiosidad la carcomía...

Cuando terminó su horario, se dirigió al sector en el que Marcelo, su novio, estaba trabajando.

—Yo ya terminé. ¿Nos vamos?

—No, todavía no puedo, andá vos. No sé cuánto más vaya a quedarme. Tengo que terminar este andamio, mañana empiezan los “artistas restauradores” y no queremos que sufran un accidente, Dios no lo permita...

Milagros le hizo un gesto de burla. Eran comunes las ironías de ese tipo entre los trabajadores. Los arquitectos y obreros trataban despectivamente a los restauradores, consideraban el trabajo de estos como de un menor nivel y se lo hacían notar en cuanto había oportunidad.

No era el caso de Marcelo, él era arquitecto pero respetaba el trabajo de su novia y, si bien habían hecho juntos la especialización en Restauración, reconocía que Milagros sabía mucho más al respecto por haber tenido una formación artística. Por eso ella se tomaba ese tipo de comentarios como lo que

eran, una broma.

—Te espero en casa, entonces. Tengo que hablar con mi nonna.

—¿Pasó algo? ¿Está bien tu abuela? —preguntó Marcelo, inquieto.

—Sí, sí, no te preocupes, es que necesito hablar con ella con urgencia

Le dio un rápido beso en los labios y salió del edificio, dejando a Marcelo algo desasosegado.

Al ingresar al departamento, Rufina le salió al encuentro.

—Buenas tardes, Mili. ¿Cómo estuvo tu día? ¿Querés que te prepare un té?

—No, Rufi, no te molestes, yo lo hago. Andá, yo me encargo de la nonna.

—Pero si no es molestia, hija. Tampoco tengo apuro por irme, así que preparo algo para las dos. ¿Te parece?

—Bueno, está bien, pero después a descansar...

Rufina siempre disponible, siempre se podía contar con ella. Había empezado a trabajar para su abuela siendo una jovencita, cuando Milagros era un bebé, así que había sido fundamental en su crianza. Ahora la abuela la necesitaba y seguía trabajando en la casa para ayudar en sus cuidados.

Dejó la cartera en el perchero y se dirigió a la habitación de la anciana.

—¡Hola, nonna! ¿Cómo estás hoy?

—Hola, hija, estoy bien. Hoy Rufina me llevó a dar una vuelta al parque. ¡Es un día precioso! ¡Me hizo muy bien! ¿De qué querías hablarme con tanta urgencia?

—Te llevo hasta el living, que Rufi nos está preparando el té, y hablamos, ¿sí?

Milagros tomó la silla y la dirigió al living. Hacía un par de meses que habían comenzado a usarla para trasladarla ya que su corazón estaba muy débil y cualquier esfuerzo físico la agotaba. Ubicó la silla al lado de la ventana y se sentó enfrente.

—Necesito que me cuentes lo que sepas de la obra que está en el modular. Sé que era de tu madre.

—Sí, era suya, para ella tenía un valor incalculable.

—Contame de la bisabuela Clara...

La mujer compuso una expresión suave en su rostro.

—¡Era una mujer hermosa! Bella, elegante, de modales impecables. Una verdadera princesa de la época.

—¿Quedó viuda muy joven, verdad?

—Sí, mi padre murió cuando yo tenía nueve años y mis hermanos siete y cinco. Éramos muy pequeños, no fue fácil para ella. El recuerdo que tengo de mi madre de esos años es el de una mujer melancólica.

”Su interior era triste, eso no le restaba energía, se encargaba de todas sus responsabilidades, pero le faltaba alegría.

—¿Quería mucho a su marido? Quizás no le fue fácil asumir su muerte...

—Sí, se querían, eran un matrimonio afectuoso. Pero la sensación de tristeza era anterior a su muerte. ¿Sabés? Yo la acompañaba muchas veces al teatro, íbamos muy seguido, fundamentalmente no nos perdíamos nunca las representaciones de *Carmen*. Todavía recuerdo sus lágrimas, especialmente en el *intermezzo*. En cuanto la música comenzaba no podía controlarlas. Yo le preguntaba si le pasaba algo y ella me tranquilizaba diciendo que no me preocupara, que eran emociones que solo se atrevían a salir cuando uno escuchaba una música bella.

—Le gustaban las bellas artes y también la música...

—Por eso íbamos al Paraíso, porque la música se escuchaba mejor allí. Y supongo que también porque ya no podía permitirse las localidades caras.

—¿Por qué? ¿No era de una familia adinerada?

—Las cosas cambiaron con la muerte de mi padre. Desde que mi abuelo Jules murió, mi tío Julio se hizo cargo de los negocios de la familia. Por lo que sé, nunca fue muy responsable, era de los “niños bien” de otras épocas, cuyo único objetivo era disfrutar de la vida. Lo cierto es que se embarcó en algunos negocios a los que arrastró a mi padre. Los negocios no resultaron y ambos perdieron gran parte de su fortuna. Mi padre no lo resistió y murió de un ataque al corazón en 1919.

—¡Habría sido una situación muy difícil, tu madre quedó sola con tres niños

pequeños!

—Sí, lo fue, pero por suerte el carácter de mi madre no tenía nada que ver con el de mi tío. Enseguida se organizó para “hacer lo que hay que hacer”, como ella siempre decía.

”Las relaciones con mi tío se resintieron para siempre. Él se retiró al campo y se dedicó a eso desde entonces. Vendieron la casona familiar y mi madre compró un departamento amplio en el barrio de Palermo. Retomó su trabajo de profesora en el Normal y por las tardes organizó un taller de arte en nuestra casa. Allí acudían las mujeres de alta sociedad que no podían ir a los talleres de otros maestros porque estaba mal visto.

—Es decir que vivieron gracias al trabajo de Clara, no creo que haya sido una situación común...

—Mi madre no era una mujer común.

—Y vos tampoco, nonna. Es claro que heredaste su personalidad. ¿Cuándo supiste que querías ser arquitecta?

—También en eso tuvo que ver mi madre. Ya te conté que la acompañaba sobre todo al Teatro Colón, ella amaba la música pero fundamentalmente amaba el teatro. “Su teatro”, le decía. Mi abuelo había contribuido financiando la construcción, ¡y hasta tenían su propio palco!

Milagros se puso alerta:

—¿Su propio palco? ¿Sabés cuál era?

—Sí, me lo mostró varias veces, aunque no podíamos ingresar salvo que compráramos la ubicación, pero nunca lo hizo.

—¿Cuál era, abuela? —Milagros no pudo evitar demostrar su impaciencia.

—El tercero de la derecha, ¿por qué te interesa tanto?

La muchacha dio un respingo. Trató de disimular la sorpresa para no interrumpir la conversación con su abuela.

—Es que estoy restaurando los palcos y resulta agradable saber que uno de ellos perteneció a mi familia.

La mente de Milagros funcionaba a toda velocidad, tratando de establecer conexiones pero, por el momento, había cosas que se le escapaban. Trataría de

aclararlas más tarde, ahora tan solo seguiría indagando hasta donde pudiera. Sibila ya estaba mostrando signos de cansancio y no quería abrumarla.

—Volvamos a la arquitectura. ¿Cómo es que influyó tu madre?

—Como te decía, me llevaba en cuanto tenía oportunidad al teatro. A mis hermanos no les gustaba, pero a mí me fascinaba. El teatro era para mí la principal obra de arte. Me pasaba estudiando sus formas, sus decoraciones, sus colores, siempre encontraba algo nuevo que me maravillaba. ¡Y el Paraíso! Me daba la oportunidad de ver de cerca la cúpula y la araña, era tan bello. Cada vez que asistía al Teatro Colón yo le decía a mi madre: “¡Yo quiero construir edificios como este! ¡Edificios importantes, tan hermosos que puedan ser admirados y disfrutados por siempre!”.

”En esos momentos mi madre me miraba de una forma muy especial y me decía: “¡No te va a resultar fácil, pero si es lo que te apasiona, encontrarás la manera! ¡Se te nota en la mirada!”.

Sibila se quedó un momento callada, perdida en su interior. El recuerdo de su madre le dulcificaba la mirada, que siempre transmitía sus emociones con mucha fuerza.

Milagros le dio unos minutos para que pudiera saborear sus recuerdos y, notándola cansada, intentó unas pocas preguntas más:

—¿Por qué Clara consideraba tan valiosa la obra del modular, nonna?

—Porque fue un regalo de bodas.

—¿De tu padre?

—No, de su segunda boda.

—Claro, la abuela volvió a casarse. ¿Cómo era tu padrastro, ellos se querían, vos lo querías?

—Yo lo quería mucho, no solo porque nos entendimos enseguida, ¡yo lo quería por cómo amaba a mi madre! ¡Desde su matrimonio la he visto tan feliz! No quedaban rastros de esa tristeza que siempre la había acompañado como un fantasma. Por eso cuido tanto su regalo, ¡me recuerda a mi madre feliz! ¡Lo que nunca comprendí es la dedicatoria!

Milagros deseaba preguntarle mil cosas más pero prefirió cerrar la

conversación en ese momento, no quería agotarla, y ella tenía mucho en qué pensar.

—Bueno, nonna, creo que ahora deberías descansar. Te llevo a tu cuarto y voy a buscarte para cenar cuando llegue Marcelo.

Volvía del cuarto y se detuvo ante el modular donde la obra tenía una ubicación destacada. La tomó con mucho cuidado entre sus manos, apreciándola en toda su belleza. La dio vuelta para leer la dedicatoria, y algo muy importante comenzó a tomar forma en su mente.

Sibila no la entendía...

¡Ella la entendía perfectamente!

Marcelo manejaba el auto camino a su casa. La casa que compartía con Milagros desde hacía casi dos años. Estaba preocupado. Cuando Mili se despidió dijo algo que tenía que ver con su abuela y se fue tan rápido que él no había entendido bien. Esperaba que no le hubiera sucedido nada, realmente quería mucho a la anciana.

Siempre recordaba el día en que la había visto por primera vez.

Milagros y él se habían conocido dos meses antes, cursando una especialización en Restauración. A él como arquitecto y ella como egresada de Bellas Artes les interesaba esa posibilidad en sus respectivas profesiones.

La atracción había sido inmediata, siempre decían que estaban destinados a encontrarse. Enseguida empezaron los planes para vivir juntos pero, de hacerlo, tenía que ser en el departamento de ella. Mili vivía con su abuela y por nada del mundo iba a dejarla sola. Así que esa noche iba a ir a cenar para conocerla y evaluar entre los dos la posibilidad de la convivencia.

Marcelo llegó puntual para la cena. Estaba nervioso, Milagros también. De esa noche dependían sus próximos pasos como pareja, era importante.

Mili lo acompañó al living donde Sibila lo esperaba sentada en un sillón.

¡Nunca iba a olvidar esa mirada! La nonna podía ser una anciana de noventa y cuatro años, pero esa mirada tenía la energía necesaria para mover el mundo. La seguridad de Marcelo tambaleó. Evidentemente Sibila no era la abuelita sumisa de cuento de hadas que había imaginado. ¡Esa mujer tenía mucho vigor y, al parecer, todo iba a ser usado para estudiarlo a él!

Pasadas las presentaciones nerviosas, Milagros se fue a la cocina a terminar la

cena y, supuso Marcelo, también para escaparse.

Sibila lo invitó a tomar asiento y se dedicó unos segundos a evaluarlo en silencio. Marcelo, que nunca había sido inseguro, comenzó a moverse inquieto en su asiento sin saber cómo iniciar una conversación.

—No estés tan nervioso, muchacho, todavía no he mordido a nadie.

Marcelo sonrió y decidió que la mejor forma de tratar a esa mujer era con sinceridad.

—¡No tengo miedo de que me muerda, tengo miedo de no gustarle!

—¿Y eso por qué? ¿Acaso no amas a mi nieta?

—Sí, claro, la amo muchísimo pero...

—Entonces no hay posibilidad de que no me gustes. Para mí lo más importante es verla feliz y si tu amor la hace feliz, a mí me gustás. Ahora será cuestión de que nos conozcamos mejor, pero lo principal ya está resuelto. ¡Relajate y contame algo de vos! Sé que también sos arquitecto, así que ya tenemos algo en común.

—Sí —sonrió más relajado—, me recibí hace cinco años. Mi papá también lo es, trabajé algún tiempo con él, pero ahora quiero seguir mi propio camino. Por supuesto que sigo consultándolo, pero prefiero buscar otras opciones.

—Como la restauración...

—Realmente me interesa esa veta. Me gusta mucho la construcción de edificios nuevos pero también me da placer devolver el brillo a los edificios tan hermosos de la *Belle Epoque* de Buenos Aires. ¡Hay verdaderas joyas que están esperando que alguien se decida a pulirlas!

Sibila lo estudiaba, veía cómo se le transformaba la expresión cuando hablaba de su trabajo y eso le gustaba, consideraba que no había nada peor que una persona apática.

—¿Y cuándo supiste que querías ser arquitecto?

—No lo sé, creo que siempre. Crecí viendo cómo mi padre conseguía que, de lugares vacíos o de construcciones en ruinas, surgieran obras maravillosas. Cuando me llegó el momento de elegir a qué dedicarme, no tuve dudas.

—¡Es cierto, uno siente cierto poder al crear lugares que puedan ser

disfrutados, para vivir, para trabajar, para observar!

—Pero cuénteme de usted. Supongo que era una rareza una mujer arquitecta en sus tiempos, ¿no?

—Lo era, pero yo tampoco tuve dudas, desde pequeña sabía que quería construir edificios. Lo que no tenía idea era de lo extraño que eso resultaba para una mujer. En mis épocas, ya se estaba aceptando que las mujeres pudieran dedicarse a la docencia y tal vez a alguna carrera humanística, pero las profesiones clásicas estaban reservadas a los hombres.

—¿La molestaban mucho en la facultad? Para sus compañeros no debe haber sido fácil. Debieron sentirse invadidos, ¿no?

—¡Supongo que sí! Había de todo, algunos no nos toleraban y no perdían oportunidad de hacerlo notar, otros lo veían como la posibilidad de flirteo en un ámbito inesperado y otros lo tomaban con más naturalidad. De lo único que se lamentaban era de verse obligados a cuidar sus modales porque siempre podía haber una de nosotras dando vueltas. Con el paso del tiempo se fueron acostumbrando y pudimos convivir en un clima relativamente armónico.

—Es curioso cómo cambian las cosas porque ahora creo que la mayoría de los estudiantes de la carrera son mujeres. ¡Están por todas partes! Dentro y fuera de las aulas, es absolutamente normal para nosotros tratar con colegas femeninas, no nos resulta extraño.

—¡Las mujeres de esta generación no saben lo afortunadas que son! No tienen idea de que hubo épocas no tan lejanas en las que no podíamos estudiar o trabajar de lo que quisiéramos. Siempre había algún hombre del que dependíamos o al cual pedirle permiso. Yo me revelé contra estas normas y en ciertos aspectos lo pagué muy caro...

La mirada de Sibila se ensombreció, recuerdos dolorosos pasaron por su mente y afloraron a sus ojos, esos ojos que no podían esconder sus emociones. Marcelo la observaba. ¡Cuánto se parecía esa mirada a la de Milagros! Le otorgó por unos minutos el silencio, que era evidente que necesitaba.

Al cabo de un momento, se repuso con un gesto de decisión más que con deseo y prosiguió:

—Como te decía, las chicas de hoy son muy afortunadas. No saben el privilegio que tienen al poder hacer lo que quieren. ¡Hasta pueden decidir no hacer nada! Es curioso, tantos años de lucha de las mujeres por tener la posibilidad de elegir, y hoy que eso no es un problema hay miles de chicas que, pudiendo hacerlo, deciden no estudiar o no mejorar en aquello que les gusta. Se quedan esperando que alguien se haga cargo de sus vidas como hace un siglo...

—No es el caso de Milagros, ella siente pasión por su trabajo. Es una de las cosas que más me gusta de ella.

—Sí, es algo que siempre traté de inculcarle, pero no fue tan difícil, es parte de su personalidad. Yo siempre le decía que lo que hiciera, lo hiciera con pasión. Es cierto que si quisiera podría no trabajar, le dejo una buena situación económica, pero no la habré educado bien si pasa la vida sin proyectos, sin entusiasmo, sería hasta inmoral.

Marcelo sonrió ante la dureza de las convicciones de la anciana.

—Es cierto, pero las cosas cambiaron mucho y las mujeres hasta nos superaron en este aspecto.

—¿Qué querés decir?

—Piénselo así, hoy las mujeres pueden decidir trabajar o no hacerlo. Es algo personal que repercute o en sus finanzas o en su evolución, pero la sociedad acepta las dos cosas. En cambio un hombre que decide no trabajar está muy mal visto socialmente. Por supuesto no me refiero a quien está desocupado y buscando trabajo. El hombre que está en condiciones de trabajar y decide no hacerlo es tildado de vago, mantenido, chanta y otras cosas. Ninguna de esas son palabras bonitas. La sociedad no respeta a un hombre que no trabaja.

—Tenés razón, la gente siempre tiene algo que decir. Está en uno ver la importancia que le da a la opinión ajena. ¡Y esto no es un problema de género!

—En cuanto a Milagros, ¡quédese tranquila! Ahora me explico de dónde saca la energía que tiene. ¡No me la imagino dedicándose solo a “pasar el rato”, tiene mil proyectos en la cabeza! ¡Solo espero saber acompañarla!

—¡Yo también lo espero!

Cenaron los tres y la noche fluyó con comodidad. En algún momento, Milagros llevó a su abuela al cuarto y la ayudó a acostarse.

Al volver al living, Marcelo estaba con una expresión que Mili no pudo descifrar; se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Qué pasa, amor? ¿No la pasaste bien? —preguntó ansiosa.

—No es eso, algo no está bien y me preocupa mucho.

Después de un silencio incómodo, agregó:

—No creo que sea conveniente que vivamos juntos. Va a ser mejor dejar las cosas así...

Milagros se puso pálida.

—¿Pero qué pasó? ¿No te gustó mi abuela? Parecías estar pasándolo bien, no entiendo...

—¡No, evidentemente no entiendes cuál es el problema! —dijo con una expresión desesperada—: ¡Podría llegar a enamorarme de esa mujer! Y dadas las circunstancias, si vivimos bajo el mismo techo...

Milagros, que hasta ese momento retorció nerviosa un almohadón entre sus manos, comenzó a pegarle con él.

—¡Tonto, me asustaste!

Él le quitó el almohadón y comenzó a besarla mientras ella seguía intentando resistirse. Se rindió por fin y con gran alivio se entregó a su juego.

—Me gusta mucho tu abuela, tiene mucha más energía de la que me imaginaba. Ahora veo de quién heredaste las cosas que amo de vos. No tengas miedo, vamos a llevarnos bien, ¿cuándo querés que traiga mis cosas?

—Dame unos días para plantearle el tema, quiero saber cómo se sentirá ella con la convivencia. ¡Por mí sería hoy mismo!

Volvieron a besarse y, poco a poco, se fueron deslizando por el sillón, hasta terminar en una posición bastante incómoda.

—Ok, espero pero, mientras tanto, sé una buena anfitriona y llevame a conocer tu cuarto, ¿sí?

Unos días después durante la cena, Milagros le planteó el tema a Sibila.

—Nonna, queremos preguntarte algo.

—Mmm, qué ceremoniosa, ¿qué querés saber?

—Marcelo y yo queremos vivir juntos, acá. ¿Qué opinás?

Sibila evaluó a los dos con esa mirada terrible a la que no se le escapaba nada. Ambos se miraron incómodos al ver que ella no contestaba. Finalmente lo hizo.

—Depende....

—Depende, ¿de qué?

—¡De por qué quieren vivir juntos!

—¿Cómo por qué? ¡Porque nos amamos!

—¡Eso no es suficiente!

—¿Cómo que no es suficiente?

—¡Claro, ya sé que se aman! El tema es si quieren vivir juntos para tener sexo frecuente sin incomodidades...

—¡Abuela! —dijo Milagros ruborizándose.

Marcelo conteniendo una sonrisa decidió intervenir.

—Supongo que en ese caso le parecería mal...

—¡Sí!

—¿Por qué?

—Me parece mal que esa sea la única razón por la que quieran hacerlo. Convivir es una decisión importante, tiene que ver con pensar en un futuro juntos. Tiene que ver con comenzar una familia, sin papeles, sin religión, pero el compromiso debería ser el mismo. Si no están dispuestos a reconocerse como una familia, sería conveniente que sigan así, no creo que tengan problemas para tener sexo como hasta ahora, ¿no?

Milagros estaba totalmente avergonzada, en cambio Marcelo soltó una carcajada.

—O sea que no tiene problemas con las relaciones sexuales...

—¡Por supuesto que no! Considero que hoy en día el tema del sexo se maneja más sanamente. Se ha conseguido un equilibrio entre la época de mi madre y la

mía donde era considerado tabú, y la época de tu madre, Milagros, donde fue totalmente banalizado. Hoy no lo viven ni como un pecado ni como un mandato. Si dos personas se aman, tienen sexo, es más sencillo, más...

—¿Auténtico?

—¡Exacto! En mis épocas y peor aún en las de mi madre, se consideraba la sexualidad como un problema, no se hablaba del tema. Ninguna mujer decente era capaz de insinuar que disfrutaba del sexo. Se vivía como una vergüenza, como algo que había que ocultar. En cambio en la época de tu madre se tomó la actitud contraria, todo estaba permitido, el sexo y muchas veces también las drogas se consumían sin restricciones. Los partidarios del “amor libre” confundieron libertad con promiscuidad. ¡Muchos de ellos quedaron esclavizados por las mismas consignas que proclamaban!

Otra vez Marcelo detectó una sombra de dolor en la mirada de Sibila, miró a Milagros incómodo, sin saber cómo seguir la conversación.

Milagros aprovechó el momento para sacar un tema delicado.

—Nonna, ya que mencionaste a mi madre, ¿no querés contarme la historia? No la versión suavizada que escuché mientras crecía, la real. Me gustaría que Marcelo la escuchara, es importante para mí. Forma parte de lo que soy.

Sibila le dirigió una mirada tan cargada de dolor que por un momento Milagros se arrepintió de su pedido, pero ya estaba hecho. Después de unos momentos, con un gesto decidido su abuela le dijo.

—Está bien, prepará el café y vamos al living. La charla va a ser larga y mejor estar cómodos... Por lo menos físicamente.

—Me casé con Alfredo en 1937. Me llevaba varios años, pero nunca lo vimos como un problema. Él era un excelente arquitecto, tenía su propio estudio y desde que nos casamos trabajamos juntos. ¡Éramos muy felices, nos amábamos tanto! ¡Qué paciencia me tenía! Me llamaba “pequeño incordio”, pero me adoraba. Pasaban los meses y yo no quedaba embarazada, al principio nos preocupaba, a medida que pasaba el tiempo fuimos aceptando que los hijos no llegarían.

—Hasta que quedaste embarazada...

—Sí, fue una gran sorpresa. Estábamos muy contentos, pero también preocupados. Yo tenía casi cuarenta años y Alfredo casi sesenta. Además hacía poco que mi madre había muerto. No tenía a quién acudir. ¡Teníamos tantos miedos!

—Pero todo salió bien, ¿no?

—Afortunadamente sí. Susana nació en 1950, era una niña sana, muy parecida a su padre...

La expresión de Sibila transmitía la ternura del momento que estaba evocando. Al cabo de un momento siguió con su relato:

—¡Puso nuestras vidas patas arriba! Estábamos los dos enamoradísimos de nuestra niña, no había nada que no hiciéramos por ella. Tuvimos que reacomodar el trabajo del estudio. Durante los primeros meses yo me quedaba más en casa, tenía que alimentarla. A partir del año y medio aproximadamente que ya era más independiente de su mamá, Alfredo la tomó a su cargo. No se perdía un momento de estar con ella, comenzó a trabajar menos en el estudio y yo iba más

seguido. Él decía que no quería desaprovechar esa oportunidad y que iba a disfrutar de su hija al máximo. Tenían una relación hermosa, eran inseparables...

—Hasta que el abuelo murió...

Aquí los ojos de Sibila se llenaron de lágrimas, los años transcurridos no habían disminuido en absoluto el dolor de aquel momento.

—¡Mi mundo se derrumbó! Salió a controlar una obra que tenía algunos problemas y al rato vinieron a darme la noticia. ¡Un infarto! Ese hombre que había sido lo más importante de mi vida durante diecisiete años, de pronto no estaba. Salió por la puerta como un día cualquiera y ya no volví a verlo.

A esta altura las lágrimas rodaban sin contención por sus mejillas.

—Pasé algunos meses paralizada, estaba sola, con una niña pequeña y con un dolor en el alma que amenazaba con ahogarme a cada momento. ¡Necesitaba a mi hombre! ¡Necesitaba a mi madre! Ninguno de ellos estaba ya, solo mi hijita que estaba viviendo su propia desesperación. ¿Cómo se le explica a una niñita de cuatro años que su papá, ese ser invencible que todo lo puede, no está más? ¿Cómo se lo explicaba, si yo misma no podía aceptarlo?

Milagros se acercó a abrazar a su abuela compartiendo sus lágrimas. Marcelo estaba angustiado ante las dos mujeres que lloraban, una por sus recuerdos, otra por el dolor de la persona a quien amaba tanto. Intentó dar por terminada la charla.

—Sibila, ya está bien, en otro momento seguimos...

—No, no te preocupes, estoy bien. Milagros tiene razón, es hora de tocar el tema. Mi nieta merece conocer la historia completa, aunque sea duro.

Sibila se tomó unos instantes para recomponerse, se secó las lágrimas y alzando el mentón prosiguió con su relato.

—Como les decía, pasé unos meses de inmovilidad. Mis hermanos que habían venido a la ciudad pretendían llevarnos al campo para que estemos rodeadas de nuestra familia, pero yo me opuse. En cuanto pude pensar con claridad me di cuenta de que tenía una empresa que llevar adelante, varias familias dependían de ello. Yo también lo necesitaba, siempre me gustó mi trabajo y volver a hacerlo me ayudaría a paliar la tristeza. Me puse al frente del estudio y

continuamos con las actividades como antes.

”La relación con Susana se fue haciendo más difícil. No me perdonaba que yo trabajara. No podía entender por qué no era igual a las otras mamás que esperaban a sus hijas con el almuerzo listo y horneaban galletas para la merienda. Por supuesto que tenía una persona que la cuidaba cuando yo no estaba, pero para ella no era igual.

”Nos fuimos alejando cada vez más y al llegar a la adolescencia, la situación se me fue de las manos.

”Se escapaba del colegio. Comenzó a frecuentar grupos de hippies y a fumar marihuana. No supe reconstruir la relación. No supe, no pude o no quise... Estos son los interrogantes que me torturan desde hace años y que lo harán hasta mi muerte.

—¿Qué interrogantes, nonna?

—Esos. ¿No supe? ¿No pude o... no quise? ¿Cómo hubiera sido todo si yo hubiera hecho las cosas de otra manera, si hubiera tomado otras decisiones?

”Como sea, al cumplir los dieciocho años se fue de casa. La hice buscar por todos lados, estaba desesperada. La encontraron en una comunidad de El Bolsón. Viajé hasta allá para traerla de vuelta, pero no quiso regresar. Ya era mayor de edad, y yo no podía obligarla.

—¿Cuándo volviste a verla?

—Casi seis años después. Un día fui a atender la puerta y allí estaba. Sin aviso y con la misma actitud distante que se había profundizado por los años de reproches mutuos y ausencias.

”Pasó, se sentó en este mismo sillón y con absoluta frialdad me dijo: “Estoy embarazada. No hay padre. No quiero tenerlo. Puedo abortar o puedo quedarme con vos hasta que nazca. No sé qué haré después”.

”Yo estaba anonadada. Por fin había vuelto, pero no como yo pensaba... Quedate, le dije, lo resolveremos juntas.

—Y se quedó...

—Sí, pero fueron unos meses terribles. La convivencia en lugar de unirnos nos separaba cada vez más. Ella había empezado a consumir drogas más duras.

Desde que supo del embarazo no volvió a hacerlo pero la necesidad de ellas la ponía inquieta, agresiva, ausente.

”Llegó el momento del parto, yo tenía mucho miedo por ella y por el bebé. Susana no estaba bien, la vida de excesos hizo estragos en ella, pero era joven y naciste sin problemas.

”Cuando volvió de la sala de partos a la habitación, Susana estaba más fría que de costumbre. Al rato llegó la enfermera con vos, ella no quiso tomarte y la mujer te puso en mis brazos.

“¿Cómo la vas a llamar?”, le pregunté. “No sé, no pensé ningún nombre, elegí vos...”.

”Volví a mirarte y ahí estabas con esos ojos enormes e inocentes que me miraban con mi misma mirada... y entendí que la vida me estaba dando otra oportunidad. “Milagros. ¡Se llamará Milagros!”, le dije. Y desde entonces me dediqué a vos con todo el amor del que era capaz.

”En cuanto Susana se recuperó, simplemente desapareció. No volví a verla. Siempre esperé que reflexionara y regresara. En definitiva había decidido tener a su bebé y lo había dejado a mi cuidado, eso era un acto de amor hacia vos. Pero íntimamente sabía que eso no sucedería.

”Tres años después, la policía llamó a mi puerta y lo supe enseguida. Sobredosis. ¡Mi hija había muerto!

”El resto de la historia ya la conocés...

Milagros ajustó el abrazo a su abuela.

—Sí, la conozco. ¡Vos fuiste la mejor madre que pude haber tenido! ¿Sabés? Yo también creo que el que me dejara con vos fue un acto de amor, pero no solo hacia mí sino hacia vos.

—¿Por qué decís eso?

—Nunca sabremos las condiciones de mi gestación, ella sabía que no iba a criarme, podría no haberme tenido. En cambio decidió hacerlo y no dudó en recurrir a la persona que más amaba para dejarme con ella. Creo que fue su forma de hacer las paces.

—¡Pero si ella me reprochaba ser una mala madre!

—Una cosa es lo que dice una niña o una adolescente enojada y otra es lo que piensa una mujer adulta enfrentada a sus propias decisiones. Una cosa son las palabras y otra son los actos. Ella nunca dudó en dejarme con la persona adecuada. Quizás no pudo traducirlo en palabras, pero los hechos son irrefutables, abuela. Tu hija te quería y te confió lo más importante que le pasó en la vida.

Sibila la miró con una mirada cargada de amor, las palabras de su nieta le brindaban un consuelo que hacía años necesitaba.

Los tres quedaron en silencio un buen rato, cada uno procesando lo ocurrido de una manera distinta, pero muy conmovidos.

Finalmente, Milagros rompió el silencio:

—Nonna, te agradezco mucho que hayas podido contarme todo esto. Lamento haberte puesto triste. Quería que Marcelo te escuchara. Es importante para la decisión que tenemos que tomar.

Dirigiéndose a Marcelo con algo de ansiedad y temor le dijo:

—Amor, ya sabes mi historia. ¿Quieres decir algo, preguntar algo?

—Sí —Marcelo carraspeó para suavizar el nudo de emoción que se le había formado en la garganta.

—¿Qué?

—¿Quieres empezar una familia conmigo?

Milagros derramó el llanto que había estado al borde de sus ojos durante todo el relato y lo abrazó diciendo:

—¡Claro que sí!

Sibila los miraba con una expresión de alivio y amor.

—Bueno, supongo que eso significa que te mudas aquí, ¿no? ¡Bienvenido, muchacho!

La noche en que Marcelo supo que había conseguido trabajo en el Teatro Colón celebraron con una cena especial en el departamento a la que fueron invitados sus padres.

Lidia y Eduardo llegaron con lo necesario para brindar. ¡La ocasión merecía un buen champagne!

Todos estaban muy emocionados. Desde que se habían enterado del Plan Maestro para restaurar el teatro, la pareja había movido cielo y tierra para poder ingresar al proyecto y dedicarse a aquello para lo cual se habían especializado. Milagros había comenzado a trabajar hacía unos días, pero a Marcelo no terminaban de confirmarle su contratación. Por eso la circunstancia era especial, porque se había hecho esperar.

Sibila decía que otra vez el teatro llamaba.

Eduardo le preguntó intrigado:

—¿Cómo es eso de que el teatro llama?

—¡Yo creo que el Teatro Colón tiene algo especial! No puede ser casualidad que mi madre, más tarde yo, y ahora Milagros, por distintos motivos y con distintas vocaciones, en algún momento hayamos trabajado en él.

—¿Y si no es casualidad, qué es? —preguntó Marcelo.

—¡Magia! ¡Energía! No sé cuál es el término adecuado pero el teatro se encarga de convocar a quien sabe que trabajará en él con pasión. ¡No tengo dudas! ¡Por eso también te llama a vos, no lo defraudes!

—Haré todo lo posible, no me gustaría que el teatro se enoje conmigo...

Todos sonrieron ante el comentario y brindaron por el Teatro Colón y por la

carrera de cada uno de los jóvenes que mejoraba con el trabajo obtenido.

—¿Por dónde comenzarán? Por lo que leí, la obra llevará bastante tiempo — preguntó Eduardo a su hijo.

—Tienen previsto inaugurar el 25 de mayo de 2008, en el centenario de la apertura, pero a juzgar por lo que vi hoy, será un verdadero milagro si esos plazos se cumplen.

—¿Qué tarea te asignaron?

—Empezaré en las fachadas, debo hacer varios cateos para evaluar los pasos a seguir.

—Es un gran trabajo, hijo. Me alegro por vos, intervenir en un edificio tan emblemático será muy bueno para tu carrera. ¿Y usted, Sibila, participó en la ampliación, verdad?

—Sí, en las reformas de 1938. Hubo otra años más tarde, alrededor de 1968, las llevó a cabo el arquitecto Álvarez. Cuando yo trabajé allí incorporamos la sección de Diseño de Producción ampliando los subsuelos sobre la plaza lateral y construimos un túnel que conecta los talleres con el escenario.

—Por ahí correrán a sus anchas —dijo Marcelo. Todos lo miraron extrañados por el comentario fuera de lugar.

—¿Quiénes corren, por dónde? —preguntó Milagros cautelosa.

—¡Los fantasmas! Sibila les construyó un túnel para que se muevan con tranquilidad.

—¡Pero mirá que sos tonto! —lo reconvino Lidia, mientras Milagros enfatizaba el reto de su suegra con una palmada en el brazo de su novio.

—¿Qué? ¿Por qué me retan? Es sabido que no hay teatro que no tenga sus fantasmas. ¿Se imaginan el Colón? ¡Con toda la gente que pasó por allí debe estar lleno!

—¡Callate! —le ordenó Milagros riendo.

—Yo no lo tomaría tan a risa —intervino Sibila—. Ya verán cuando estén trabajando allí, si no lo terminan pensando más de una vez.

La cena continuó agradablemente. Los padres de Marcelo y Sibila se llevaban bien, no eran pocas las veces que se reunían desde que los jóvenes vivían juntos.

Generalmente lo hacían allí mismo porque a Sibila ya le suponía mucho esfuerzo trasladarse y pasar tiempo lejos de su casa. Eduardo no podía evitar interrogarla sobre su actividad profesional y Lidia, aunque no compartía la misma carrera, no se cansaba de las anécdotas de la anciana y disfrutaba de las largas charlas con entusiasmo.

Durante el postre, volvieron a levantar sus copas por el Colón, sus fantasmas y su misteriosa magia que convocaba a los miembros de la familia.

Al término de los brindis, Sibila preguntó:

—¿Les conté alguna vez que estuve en la inauguración de la cúpula?

—¿En 1908? —dijo Marcelo en claro tono de burla.

—¡Qué gracioso! En la de 1966.

Milagros ya sabía la historia pero quería volver a escucharla:

—Contanos, abuela, parece que Marcelo no sabe que esta cúpula no es la original.

—No, no lo es. La primera cúpula la realizó un pintor francés, Marcel Jambón, el mismo que realizó los *marouflages* del Salón Dorado. Se cuenta que en 1934 o 1936, no recuerdo exactamente, se realizó en el teatro un gran baile de carnaval. Para eso se levantaron todas las plateas y se convirtió el espacio en un enorme salón. Todavía el edificio no contaba con refrigeración y en pleno febrero, el calor era insoportable. Parece ser que a alguien se le ocurrió refrescar la sala poniendo una gran cantidad de barras de hielo sobre la cúpula. No sé si el sistema de refrigeración casero funcionó, pero sí ocasionó filtraciones que con el tiempo destruyeron la pintura de la cúpula.

—¡Qué barbaridad! —dijo Lidia—. Suena algo disparatado.

—Probablemente no sea cierto, hay muchos que dicen que eso no sucedió, pero sí es verdad que las pinturas se arruinaron totalmente y hubo que quitarlas.

—¿Y qué pasó hasta 1966? —continuó Lidia.

—Fue pintada de un horrible gris oscuro. Cuando yo estuve realizando la obra en 1938, la estaban pintando de ese color espantoso y así siguió durante muchos años.

—¡Casi treinta años! ¡Qué descuido, una pena! —intervino Eduardo.

—Por suerte en París, se inauguró con gran pompa la cúpula de la Ópera Garnier pintada por Marc Chagall y entonces nuestras autoridades parecieron notar la pobreza de la nuestra. Se le encargó el trabajo a Raúl Soldi. Trabajó durante un año y medio y no cobró un centavo. Solo pidió que la ciudad asumiera los gastos de ayudantes y materiales. ¡Un ejemplo de artista! Él amaba el teatro, había crecido entre sus bambalinas ya que su padre era un famoso chelista.

—¡Parece que a Soldi también lo llamó el teatro, Sibila! —dijo Marcelo provocándola.

—¡Vos reíte nomás! Pero hay muchos casos de descendientes de trabajadores que, aún con profesiones distintas, han pasado por allí. ¡El teatro tiene magia, te convoca, te atrapa, creélo!

Milagros decidió intervenir.

—¡Yo no lo dudo, abuela! Contanos de la inauguración.

—Fue el 25 de mayo de 1966, yo fui con un amigo. Teníamos ubicaciones en las plateas del centro de la sala. El acceso de la gente se realizó a media luz, solo con las luces laterales. En determinado momento apagaron todas y encendieron la araña principal. Allí pudo apreciarse la cúpula en todo su esplendor. ¡Era una belleza!

—¡Qué hermoso debió haber sido! —comentó Lidia—. Me imagino la escena, el clima que debió vivirse en la sala...

—¡Fue un momento mágico! ¡Aún hoy me viene a la memoria y me emociono!

—¡Qué lindo recuerdo, abuela! Pero hay algo más que quisiera que me cuentes. ¿Quién era tu amigo? ¿Qué tan amigo era tu amigo?

—¡Pero qué chusma! —se mostró ofendida Sibila, para después aflojar el gesto—. Se llamaba Luis, y éramos un poco más que amigos. Él sabía de mi amor por el teatro y consiguió las mejores localidades para disfrutar de la nueva cúpula.

Milagros la miró asombrada:

—Nunca me dijiste que tuviste novio. ¿Cómo fue, qué pasó?

—No éramos novios, no en el sentido convencional de la época, éramos... amigos.

Marcelo no pudo evitar intervenir.

—Amigos con derechos, como diríamos hoy. ¡Mirá Sibila qué sorpresas nos tiene todavía! —disfrutaba de provocar a la anciana a la que adoraba.

—¡Marcelo! —lo retó Lidia, avergonzada.

—¡No seas insolente, mocososo! —dijo Sibila haciéndose la enojada—. Pero sí, supongo que eso éramos —dijo con un gracioso encogimiento de hombros.

Los jóvenes rieron con asombro.

—¿De qué se ríen? Tampoco fue el único, yo enviudé muy joven y no siempre tuve esta apariencia. ¡Ah, la soberbia de los jóvenes, creen que los viejos nacimos viejos y que el sexo lo descubrieron ustedes!

A esta altura Milagros y Marcelo reían con ganas y los mayores se contagiaron ante el desparpajo de la anciana.

—¿Por qué nunca me contaste nada?

—Porque eras una niña, después una adolescente. ¡No te iba a estar contando de mis novios! Tenía que educarte. Ahora es distinto, ya sos una mujer y podemos hablar de estas cosas. Siempre y cuando no te espantes, claro...

—¡No me espanto, solo me sorprende! ¿Y qué pasó con ellos? Con tus novios, digo.

Antes de continuar la mujer se dirigió al matrimonio que la observaba, divertido:

—Perdón. ¿Y a ustedes los espanté con mi franqueza?

—Al contrario —dijo Lidia—. Disfruto en grande de su franqueza, Sibila.

—Por nosotros no se preocupe —dijo Eduardo—. También queremos saber qué pasó con sus novios.

Sibila hizo un encogimiento de hombros como señalando lo evidente:

—Tarde o temprano huían, o lo hacía yo. Los hombres de mi generación fueron educados para ser proveedores y cuidadores de las mujeres. Por un tiempo las cosas marchaban bien pero a medida que las relaciones se iban poniendo serias, mi profesión y mi insistencia en trabajar terminaban

estropeando las cosas.

—La entiendo, aún hoy quedan resabios de esa forma de pensar. Más de una vez he tenido que escuchar comentarios acerca del hecho de que mi mujer sea independiente —dijo Eduardo mirando a su esposa con cariño.

—¿Sabés? Un hombre tiene que ser muy hombre para vivir con una mujer inteligente e independiente —dijo Sibila posando su mano sobre la mano de Lidia—. En mi época era muy difícil que aceptaran como pareja una mujer que trabajara y que incluso ganara más dinero que ellos, sin que los varones sintieran amenazada su virilidad. Nunca encontré un hombre que me respetara como lo había hecho mi marido. Y en realidad tampoco pude amar a nadie como lo amé a él. Cuando se ha tenido algo perfecto, uno ya no quiere conformarse con menos...

—¿Nunca se arrepintió de no volver a formar pareja? —preguntó Lidia con suavidad.

—No, hay cosas que no se fuerzan. Si hubiera aparecido la persona indicada lo habría hecho, pero no apareció y de esa manera no valía la pena. Y después... ¡después sí me puse vieja!

Todos rieron, a esas alturas achispados por el champagne y volvieron a brindar.

¡Por los novios de la nonna!

Marcelo abrió la puerta del departamento con cierta preocupación. Había estado recordando esos momentos tan importantes desde que Milagros había salido casi corriendo de su trabajo para ver a su abuela. Le daba temor que le hubiera pasado algo, últimamente se encontraba cada vez más débil. Adoraba a esa mujer y, si bien racionalmente sabía que algo podía suceder en el corto plazo, deseaba que nunca ocurriera.

Al entrar lo recibió Milagros.

—¡Hola, amor! ¿Cómo está tu abuela?

—Bien, un poco cansada, hoy la hice hablar mucho. Ya cenó y se acostó temprano. Vamos a cenar. ¡Tengo tanto que contarte!

Una vez sentados los dos solos a la mesa, Milagros comenzó con su relato:

—Hoy pasó algo fuera de lo común en el trabajo. Encontré un gabinete oculto en la pared de uno de los palcos.

—¿Un gabinete? Pero cómo es posible, si los muros de esa zona...

Milagros lo interrumpió ansiosa.

—Después hablamos de los muros, lo extraño es lo que encontré adentro del gabinete...

—¿Qué encontraste?

—¡Una pequeña escultura de mármol blanco, apenas la cabeza de la *Sibila de Delfos* de Miguel Ángel!

Marcelo que la observaba atentamente, dirigió la mirada hacia el modular del living.

—¿Como esa?

—¡¡Idéntica!!

—¿Y qué hiciste?

—Nada, me asusté al oír voces, la volví a su escondite y cerré el gabinete.

Aunque...

—¿Aunque?

—Te vas a reír de mí...

—No seas tonta, en tal caso nos reiremos juntos. ¿Qué significa ese aunque?

—Que, en realidad, no es que me asusté exactamente. Más bien fue una sensación, es que me pareció...

—Mili, no des vueltas, ¿qué pasó?

—Está bien. Desde que empecé a trabajar en ese palco siento como una presencia, como si alguien me estuviera mirando. Me pasó varias veces, pero siempre estaba sola. No había nadie ni cerca...

—¡Apa! Yo tenía razón entonces, y Sibila también. ¡En el Colón hay fantasmas!

—Ya sabía que te lo ibas a tomar a risa. Por eso no te quería contar.

—No te enojés, seguí.

—No sé si llamarlo así, pero yo siento una energía distinta. Y esa energía es la que me impulsó a devolver la pieza a su lugar. No fue racional, fue un arranque, un presentimiento, no sé...

—No le podés dar nombre. No me lo tomo a risa. No es la primera vez que me decís algo así, que tenés presentimientos muy fuertes o que tu estado de ánimo se altera cuando entramos a algún lugar.

—Es cierto.

—Más de una vez tuvimos que irnos de algún sitio que te daba “mala vibra”. Yo creo, y ahora en serio, que tenés algún tipo de percepción, algo que no tenemos todos, una sensibilidad especial que tendrías que explorar alguna vez.

Milagros se encogió de hombros.

—No creo. ¡Qué voy a tener yo! Dejemos eso y volvamos al gabinete. Por el motivo que fuere, el caso es que lo cerré y vine enseguida a hablar con mi abuela.

—¿Y?

Milagros le contó rápidamente los puntos más importantes de la charla.

—¿Te das cuenta? ¡Ese palco perteneció a mi familia! Y en mi casa hay una obra igual a la que está oculta allí. Lo más inquietante es la dedicatoria.

Marcelo se levantó y tomó la pequeña escultura y la giró para leer las palabras de la base. ¡Sus ojos se abrieron de par en par!

Miró a Milagros que lo observaba con ansiedad.

—Tenés que ayudarme, tengo que volver a ver a la Sibila oculta. Mañana al mediodía cuando todos se retiren a almorzar nos encontramos en el palco y lo abrimos juntos. Creo que esto puede ser muy importante.

—¡Contá conmigo!

Tal como habían acordado, se reunieron en el palco a la hora del almuerzo. Milagros ya lo esperaba allí y cuando entró Marcelo lo estudió unos segundos, para después preguntarle:

—¿Vos no sentiste nada especial al entrar?

—No, nada, Mili. Y vos, ¿qué sentís?

—Nada, dejalo así. Vamos.

Milagros lo condujo hasta el falso panel y abrió el gabinete con ayuda de una de sus herramientas.

Marcelo estaba asombrado por el artilugio, su curiosidad de arquitecto lo hizo estudiar el espacio y la forma de ocultarlo.

—Esto está muy bien hecho, lo hizo alguien que conocía perfectamente la construcción. ¡Es muy ingenioso! Aprovechó muy bien la...

Milagros lo interrumpió ansiosa:

—Perdón si no me emociona tanto el nicho, por favor, veamos lo que hay adentro. Fijate que no haya nadie cerca.

Ante una señal de Marcelo, Milagros tomó la pieza con mucho cuidado y la sacó del gabinete. Al hacerlo cayó un papel amarillento que no había notado la primera vez.

Marcelo tomó el papel y lo abrió.

—Es una carta, está fechada en 1909. ¿Tu bisabuela se llamaba Chiara?

—Clara, se llamaba Clara —dijo Milagros, pero Marcelo no la escuchaba, estaba leyendo la carta. Cuando terminó se la extendió a Milagros diciendo:

—¡Tenés que leer esto!

Milagros le arrebató la carta de las manos y le entregó la pieza de mármol, a medida que leía, su expresión se llenaba de asombro. Por fin levantó la vista y lo miró. Ambos miraron la pieza y la giraron para ver la dedicatoria de su base. La mirada de los dos oscilaba entre la carta y la escultura. Marcelo fue el primero en reaccionar.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

—¡No hay dudas! ¡Tengo que llevarle esto a mi abuela!

—No podés sacar esto de acá, es propiedad del teatro.

—¡Es propiedad de mi abuela! ¡Nadie sabe de su existencia, no está inventariado en el teatro, nadie va a saberlo!

—¡Igual está mal! Tenemos que denunciar el hallazgo, después veremos cómo recuperarla.

Milagros abrazaba la pieza y evaluaba todas las posibilidades. Al fin llegó a una conclusión.

—Mi abuela no está bien, le queda poco tiempo y tengo que mostrarle esto. Voy a llevármela en el bolso, es pequeña, va a caber fácilmente. Pasará el detector de metales sin inconvenientes...

—Si te descubren vamos a tener problemas. Hay que seguir el procedimiento adecuado, podemos perder el trabajo...

—Mi abuela no tiene tiempo para el procedimiento adecuado. Después de que ella la vea haré lo que corresponda y la reclamaré legalmente. Pero volvé al trabajo, yo salgo sola, no es necesario que nos arriesguemos los dos.

La mirada de Milagros no dejaba lugar a dudas, estaba decidida. Esa mirada tan parecida a la de su abuela transmitía una firmeza ante la cual era inútil discutir.

—Salimos juntos. No voy a dejarte sola en esto. Además, no me perdería el

momento en que le reveles la verdad a Sibila por nada del mundo.

Marcelo y Milagros se dirigían juntos hacia la salida. Marcelo entabló una conversación casual con el guardia al que conocían de verlo a diario, mientras tanto Milagros pasaba su bolso por el detector de metales tratando de disimular su peso para no llamar la atención. Era un recaudo innecesario ya que la única medida de seguridad que se había implementado era el detector a fin de proteger las herramientas con las que se trabajaba. En cuanto al resto de los objetos de valor ya se habían catalogado y enviado a los depósitos en espera de la finalización de la obra, donde se volverían a colocar en sus lugares.

Nunca se revisaban los efectos personales. Además los guardias estaban acostumbrados a los bolsos de las mujeres, siempre eran enormes, en cambio los hombres parecían tener todo lo necesario en la billetera.

No obstante, recién cuando atravesaron la puerta volvieron a respirar con normalidad.

Marcelo manejaba y, a su lado, Milagros iba muy callada. Él, que la conocía bien, sabía que su cabeza funcionaba a toda velocidad.

—¿En qué pensás? —preguntó.

—En nada. Quiero llegar.

—Pero aflojá el bolso, lo tenés agarrado como si fuera a salir volando. Y si estás pensando en algo, largalo.

Milagros le lanzó una mirada de las suyas, le molestaba que su novio la conociera tan bien.

—Estaba pensando en que tal vez tengas razón.

—¿En qué de todo? —dijo Marcelo burlón—. Yo siempre tengo razón.

—Ja, claro. Siempre.

—Dale, en serio, ¿qué querés decir?

—Supongamos. Solo supongamos que, como te decía, tenés razón. Que tengo

una sensibilidad especial para percibir cosas, energías...

—Sí... —la animó Marcelo al ver que Milagros se cortaba, cohibida.

—Sigamos suponiendo que esa energía me guió a ese palco justamente a mí entre tanta gente, que esa energía me facilitó descubrir el gabinete, que la misma energía me impulsó a ocultarlo hasta poder rescatar la pieza.

—Y la carta —acotó él.

—Y la carta. Entonces... —titubeó.

—¿Querés que siga yo? Lo que no te animás a reconocer y menos a decirlo en voz alta es que es probable que Clara te esté guiando. Que tu bisabuelita, de alguna manera se manifiesta para que llegues hasta acá. Pero no lo querés decir porque eso significaría que existen los fantasmas... ¡Y que yo tenía razón!

Milagros le dio una palmada en el hombro:

—Siempre tan engreído. No estamos hablando de vos.

Ambos rieron para quedar luego en silencio unos minutos. Marcelo le dejó tiempo para pensar mientras le echaba miradas de reojo. Milagros seguía obsesivamente abrazada al bolso mirando hacia adelante y al fin dijo:

—Porque sería lindo poder percibirla. Tal vez me ayude a completar la historia. Entre lo que me contó mi abuela y lo que ahora tenemos es suficiente para confirmar los hechos. Pero nunca vamos a saber de ella, qué sintió, cómo lo vivió. Solo podemos imaginar, pensar posibilidades, pero seguramente no lo sabremos nunca con certeza —y agregó con un profundo suspiro—: ¡Cómo me gustaría que Clara me susurrara su historia!

CLARA

15 de junio de 1930

Clara se encontraba ante la puerta del taller. La recorría una sensación extraña. Era el mismo taller que había pertenecido al maestro Trincherero. Este se había mudado varias veces desde entonces, pero aquí era donde ella había acudido a tomar sus clases hacía ya tanto tiempo.

Sentía una especie de inquietud y curiosidad, más curiosidad que inquietud, debía reconocerlo. Había sido citada allí para una entrevista con un escultor que se había instalado recientemente en la ciudad. Había llegado a ella a través de una maestra compañera suya del Normal, y al parecer querían proponerle hacerse cargo de clases para mujeres. Ya había varias que concurrían a distintos talleres con más libertad que cuando ella era joven. La propuesta le había interesado y estaba allí para entrevistarse personalmente con el escultor. ¡Ni siquiera sabía su nombre!

Llamó a la puerta y le abrió una señora mayor.

—Adelante, señora, el maestro la está esperando. Por favor, pase al salón, yo ya me retiro pero él la atenderá enseguida. ¡Buenas tardes!

La señora se retiró y ella ingresó al taller.

De inmediato la invadió una sensación de *déjà vu*...

El amplio salón con obras a medio terminar a ambos lados, los grandes ventanales por los que entraba la luz oblicua de la media tarde que jugaba con el polvillo en suspenso, y al fondo... delante del cortinado rojo una pequeña obra que atrajo inmediatamente su atención. Blanco sobre rojo. En cuanto sus ojos se

posaron en ella, comenzó a escucharse una música muy suave. Era el *intermezzo* de *Carmen*. Los ojos de Clara reaccionaron al estímulo recordado tantas veces. Comenzó a caminar como en trance hacia el fondo del salón, mientras las lágrimas caían mansas por sus mejillas. Se acercó a la escultura, la Sibila la atraía como un imán igual que aquella otra, tantos años atrás. Era idéntica, la recorrió con sus dedos mientras la música subía en intensidad a la par que su emoción.

Y entonces lo percibió, su mirada la atrajo antes de verlo. Levantó sus ojos y ahí estaba. Se asomaba por un lado de la cortina y la miraba con la misma intensidad de entonces, con el mismo dolor de la última vez, y con una esperanza auténtica, casi infantil que humedecía sus ojos.

Se miraron largamente, tantas emociones a flor de piel... y la música, esa música que conseguía desbordarlas como ninguna otra.

Después de un momento eterno, él se animó a dar el primer paso y abrió sus brazos, invitándola con la mirada.

Ella no dudó, se arrojó a ellos con desesperación, con el llanto que ya no era necesario contener, se mezcló con el llanto de él que había planeado ese momento con tanta ansiedad y tanto miedo.

En ese abrazo quedaron atrás veintiún años de ausencia y dolor. Sus ojos volvían a encontrarse, sus cuerpos volvían a reconocerse, en un abrazo interminable en el cual sobraban las palabras, sobraban las ropas... sobraba el resto del mundo.

Varias horas después Clara y Enrico yacían abrazados, ninguno de los dos se animaba a deshacer el abrazo por temor a que el hechizo se rompiera.

Permanecían en silencio mientras Clara recorría con sus dedos el rostro de Enrico, definiendo y recordando cada detalle. Se detenían en sus ojos, sus hermosos ojos negros que eran capaces de atraerla irremediabilmente con su mirada. Después descendía por su torso, su abdomen todavía delgado y fuerte, de allí volvía en su recorrido para terminar enredando sus dedos en los cabellos

alborotados, salpicado ahora de tonos grises pero aún abundantes.

Él la dejaba hacer mientras sus ojos devoraban todos los detalles de ese rostro tan amado y añorado. Los años habían endurecido algunos de sus rasgos, pero seguía siendo la mujer más hermosa del mundo para él.

Finalmente Clara se atrevió a hablar:

—No puedo creer que hayas vuelto, temo que esto sea solo un sueño, que si dejo de tocarte vuelvas a desaparecer. —Alzando sus ojos le preguntó con ansiedad—: ¿Vas a quedarte?

—¡Depende de ti! Volví con la esperanza de que cumplieras tu promesa.

—¿Cuál promesa? —le preguntó aunque íntimamente sabía a qué se refería.

—Hace muchos años en este mismo lugar prometiste que serías mi esposa. Tus palabras exactas fueron “no sé cuándo será posible pero seré tu esposa” —se incorporó sobre un codo y la miró con una gran emoción—. ¡Ahora por fin es posible, Clara! ¿Quieres ser mi esposa?

—¡Sí, claro que sí!

Se besaron largamente. Al rato Clara dijo:

—Antes tenemos mucho que hablar. Hay algo muy importante que debes saber.

—Está bien, hablemos pero nada cambiará la promesa que nos hicimos —dijo renuente a dejar de besarla.

Clara se refugió en sus brazos. Su cabeza reposaba en el pecho amado y añorado, no quiso levantar sus ojos hacia él. Así le sería más fácil decirle de corrido toda la verdad. Si no lo miraba, le parecía que podía ignorar el miedo que sentía a que, una vez develada la historia, se produjera una nueva distancia.

—Enricco, el día del concierto en que me dejaste la carta, yo quería decirte algo muy importante.

—¿Qué cosa?

Clara inspiró profundamente, lo que iba a decir podía cambiarlo todo.

—¡Iba a decirte que estaba esperando un hijo! ¡Cuando te fuiste estaba embarazada!

Y se animó, solo por unos segundos a examinar su rostro, la mirada de dolor

que Clara vio en sus ojos le llegó a lo más profundo del alma, detestaba verlo sufrir pero no podía ocultarle algo tan importante si iban a seguir juntos.

—Se llama Sibila, tu hija lleva el apellido de Armando, pero sus ojos... Te sorprenderá cuando la conozcas. Cada vez que la miro, me miras. ¡Tiene la mirada de los Battista!

Enricco no pudo contener un sollozo, la abrazó con más vigor aún, permanecieron unidos fuertemente mientras procesaba la noticia.

—Ahora entiendo por qué te casaste tan rápido. Estos años en Uruguay trataba siempre de tener noticias tuyas, supe de tu boda y después nada más por bastante tiempo.

—Nos fuimos un par de años al campo, al volver ya estaba por nacer mi segundo hijo y ya nadie cuestionaría el nacimiento de Sibila.

—¿Tu esposo lo sabía?

—Sí, se lo dije todo. Armando era un buen hombre y me amaba mucho. No se merecía un engaño así. Estuvo de acuerdo en casarnos y tuvimos un matrimonio tranquilo y feliz. Yo le hice prometer que nadie sabría nunca que mi hija no era suya, y así fue. Ahora tengo que pedirte a ti lo mismo.

—¿Cómo?

—Sibila es una chica muy especial, tiene un empuje que supera a sus hermanos en todo. Constantemente desafía los límites impuestos para una mujer de su condición.

—¡Como tú en su momento!

—Sí, supongo que sí. ¡Está estudiando arquitectura, imagínate! Ya tiene muchos problemas porque no se adecua a lo que los hombres de la familia esperan de ella. He mantenido este secreto durante muchos años, develarlo ahora solo puede traerle dolor. La sociedad parece que cambia, pero los prejuicios no.

Hubo un largo silencio que Clara le otorgó para que Enricco pudiera poner sus pensamientos en orden, al cabo preguntó:

—¿Quieres decirme qué piensas?

—Pensaba que antes de que llegaras hoy no sabía qué iba a pasar con mi vida. Tenía mucho miedo de lo que sucediera cuando nos encontráramos. Ha pasado

mucho tiempo, temía que me rechazaras, que el recuerdo de nuestra historia no fuera suficiente. Ahora, no solo te tengo a ti, sé que tengo una hija de cuya existencia no tenía idea. Esta tarde obtuve mucho más de lo que me atreví a soñar todos estos años. Si para estar juntos tengo que renunciar a que mi hija me reconozca, así será. Aunque ella no sepa que soy su padre, podré tenerla cerca y nada me puede impedir amarla.

—¡Por supuesto que vas a amarla, y ella te amará a ti, estoy segura!

A esa tarde le sucedieron muchas otras en las que hacían el amor con desesperación intentando recuperar el tiempo perdido y sintiéndose jóvenes otra vez.

Mientras tanto también trataban de ponerse al día con lo que había sido de ellos durante la distancia.

—¿Cómo es que pudiste volver?

—Estuve atento al clima político todos estos años. Me mantenía en contacto con un grupo de anarquistas argentinos que fueron expulsados y se radicaron en Uruguay. Se reunían en la casa de Virginia Bolten, una mujer que tuvo mucha militancia política aquí, y desde Montevideo seguían los acontecimientos y hasta luchaban por la libertad de los presos políticos argentinos.

”Yo acudía regularmente para obtener información que pudiera involucrar la libertad de Nino. Pero las noticias que nos llegaban eran siempre inquietantes, los disturbios y las detenciones continuaban. Devoraba todos los periódicos que podía conseguir. El festejo del Centenario ocupaba toda la prensa.

—Es verdad, yo, en ese entonces, vivía en el campo y aun allí no se hablaba de otra cosa. Llegaron invitados importantes de todas partes del mundo. Hubo toda clase de festejos, desfiles, asados gigantescos, galas en el Teatro Colón...

—Sí, y mientras tanto se agudizaban las protestas y reclamos de los trabajadores que veían todo ese derroche como una ofensa. Volvieron los actos de violencia. Hasta que explotó una bomba en el Teatro Colón, que para los anarquistas era el símbolo de la oligarquía.

—Me contó mi padre que fue un atentado de gran resonancia ya que se conoció en todo el mundo. Ocurrió en junio pero como todavía continuaban los festejos, había periodistas de varios países.

—¡Yo creí que me volvería loco! La prensa que se conseguía en Uruguay explicaba que la bomba había sido arrojada desde el Paraíso y cayó sobre el lado derecho de la sala, provocando varios heridos en las plateas y los palcos. ¡Y tu palco estaba muy cerca de donde estalló! Pero las noticias que llegaban no daban los nombres de los heridos. Finalmente me enteré de que no figurabas entre ellos. Después no supe más de ti, y como sabía que te habías casado... en algún momento preferí dejar de buscar.

—¡Lamento tanto todo eso! En esos momentos yo estaba a salvo en el campo, con tu hija entre mis brazos.

—¡Pasé tantos años de angustia, extrañándote y necesítandote, sabiéndote de otro! ¿Qué habría pasado de haber sabido entonces que también dejaba una hija que sería criada por otro hombre? ¡No puedo ni imaginarlo!

—¡Nunca fui de otro!

—¿Qué quieres decir? Tienes dos hijos de Armando.

Clara se incorporó y lo miró directamente a los ojos.

—Armando tuvo mi profundo cariño, pero nunca mi amor. Fui su esposa, pero nunca su mujer. Tuvo mi cuerpo, pero nunca mi alma. Mi alma se marchó a Uruguay contigo. Mi esposo también sufrió mucho sabiéndome de otro hombre y sin esperanza de que eso cambiara nunca.

—Supongo que es cierto, pero no puedo dejar de envidiar el lugar que ocupó en tu vida y en la de Sibila. Un lugar que nunca debió dejar de ser mío.

Clara, al notar la angustia que se apoderaba de él, intentó cambiar el giro de la conversación.

—Me decías que estabas pendiente de las noticias que te llegaban desde aquí.

—Sí, mientras más tiempo pasaba más difícil veía la posibilidad de volver. Nino continuaba preso en Ushuaia y cada tanto había reclamos de liberación para los presos políticos. Además se conocieron varios intentos de fuga. Uno hasta llegó a concretarse.

—¿Se fugaron?

—Solo Radowitzky.

—¿Cómo fue?

—Nunca se esclareció quién o quiénes lo habían ayudado. Lo cierto es que se escapó vestido como guarda del penal. No obstante, la reacción fue rápida y fue detenido en Chile cuando llegaba en bote a Punta Arenas.

—¡Parece el argumento de una novela!

—Podría serlo, lo cierto es que cada vez que había un intento de fuga, se redoblaban las vigilancias y las represiones. Pensar en volver al país en esas circunstancias era arriesgarme a la cárcel. Por fin en abril de este año liberaron a Radowitzky y se levantaron las prohibiciones. Nino también fue liberado y volvió a Italia.

—¿Sigues participando en política?

—No. Me di cuenta de que la política no vale la pena, si para comprometerse con ella hay que perder la vida.

—Tú no perdiste la vida...

Enricco la miró con dolor, un dolor profundo y antiguo.

—Hay más de una manera de perder la vida. ¡Yo te perdí a ti!

Enricco tenía un nudo en el estómago, el momento tan anhelado y tan temido estaba por llegar.

Para suavizar la tensión a la que estaba sometido decidió concurrir a su cita caminando desde su casa. En realidad no podía llamarla su casa. Desde que había vuelto se había dedicado a conseguir que le alquilaran el viejo taller del maestro; no había sido fácil, pero había consagrado todo su esfuerzo a lograrlo para después transformarlo en el escenario perfecto para su reencuentro con Clara.

Había planeado cada detalle, a fin de recrear las cosas que para ellos habían sido tan importantes y que seguían vivas a golpes de recuerdos: el taller, la luz, la Sibila, la música de *Carmen*...

Por lo menos seguían vivas para él, hasta aquel día no había tenido ninguna certeza con respecto a la importancia e intensidad de los recuerdos de Clara. Ahora agradecía a Dios cada uno de los minutos de esa tarde que le habían devuelto la alegría a su vida. Había valido la pena cada uno de los detalles, cada momento destinado a prepararlos. El efecto había sido arrollador para ambos.

Mientras tanto, dormía allí mismo, donde cada tarde recibía a la mujer que amaba y la sencillez del lugar dejaba de tener importancia ante las emociones que se manifestaban entre sus paredes.

Tendrían que tomar algunas decisiones. Si se casaban debían decidir dónde vivir. Eso no era problema, durante sus años de exilio había amasado una pequeña fortuna, era un artista destacado, cobraba bien por sus trabajos y tenía una vida sencilla, con lo cual sus ahorros se habían ido acumulando. El dinero

solo servía para comprar cosas que él no necesitaba, pero no le otorgaba lo que había ansiado con desesperación. ¡La riqueza no disminuía la añoranza, la angustia, la impotencia!

Enricco trató de apartar esos pensamientos que podían sumirlo en un estado de ánimo que no era el que deseaba para la cita tan importante a la que se dirigía.

Procuró distraerse observando la ciudad. ¡Estaba tan cambiada! Había más edificios, más monumentos, más avenidas, más tránsito; distinguía algunos transportes colectivos y hasta se había construido un transporte subterráneo. Los autos a motor estaban por todas partes, cuando dejó la ciudad, veinte años atrás, solo había algunos. En aquel momento eran una excentricidad de las familias ricas, pero el transporte habitual era el coche de caballos. Ahora en el centro de la ciudad casi no se veían. En cambio eran muy comunes los automóviles, le gustaban esas máquinas. Conducir un vehículo propio seguramente brindaría una sensación de gran libertad. Una vez que hubieran decidido dónde vivir, se podría comprar uno.

Observando la ciudad era fácil darse cuenta de la pujanza económica de la que había disfrutado el país. No obstante ello, el clima político volvía a ser difícil. La crisis del año anterior había afectado seriamente el comercio internacional que constituía la actividad económica más fuerte de la Argentina. Esto, sumado a que el presidente Hipólito Yrigoyen no estaba bien de salud y parecía impotente para actuar sobre las variables económicas, tenía descontentos a varios sectores de la sociedad.

Esta vez las protestas no venían solo de las clases más bajas sino de los terratenientes y exportadores, lo que enrarecía el clima político, ya que los disconformes eran los poderosos.

¡Qué difícil le resultaba a este joven país vivir en armonía, trabajar en conjunto y establecer consensos que pudieran beneficiar a todos los sectores! Ante el menor conflicto tenían una gran capacidad para exacerbar lo que los diferenciaba por encima de los puntos de unión. Por eso pendulaban perpetuamente entre oligarcas y anarquistas; ricos y pobres; extranjeros o criollos; gente del campo y gente de ciudad... Enricco esperaba que el que

consideraba su país pudiera salir de ese enfrentamiento permanente que nunca conduciría a nada bueno.

Perdido en estos pensamientos fue acercándose al lugar al que se dirigía. Había llegado unos minutos antes pero la ansiedad que tenía le hacía imposible esperar. No obstante se detuvo en esa esquina del barrio de Palermo y buscó a su alrededor algún puesto de flores.

Divisó uno en la cuadra siguiente y hacia allí se dirigió:

—Buenas tardes, señor. ¿En qué puedo servirlo? —le dijo el encargado, un hombre mayor con marcado acento italiano. También en este ramo los italianos abundaban.

—Buenas tardes. Necesito dos ramos, por favor.

—¿Alguna preferencia?

—Uno de rosas rojas, el otro no sé, tengo mis dudas...

—¡Ah, las rosas, las reinas de las flores! No hay como las rosas rojas para comunicar amor y pasión. *Non è vero, signore?* —preguntó el florista al detectar el acento italiano de Enrico.

—Sí, es verdad. En cuanto al otro, ¿qué me aconseja? Es para una muchacha joven a la que quiero presentarle mis respetos, mi admiración, sin que se confunda...

¿Cómo podía explicarle a este hombre la naturaleza exacta de lo que deseaba transmitir? ¿Cómo hacerle entender que amaba a esa joven mujer con toda el alma, a pesar de no conocerla? ¿Cómo elegir una flor que en su sencillez y fragilidad pudiera comunicar un sentimiento que jamás iba a poder ser dicho con palabras?

El florista, notando la turbación de su cliente, dijo:

—A ver si puedo entenderlo. Estamos ante un cariño profundo sin segundas intenciones, ¿verdad?

Enrico asintió con la cabeza, agradeciendo la perspicacia del florista, acostumbrado por su trabajo a detectar y acompañar la gran variedad de relaciones humanas.

—¡Rosas rosas, sin duda! Unas de tono suave para expresar admiración y le

agregamos algunas blancas que simbolizan la pureza de la juventud. ¿Está de acuerdo?

—Sí, por supuesto. Gracias por sus consejos.

El hombre terminó de armar los sencillos ramos. Enrico pagó, saludó al florista y ya se retiraba cuando este lo detuvo.

—Permítame, *signore*, un último consejo. No se preocupe tanto porque seguro va a saber transmitir lo que siente. Usted tiene una mirada muy intensa. Y a veces esto vale más que mil palabras... y mil flores.

Estaba ante la puerta, por suerte había llegado más temprano. ¡Esa tarde conocería a su hija! Clara había insistido en organizar un encuentro para presentárselo primero a ella. No quería que nadie más presenciara ese momento. Más adelante lo llevaría a conocer al resto de la familia. Seguramente ese también sería un momento difícil pero por otros motivos, no creía que los hombres de su entorno vieran con buenos ojos el ingreso de Enrico a sus vidas.

Clara le había dicho que Sibila iba a llegar alrededor de las siete de la tarde. Y solo eran las seis y media. Tendría tiempo de estar un rato a solas con Clara y entre los dos podrían ayudarse a bajar la ansiedad. ¡Estaba tan nervioso! Finalmente, llamó a la puerta, y esta se abrió...

—¡Hola, soy Sibila! —dijo una muchacha extendiendo la mano.

Enrico quedó paralizado. De pronto, sin la preparación suficiente se encontraba frente a su hija. No había dudas, Sibila era su hija. Era una muchacha preciosa, con la misma contextura pequeña y elegante de su madre. Y allí terminaba el parecido ya que tenía un abundante cabello ondulado y negro y sus ojos... ¡Por Dios, sus ojos negros eran iguales a los suyos propios! Se quedó mirándolos asombrado, era como observarse en un espejo. Ella a su vez lo miraba intensamente, estudiándolo. La mano de Sibila no fue estrechada, ella la dejó caer con lentitud mientras quedaba prendada de los ojos de ese hombre.

Luego de unos instantes que parecieron eternos, en los que a ninguno de los dos les fue posible romper con la atracción de la mirada del otro, Clara se acercó

a espaldas de Sibila con los ojos anegados por las lágrimas que solo Enrico pudo percibir.

—Sibila —dijo—. Haz pasar a Enrico, no vas a dejarlo en la puerta toda la tarde, ¿verdad?

—Sí, claro. Discúlpeme, adelante.

Se hizo a un lado para que él pasara. Enrico se obligó a dar de a un paso por vez, se sentía inseguro de que sus piernas lo sostuvieran, y no encontraba su voz por ninguna parte. Clara se acercó y le dijo.

—Enrico, te presento a mi hija. Te he hablado mucho de ella, ahora por fin la conoces.

Él intento extender la mano para estrechar la de la joven y recién en ese momento se dio cuenta de que tenía los ramos de flores en los brazos.

Hizo el intento de hablar y debió carraspear para clarificar la voz que finalmente había conseguido hacer acudir a sus labios.

—Discúlpeme, esto es para ustedes —y le entregó a cada una su ramo.

Sibila, recibió el suyo encantada, le gustaron las flores y le gustaba el novio de su mamá. ¡Estaban los dos tan nerviosos como si fueran adolescentes en su primer amorío!

—¡Muchas gracias, Enrico! ¡Son hermosas! ¿Puedo agradecerte con un beso? Espero que no te moleste. ¡Al fin y al cabo, a partir de ahora seré como tu hija!

Dicho lo cual le estampó un sonoro beso en la mejilla, que Enrico sintió como una descarga eléctrica directamente al corazón.

MILAGROS

Diciembre de 2006

Estaban tensos. El resto del trayecto en auto lo hicieron en silencio, Milagros seguía abrazada al bolso como si este pudiera desaparecer. Cuando estaban por llegar Marcelo preguntó:

—¿Cómo se lo vamos a decir?

—La mejor forma de hablar con mi abuela es de la manera más directa, sin vueltas.

—¿Será conveniente? Su salud no está muy bien, quizás le haga daño.

—Es posible, pero si algo conozco a mi nonna, preferiría saber la verdad.

Volvieron al silencio hasta que entraron en su casa. Los recibió Rufina que se sorprendió al verlos tan temprano a los dos.

—¡Hola, Mili! ¿Pasó algo que llegaron tan pronto?

—No, Rufi, no te preocupes. Necesito hablar con la nonna. ¿Está despierta?

—Recién se despierta. ¿Les hago un té?

—No, gracias. Andá por hoy, yo me quedo en casa toda la tarde. Te espero mañana, como siempre.

Le dio un beso y fue al cuarto a buscar a su abuela. Cuando llegaron al living ya Rufina se estaba yendo. Quedaron solos los tres. Milagros comenzó, titubeante:

—Abuela, tenemos que contarte algo muy importante. Es algo que tiene que ver con tu historia, bueno también con la mía. Quizás algo de lo que descubras sea distinto a lo que vos creías... Y yo no sé...

—Te estás enredando con las palabras, Milagros. ¿Por qué estás tan nerviosa?

—¡Porque no sé si querrás enterarte de lo que tengo que contarte!

Sibila la observó durante un momento.

—Si hay algo que sabes sobre mí, tengo que saberlo. Las mentiras y los ocultamientos nunca llevan a nada bueno. Si algo de esto me concierne debes contármelo. Después veremos qué hacemos con ello.

—¡Está bien!

Milagros colocó la silla de Sibila frente a la mesa ratona, fue al modular y tomó con mucho cuidado la escultura y la puso sobre la mesita. Ella y Marcelo se sentaron de frente a la anciana.

—¿Te acordás de que ayer te pregunté acerca de esta pieza, por qué era tan importante?

—Sí, y te dije que era un regalo de bodas del segundo matrimonio de mi madre.

—¡Un matrimonio en el que fue muy feliz!

—¡Totalmente! Pero eso ya lo sabés. ¿A qué viene todo esto?

—Paciencia que no es fácil. También me dijiste que nuestra familia tenía un palco en el Teatro Colón, el tercero de la derecha.

—Sí...

—Ayer estaba trabajando en ese palco y encontré algo. Me pareció raro, no sabía qué significaba.

—¿Qué encontraste? —preguntó Sibila ya inquieta.

Milagros tomó su bolso con cuidado y sacó la escultura, la puso junto a la otra en la mesita.

—Encontré esto en un gabinete oculto, Marcelo me ayudó para que pueda traértela y la veas.

La anciana miraba a las dos Sibilas que tenía enfrente con perplejidad.

—¡Son idénticas! ¿Qué significa?

—Me dijiste que no entendías la dedicatoria de la nuestra. Leé las dos y quizás comprendas.

Sibila tomó la que siempre había estado en su casa y leyó:

In omaggio alla sorella perduta

Tuo per sempre!

Enrico Battista

20 de agosto de 1930

Luego tomó la que Milagros había traído:

Tuo per sempre!

Enrico Battista

Noviembre de 1909

El rostro de Sibila fue transformándose a medida que entendía la relación entre ambas obras.

—¡Ya se conocían! Enrico y mi madre se habían amado antes. Ahora entiendo: *In omaggio alla sorella perduta*, “en homenaje a la hermana perdida”. ¡Encontraste a la hermana perdida!

—Hay algo más, abuela.

—¿Qué?

—Una carta, junto a la pieza había también una carta. ¿Te la leo?

—Sí, ¡claro!

Milagros miró a Marcelo, estaba muy nerviosa, faltaban cosas por descubrir y el momento la tenía muy tensa. Él le preguntó:

—Amor, ¿quieres que la lea yo?

—Sí, ¡por favor! Y se la extendió con cierto alivio.

Marcelo comenzó:

¡Mi bella Chiara!

Al escribirte esta carta mi corazón se desgarró. Debo irme, debo dejarte, bella.

Mi hermano Nino está involucrado en el atentado al jefe de Policía, él

está preso y a mí me expulsan del país.

Gracias a las gestiones del maestro Luigi me permitieron pasar estos tres días en libertad, pero lo único que quiero es verte por última vez. Debo partir mañana a la madrugada, voy al Uruguay donde el maestro tiene algunos amigos. No sé si podré volver alguna vez, no puedo pedirte que me esperes.

En el intermezzo intentaré ingresar al palco de las autoridades municipales, a esas horas seguramente estará vacío. Voy a estar allí, mirándote.

Búscame y cuando nuestras miradas se encuentren, se hablarán.

En el gabinete te dejo a nuestra Sibila, Luigi me permitió quedármela y yo te la dejo a ti, en recuerdo de mi amor eterno. Ella nos permitió conocernos y cuando creas que lo que vivimos fue solo un sueño, mírala y no dudes que eres el amor de mi vida, nadie ocupará tu lugar en mi alma. ¡Nunca!

Otra vez subo a un barco que zarpa, sin nada, no me queda nada si no me quedas tú, solo mi profesión que no sé cómo podré ejercer, porque para ser un buen escultor se necesita poner el alma en la obra... y mi alma se queda en Buenos Aires, contigo.

Addio, cara, sé feliz, conserva tu fuerza, no te conformes, no te rindas...

Ti amo!

Tuo per sempre!

Enricco Battista

18 de noviembre de 1909

Al finalizar, Marcelo estaba muy emocionado. Miró a las dos mujeres, ambas lloraban conmovidas. Les dio unos momentos para procesar la emoción y apuntó:

—Sibila, la carta está fechada en noviembre de 1909...

—Sí, ya escuché, ¿qué me querés decir?

—Usted nació en junio de 1910...

Sibila lo miró confundida, su expresión fue cambiando a medida que lo develado iba tomando forma en su mente. Marcelo percibió en su mirada el momento exacto en el cual todo encajó. Miró a Milagros asombrada.

—¡Dios mío! ¡Enricco no fue su segundo amor, fue el único... y era mi padre!

Pasaron unos días desde el descubrimiento. Sibila se encontraba ausente, perdida en un mundo propio. Milagros oscilaba entre el alivio por haber develado la historia y el remordimiento, ya que dudaba de haber hecho lo correcto.

Al día siguiente devolvió la estatua al gabinete, y montó toda una actuación sobre el descubrimiento como si hubiera ocurrido en ese momento. Ya había contactado a un abogado a fin de evaluar la posibilidad de que la obra recuperada fuera reconocida como propiedad de su familia.

Lo que conservó fue la carta. Era algo muy personal, su abuela tenía derecho a tenerla así que no denunció su aparición.

El descubrimiento había causado un gran revuelo. Todos los que se iban enterando pasaban por el lugar para evaluar el gabinete secreto, lo ingenioso de su construcción y proliferaban supuestas historias de cómo y cuándo podía haberse utilizado.

Unos días después, el alboroto se había calmado y Milagros seguía con su rutina de trabajo. Estaba haciendo estratificaciones, que consistían en decapar con un bisturí los distintos mantos de pintura, dejando las mismas a la vista. Era un trabajo de gran detalle, pero al ser rutinario le permitía que sus pensamientos circularan libremente por su cabeza.

De pronto su mente se dio cuenta de algo que, con el movimiento de los últimos días, se le había pasado por alto. Algo muy importante. ¿Cómo no lo había notado? Estaba analizando esto último cuando su celular comenzó a sonar.

—Hola.

—Hola, Mili, soy Rufina.

—Sí, Rufi, ¿qué pasa?

—Tu abuela no se siente bien hoy, no quiso levantarse. Le dije que llamaría al médico pero no quiere. Quiere verte a vos. ¿Podrás venir?

—Sí, claro, coordino con mi supervisora y salgo para allá. Decíselo, por favor.

—Le digo, hasta luego. Mili... no tardes.

Milagros entró en su casa y se dirigió directamente al cuarto de su abuela. Estaba acostada, con los ojos cerrados: la vio tan frágil que sintió una opresión en el pecho. Cuando se acercó a su cama, la anciana abrió los ojos, la miró y sonrió. Esto tranquilizó un poco a Milagros. ¡La mirada de Sibila seguía tan intensa como siempre! Mientras tuviera esa energía, nada podía pasarle, ¿no?

—Llegaste, hija, vení sentate a mi lado...

—¿Cómo estás, nonna? Me dijo Rufina que no te sentís bien, voy a llamar al médico...

—No, Milagros, quedate tranquila, estoy un poco cansada nada más. Solo quiero que hablemos un rato.

—Está bien pero si veo que...

—Shhh, vení, acercate, no me discutas. ¿Sabés? Quería darte las gracias...

—¿Vos, las gracias a mí? ¿Por qué?

—Por lo que descubriste y por habérmelo contado. Sé que estos días estuve rara, pero ¿sabés por qué?

—¿Por qué, nonna? Me quedé preocupada, no sé si hice lo correcto.

—Sí, mi amor, hiciste lo correcto. ¡No lo dudes! Estos días estuve repasando toda mi vida, o lo que me acuerdo de ella, a la luz de lo que descubriste. ¡Y entendí tantas cosas! Es como si un montón de piezas sueltas hubieran sido acomodadas en su lugar.

—¿Por ejemplo?

—En principio la relación con mi familia. Apenas me acuerdo de Armando. Era un buen hombre, fue un buen padre para mí a pesar de haberlo tenido tan poco tiempo. La relación con mis hermanos nunca fue muy buena, y ahora puedo entender que mi madre tuviera cierta predilección por mí. Siempre pensé

que era una afinidad de género, pero ahora sé que era algo más que eso. Mis hermanos eran muy machistas, muy pendientes de los juicios de la sociedad, vivían censurando tanto mis ideas y mis actos como el apoyo de mi madre a todo lo que yo encaraba. Cuando terminaron sus estudios, ambos se fueron al campo. Los dos se casaron con las hijas correctas de familias correctas, todo muy tradicional y conservador. Nada de pasiones arrolladoras ni sueños desbocados. El mayor se dedicó a administrar las tierras de Armando y el menor, las de mi tío Julio. Nos distanciamos mucho, teníamos espíritus distintos. Ahora sé a qué se debía, teníamos padres distintos.

—¿Y eso cómo te hace sentir?

—Ni bien ni mal, ahora esta sensación de ser distinta a mi familia tiene una explicación racional, pero no cambia lo vivido. Sí comprendo el motivo por el cual mi madre ocultó todo. La verdad solo hubiera hecho mi vida más difícil, mis hermanos no habrían soportado el escándalo que suponía mi origen y yo habría sido la única perjudicada ya que probablemente todos me hubieran dado la espalda.

—¿Qué pasó cuando Clara dijo que volvía a casarse?

—¡Un escándalo! Mis hermanos se comportaron como si mi madre fuera una doncella y ellos los custodios de su virginidad. Fueron días muy difíciles. Ellos no entendían qué necesidad tenía una mujer de su edad de volver a casarse. Además con un artista, alguien desconocido en nuestro círculo social. Supongo que lo vivieron como una deslealtad hacia Armando. Pero mi madre mantuvo en todo momento una firmeza que a ellos los desconcertaba y, por supuesto, hizo lo que tanto deseaba. Las relaciones se enfriaron bastante después de su matrimonio y nunca terminaron de aceptar a Enrico.

—¿Y vos cómo lo tomaste?

—Yo no podía salir de mi asombro. ¡Mi madre era feliz! Para mí eso era suficiente. Enrico la adoraba y mi madre se había transformado ante mis ojos. A mí me parecía perfecto que se casaran, les di todo mi apoyo. Lo que no entiendo ahora es cómo no me di cuenta...

—¿A qué te referís?

—A cuando lo conocí. Mamá me había contado que se había estado viendo con el maestro del taller que la había contratado y que habían empezado una relación. Lo había invitado a cenar porque quería que lo conociera. Le importaba mucho lo que opinara de él, más adelante lo presentaría al resto de la familia.

—¿Y cómo fue el encuentro?

—Esa noche llamó a la puerta y yo, adelantándome a mi madre, fui a atender. Abrí la puerta y allí estaba, con dos ramos de flores en las manos. Estaba sorprendido, no esperaba que yo abriera la puerta y se quedó sin palabras por un rato. Yo le dije: “¡Hola, soy Sibila!”, y le extendí la mano. Él no atinaba ni a responder ni a moverse. ¡Me miraba de una manera tan intensa! Su mirada era como un imán, yo no podía despegarme de ella. ¡Allí debí darme cuenta!

—¿Por su mirada?

—¡Claro! Toda mi vida me dijeron que tengo una mirada particular, muy profunda. Y estaba parada ante un hombre que tenía mis mismos ojos, y no me di cuenta.

—¡Es lógico! No tenías ningún motivo para sospechar que tenía algo que ver con vos.

—Pero aun así debí haberlo notado. Con los años él me contó que su madre le decía que había heredado los ojos de su padre. En su familia era famosa “la mirada de los Battista”. Supongo que tampoco pude establecer la relación entonces. ¡Qué ciega estuve!

—No te tortures con eso, lo importante es que Enrico te quería mucho y vos también a él. Tuvieron la oportunidad de tener una relación, no importa con qué nombre.

—Sí, nos queríamos mucho. Cuando apareció Alfredo en mi vida, adoptó el rol de mi padre sin dudarlo. ¡Hubieras visto cómo interrogaba al pobre acerca de sus intenciones! Parecía un capomafia hostigando a un muchacho inseguro. ¡Y tenían casi la misma edad!

La mirada de Sibila se dulcificó ante los recuerdos de gente tan importante en su vida: Clara, Enrico, Alfredo...

—¿Ves? Era tu padre aunque vos lo llamaras Enrico.

—Sí, fueron buenos años, hasta el accidente...

—¿Cómo fue?

—A Enrico le gustaban mucho las carreras de autos. En esos tiempos había dos corredores que convocaban muchos simpatizantes del automovilismo: eran Oscar Gálvez y Juan Manuel Fangio. Siempre que podía iba a verlos cuando corrían. En enero de 1948 se corría un premio internacional en Mar del Plata. Como era verano, mi madre lo acompañó, pasaron unos días en la playa y presenciaron la carrera. Cuando volvían por la ruta 2, el auto que manejaba Enrico volcó y los dos murieron en el acto.

—¡Qué triste! ¡Debió haber sido muy doloroso para vos!

—Sí, claro que lo fue. Pero ahora que conozco la historia, me parece una muerte perfecta.

—¿Perfecta por qué?

—Porque después de haber sufrido tanto por su separación, no era justo que volvieran a hacerlo. Por eso tuvieron una muerte perfecta, ¡murieron juntos!

Aquí los ojos de Sibila se humedecieron.

Milagros le dio un momento para recuperarse.

—Nonna, descansá un ratito que yo voy a preparar un té y vuelvo.

Al rato Milagros volvió con el té y su abuela terminaba de enjugarse las lágrimas.

—Abuela, no estés triste....

—No, querida, no lo estoy. ¡Más bien al contrario! Más allá de los dolores, de los momentos difíciles, de los incomprensibles, tuve una buena vida. Vos fuiste el broche de oro, poder tenerte en mi vida y ver la mujer en la que te has convertido. Valió la pena todo lo vivido. Estoy pensando en mi historia desde otra mirada y me alegra poder hacerlo. Es como si el descubrimiento que hiciste fuera un cierre, un cierre que yo estaba necesitando sin saberlo.

—¿Por qué hablás de cierres?

Sibila la miró con mucha ternura y le acarició el rostro.

—Porque está llegando el momento, hija. Las dos lo sabemos.

Milagros se desesperó, su abuela se estaba despidiendo pero ella no estaba

preparada, aún no.

—No hables así, yo te necesito mucho tiempo más. Tengo que contarte algo que ni Marcelo sabe todavía... ¡Creo que estoy embarazada!

—¡Ay, hija, que alegría! ¿Cómo que creés?

—Sí, mientras trabajaba hoy me di cuenta de que con todo el revuelo que se armó por el gabinete, perdí la noción del tiempo. Tengo varios días de atraso y eso no me pasa nunca así que...

Su abuela la miró tiernamente, con algunas lágrimas de emoción.

—¡Ahora sí, este es el cierre perfecto!

Milagros bajó la cabeza, apoyó la frente en la mano de su abuela que sostenía entre las suyas y comenzó a sollozar.

—No digas eso, nonna...

—No, Milagros, no podes estar triste. Pronto tendrás un hijo. ¡Esto es la vida! Tendrás una hermosa historia familiar para contarle. Una historia de desencuentros, pero también de amores intensos.

Aquí hizo una pausa para levantar el rostro de su nieta, que sollozaba en silencio, y obligarla a que la mire.

—Será una niña, y tendrá tus ojos, mis ojos...

Milagros dejó a su abuela descansar. Al rato llegó Marcelo y fue a saludar a la anciana como hacía siempre. No pudo hacerlo. Sibila había muerto como había vivido, ¡por la fuerza de su propia voluntad!

Epílogo

6 de mayo de 2010, ocho de la noche

La sala estaba colmada, con varias personas de pie, a excepción de los sectores de Cazuela y Paraíso, donde todavía podían verse los andamios que estaban dando los toques finales para la gran inauguración que se llevaría a cabo el día 24, para conmemorar el Bicentenario de la Revolución de Mayo.

Era una noche muy especial, se celebraba el primer concierto en el teatro, que se había cerrado al público en noviembre de 2006. En este concierto de preinauguración se agasajaba a todos los trabajadores que hicieron posible la obra de restauración más importante de la historia argentina. Empleados, restauradores, albañiles, carpinteros, arquitectos, ingenieros, orfebres... Todos los que habían tenido el privilegio de participar eran ahora homenajeados por la orquesta y el coro del teatro, con una de las obras más bellas de todos los tiempos, la *Novena Sinfonía* de Beethoven.

Milagros recordaba la actividad febril de los últimos días. Era necesario cumplir con las fechas límite y cuando se pensaba que había un sector terminado, surgía algún problema eléctrico o de otro tipo que obligaba a reordenar lo que se había dado por concluido.

El mayor problema de último momento lo habían originado las viejas alfombras. En algunos sectores se mantuvieron hasta último momento como medida de protección, como era el caso de la escalera central, para que el mármol no se viera afectado por los vaivenes de la obra. Recién al llegar la alfombra nueva comenzaron a sacar la vieja. Al quitarla notaron que el mármol estaba teñido de rojo debido al tapiz anterior, lo cual no era muy preocupante ya que el nuevo lo taparía. ¡Pero no! ¡La nueva alfombra era unos centímetros más angosta, lo cual dejaba al descubierto dos franjas de mármol manchado a ambos

lados de la tela! Ahí comenzaron a probar con los métodos y productos con los que se trabajaba habitualmente y realizaron unos parches que se dejaron por veinticuatro horas. Al quitarlos vieron que había funcionado, pero al llegar al día siguiente, las manchas habían resurgido. Parecía brujería. ¡Nada menos que la escalera principal! ¡El tiempo apremiaba! ¡Había que resolverlo rápidamente!

Habían tenido que investigar nuevos productos, algunos poco convencionales, y hacer varias pruebas. Por fin habían descubierto que la bentronita parecía funcionar y todos se dedicaron a armar los parches para toda la escalera. ¡Gracias a Dios había funcionado y la escalera estaba hermosa esa noche!

A las ocho y cuarto de la noche comenzó el concierto. Milagros y Marcelo habían podido incluir en su invitación a su hija pequeña Chiara Sibila. No querían dejarla fuera de este evento que a ambos llenaba de emoción, y ahora los tres escuchaban conmovidos desde uno de los palcos casi céntricos.

Milagros se dispuso a disfrutar el cuarto movimiento de la *Novena Sinfonía*, anticipando su ánimo para la parte más emocionante, la “Oda a la alegría”. Como acostumbraba a hacer cuando necesitaba concentrarse, entornó los párpados, comenzó a respirar conscientemente y se mantuvo solo pendiente de la música.

De pronto sintió la necesidad de abrir los ojos y le pareció distinguir una luminosidad en el tercer palco de la derecha. ¡No podía creer lo que veía! La luz contenía una mujer vestida de blanco, deslumbrante en su hermosura, que miraba hacia el palco de enfrente, el reservado para las autoridades de la ciudad. Allí pudo observar otra luminosidad en la que se percibía un hombre de cabello oscuro, que correspondía a su anhelante mirada con una intensidad que ninguna realidad podría llegar a interrumpir nunca. En un tácito acuerdo ambos dirigieron la mirada hacia las plateas del centro, hacia una pequeña mujer que observaba la cúpula con evidente emoción, también ella rodeada de una luz irreal.

Milagros pasó un tiempo observando a estas tres figuras sabiendo perfectamente quiénes eran. ¿Serían fruto de su imaginación o de su deseo? Al estallar el coro de la Oda, los tres giraron hacia ella. La sensación que le transmitieron de amor, orgullo y pertenencia fue tan fuerte que no pudo contener

las lágrimas que se deslizaron por sus mejillas sin control.

Marcelo, al sentirla estremecerse, le susurró:

—¿Qué pasa, amor, estás viendo fantasmas?

—¡Sí, por suerte! ¡Nos estamos despidiendo!

—Disfrútalo, entonces, es el teatro que llama, como decía Sibila. Tuviste la posibilidad de cerrar este círculo, pero seguramente nuestro amor está abriendo círculos nuevos.

Continuaron en silencio, conmovidos hasta que Chiara mirando a su madre dijo:

—Mami, ¿por qué estás llorando y sonriendo al mismo tiempo? ¿Es la música? ¿Te parece tan linda como a mí?

—Por supuesto, tesoro, la música hace aflorar las emociones más profundas que a veces no podemos o no sabemos expresar. Por eso la música es buena para el alma. Pero no te preocupes, no lloro por tristeza, lloro por belleza.

Chiara permaneció muy seria y concentrada escuchando el resto del concierto. Al finalizar, dijo muy solemnemente:

—Mamá, yo quiero hacer música. ¿Cómo se llama ese instrumento grandote, la guitarra gigante?

—Violoncelo, comúnmente se lo llama chelo...

—¡Yo voy a tocar el chelo, y alguna vez voy a estar en ese escenario!

Su madre le repitió una frase que su propia abuela le decía a menudo, que a su vez la madre le repetía y que esta había recibido de su padre...

—Podés hacer todo lo que deseés, seguramente el camino no será fácil, pero si es lo que te apasiona, encontrarás la manera.

Y Milagros supo que su hija lo haría, al ver la pasión y la determinación en su mirada...

¡La mirada de los Battista!

Palabras finales de la autora

Esta es una obra de ficción. Los personajes protagónicos y el “hallazgo” que da origen a la historia surgieron de mi imaginación. No obstante ello, está basada en una amplia investigación sobre el Teatro Colón, desde su construcción hasta nuestros días. Hay mucha información disponible y me he basado en ella para fundamentar la obra.

Tan importante como la investigación documental es la vivencia de conocer este maravilloso edificio, declarado monumento histórico nacional. No me canso de sus visitas guiadas, en las que siempre aprendo algo nuevo, ni de sus espectáculos, a los que voy cada vez que puedo pero no todo lo que me gustaría.

Más allá de ello, corresponde hacer dos salvedades en las que intervine a efectos de adecuar los hechos a la novela:

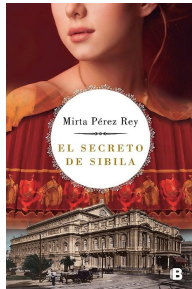
No encontré información detallada acerca de las reformas del año 1938. Pude saber en qué consistieron, pero no las especificaciones ni los profesionales que las llevaron a cabo. Esto dejó abierta una pequeña hendidura por la cual mi imaginación de autora se coló a fin llenar el espacio, y entonces Sibila irrumpió haciéndose cargo de la primera ampliación del Colón.

A los amantes de la Ópera deseo aclararles que sé que *Carmen* subió al escenario del Teatro Colón recién en 1915, pero como yo la necesitaba un poco antes, me tomé el atrevimiento de “estrenarla” en 1909. No quería renunciar a su *intermezzo*. Espero que se me disculpe la falta.

Va mi agradecimiento a Patricia Aparicio Bravo, artista que trabajó en la restauración del Teatro Colón, quien con absoluta generosidad me brindó información documental y de la otra: las anécdotas, lo cotidiano del proyecto. Es

un placer escucharla.

Y por último, pero principalmente, gracias a mis amores. A Ernesto, Maico y Ailén... siempre.



Clara y el Teatro Colón habían nacido juntos en 1890, y quizá por eso ella siempre había sentido una especial atracción por ese edificio monumental. Cada vez que su padre visitaba las obras, ella insistía tanto en que la llevara que él no podía negarse, aun con la desaprobación de su madre...

Así comienza esta historia que abarca tres generaciones de mujeres: Clara, Sibila y Milagros.

Clara conocerá a su gran amor a la par que el teatro se construye, inaugurarán sus primeros besos en el Paraíso, y los palcos del Colón guardarán celosamente su secreto hasta que, muchos años después, un azaroso descubrimiento lo sacará a la luz.

Sibila tendrá que luchar para convertirse en arquitecta en un tiempo en el que, en la Argentina, las mujeres apenas se atrevían a soñar con ser universitarias. Con los hombres de la familia en contra y un terco profesor que no hará más que ponerle obstáculos, deberá recorrer un largo camino para no rendirse y llegar algún día a participar de las reformas del teatro.

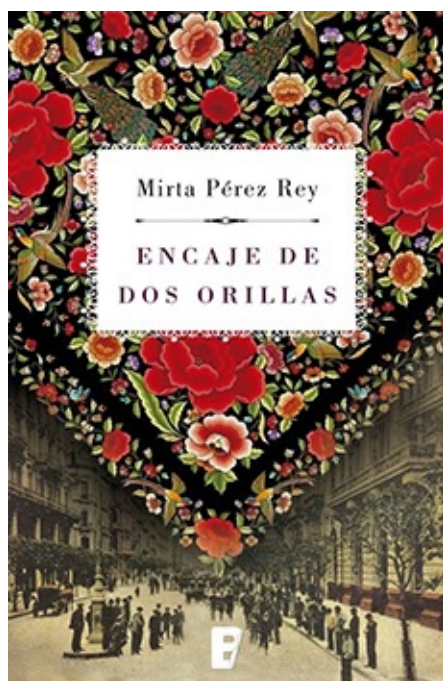
Milagros, la entusiasta restauradora y nieta amorosa, será la mujer capaz de resignificar la historia de la familia y responder ella también al llamado del Colón. Un teatro lleno de magia que la autora erige en todo su esplendor, desplegando ante nosotros sus pasillos poblados de fantasmas y amores a través de tres mujeres inolvidables.



MIRTA PÉREZ REY

Nació en Buenos Aires en 1966. Se recibió de contadora pública en la Universidad de Buenos Aires y realizó varios posgrados afines a su carrera. También es profesora de danzas y frecuenta todo lo relacionado con el arte: de la narrativa a la historia, pasando por la pintura y la dramaturgia. Fue integrante del Comité de Cultura de la YMCA Argentina y, desde allí, impulsó el proyecto de la biblioteca y organizó encuentros de lectores, exposiciones plásticas y charlas con escritores. En 2017 publicó *Encaje de dos orillas*, editada originariamente como *De morriñas y muiñeiras*, bajo la Ley de Mecenazgo de la Secretaría de Cultura del Gobierno de la Ciudad. Mirta vive en Buenos Aires con su marido y sus dos hijos, y sigue escribiendo.

Facebook: [Mirta Pérez Rey](#)



[Otro título de la autora en megustaleer.com.ar](http://megustaleer.com.ar)

Pérez Rey, Mirta

El secreto de Sibila / Mirta Pérez Rey. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones B, 2018.

(Grandes Novelas)

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-627-934-5

1. Narrativa Argentina. I. Título

CDD A863

Diseño de cubierta: Donagh | Matulich

Edición en formato digital: agosto de 2018

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.

Humberto I 555, Buenos Aires

www.megustaleer.com.ar

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-627-934-5

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

El secreto de Sibila

Dedicatoria

Prólogo

Clara

Sibila

Milagros

Clara

Milagros

Epílogo

Palabras finales de la autora

Sobre este libro

Sobre la autora

Otro título de la autora

Créditos